

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL



ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

ECOS DE TERROR

**VOCES QUE HABLAN DE DISTNTOS RINCONES
DEL MUNDO**

POSESIONES DEMONIÁCAS



ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Ecos de Terror (Posesión Demoníaca)

Primera edición 2025

© Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798275148381

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

Los relatos y textos incluidos en esta antología son propiedad intelectual de sus respectivos autores. El editor no se hace responsable por las opiniones, ideas o conceptos expresados en esta obra, siendo estos de exclusiva responsabilidad de sus creadores.

Esta publicación busca fomentar la literatura de terror sobrenatural como un medio para explorar los miedos humanos frente a lo inexplicable y lo trascendental, al tiempo que impulsa la visibilidad de nuevas voces en el ámbito literario internacional.

ÍNDICE

DEDICATORIA	8
AGRADECIMIENTO	12
PRÓLOGO	15
EL DEMONIO HABLA NÁHUATL	18
EL RITUAL INVERSO	26
OFFERRO	33
ENTERRADO	37
ECO DE FUEGO NEGRO	43
EL DIABLO BERMELLÓN	49
LA CRIATURA	53
EL EXORCISMO DE HELENA	56
SALMO	60
LA PRESENCIA	67
EL RITUAL	72
LA ELEGIDA DEL TZISCAO	80
EL GUSANO ASTRAL	85
CUERPO SOBRE CUERPO	92
LA NIÑA DEL CRUCIFIXO	97
LA CAPILLA DE SAN ELIAS	103
JACINTO EN EL INFIERNO	108
EL CORAZÓN DE LAROK	115

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

<i>UN SACO DE TIERRA</i>	124
<i>DANI</i>	131
<i>EL HUESPED</i>	138
<i>LA MADICIÓN DE MAMÁ ESPE</i>	144
<i>EL HUESPED Y LA ESPECTADORA</i>	149
<i>OTRA VEZ, HERMANA BLANCA</i>	153
<i>MIL KIÓMETROS AL AVERNO</i>	159
<i>CAMILA</i>	166
<i>POSESIÓN</i>	171
<i>LA ÚLTIMA ORACIÓN</i>	178
<i>SUBCONCIENTE MALVADO</i>	183
<i>LA POSESIÓN DEL PASTOR</i>	188
<i>EL ABICHADO</i>	193
<i>EL EXORCISMO DE ZERO DRÍGUEZ</i>	199
<i>EPÍLOGO</i>	205
<i>COLABORADORES DE LA ANTOLOGÍA</i>	208

DEDICATORIA



A los que han sentido, alguna vez, que algo ajeno se movía dentro de ellos.

Esta antología está dedicada a ustedes: a los insomnes que escuchan voces en el silencio de la madrugada, a los que han despertado con marcas que no recuerdan haberse hecho, a los que han pronunciado palabras que no parecían suyas. A los que cargan con secretos tan pesados que parecen tener vida propia. A los que han mirado al espejo y, por un instante fugaz, no han reconocido del todo la mirada que les devolvía el reflejo, como si otro observara desde atrás de sus ojos.

Está dedicada a las madres que harían cualquier pacto imaginable por proteger a sus hijos, incluso si el precio fuera entregar su propia alma en silencio. A los padres que ocultan su miedo detrás de la rutina diaria y temen que el mal, que acecha a su familia, ya haya cruzado el umbral de la puerta principal sin hacer ruido. A los hijos que crecen en hogares donde las sombras parecen tener nombres antiguos y olvidados, donde las puertas se cierran solas y los susurros surgen de las paredes.

A los sacerdotes agotados que recitan latines con la voz temblorosa y entrecortada, que dudan en lo más profundo de su ser si las palabras que pronuncian tienen algún poder real ante lo que enfrentan. A los escépticos empedernidos que, a pesar de su racionalidad inquebrantable, guardan una cruz pequeña o un amuleto escondido en el cajón del escritorio, por si acaso llega el momento. A los psiquiatras que han visto casos que no encajan en ningún manual diagnóstico, pacientes que hablan en lenguas que nunca aprendieron, que exhiben una fuerza imposible para su compleción, que conocen detalles íntimos de sus vidas que jamás fueron contados en sesión.

Está dedicada a los adolescentes que juegan con tableros ouija en fiestas de fin de semana, que ríen de forma nerviosa mientras las letras se forman solas bajo sus dedos temblorosos. A los adultos que, años después de aquella noche, aún sienten que algo los siguió a casa y se instaló en un rincón de su mente. A los que buscan en internet rituales prohibidos y oscuros, impulsados por la curiosidad insaciable o por un dolor tan profundo que buscaban cualquier salida, sin medir las consecuencias eternas.

A las mujeres que han sido acusadas de histéricas o locas cuando intentaron explicar lo inexplicable que les sucedía. A los hombres que han callado su terror más profundo por miedo a parecer débiles ante los demás. A todos los que han sido tachados de mentirosos o fantasiosos por contar lo que vivieron en carne propia, cuando nadie más quiso creerles ni investigar.

Esta dedicatoria es para los que han rezado en la oscuridad absoluta, aunque no creyeran en nada ni en nadie. Para los que han encendido velas blancas, han esparcido líneas de sal en los umbrales, han colgado ajos secos o cruces de madera, no por mera superstición, sino por una desesperación que no encontraba otra válvula. Para los que buscan exorcistas en directorios clandestinos y anónimos, para los que han intentado autoexorcismos en la soledad fría de su baño, y recitan oraciones encontradas en páginas web dudosas y desesperadas.

Está dedicada a los sobrevivientes de estas batallas invisibles. A los que lograron cerrar la puerta con firmeza, aunque quede siempre una rendija mínima por donde se filtra el frío. A los que llevan las cicatrices invisibles e imborrables de batallas que nadie más vio ni oyó. A los que, cada noche antes de dormir, revisan bajo la cama o dentro del armario, no por infantilismo residual, sino porque saben que algunas cosas no se van del todo nunca.

A los escritores valientes que han plasmado estos terrores en palabras precisas, exorcizando sus propios demonios internos a través de la ficción como catarsis. A los lectores intrépidos que se atreven a sumergirse en estas historias profundas, y que saben que removerán algo muy profundo, algo que tal vez preferirían dejar dormido para siempre.

Esta antología es para los que entienden que el mal no siempre llega con cuernos rojos y cola bifurcada. Que a veces llega disfrazado de amor incondicional, de justicia vengativa, de alivio inmediato, de poder absoluto. Que la posesión no siempre es espectacular y cinematográfica, con cabezas que giran trescientos sesenta grados y vómitos verdes. Que a veces es sutil y corrosiva: un pensamiento obsesivo que no se va, una rabia desproporcionada que toma el control, una depresión que parece tener voluntad propia y maliciosa.

Está dedicada a los que han sentido la tentación oscura de rendirse por completo, de dejar que esa voz interior tome el control total porque, al menos, promete acabar con el dolor insoportable. A los que han resistido día tras día, aunque cueste un esfuerzo titánico. A los que han perdido la batalla en algún momento, pero cuyos relatos silenciosos nos advierten a los demás del peligro.

A los que viven en casas donde sucedieron cosas inexplicables que nadie menciona en voz alta. A los que evitan ciertos espejos antiguos, ciertas habitaciones cerradas, ciertos nombres prohibidos. A los que han cambiado de ciudad o de país entero y creen que la distancia geográfica podría romper el lazo invisible, solo para descubrir que lo que los persigue viaja siempre dentro, en la sangre y en el alma.

Esta dedicatoria es para todos ustedes, porque en sus experiencias vividas, en sus miedos más profundos, en su valentía cotidiana o en su fragilidad humana, reside la verdad más aterradora y universal: que la línea entre poseído y poseedor es más delgada de lo que queremos admitir en voz alta. Que todos

llevamos dentro la posibilidad latente de la puerta abierta, a la espera solo de la grieta adecuada.

Gracias por existir en este mundo. Gracias por resistir contra lo invisible. Gracias por leer estas páginas oscuras, pues saben que podrían remover lo que con tanto esfuerzo han mantenido quieto y controlado.

Esta antología es toda suya. Léanla con el cuidado que merece. Y, cuando la terminen, recuerden siempre: la mejor protección no está en cruces de plata ni en agua bendita consagrada. Está en no olvidar jamás quiénes son en realidad, en el fondo.

Porque mientras recuerden su nombre verdadero y lo pronuncien con firmeza, ningún demonio podrá pronunciarlo por ustedes ni reclamarlo como propio.

Con respeto infinito, admiración sincera y un escalofrío compartido que nos une.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

AGRADECIMIENTO



Bienvenidos a esta antología que reúne historias de posesiones demoníacas, un territorio donde la frontera entre lo humano y lo inhumano se deshace como papel mojado. No han venido aquí por casualidad. Algo en ustedes —tal vez una curiosidad insaciable, tal vez una herida antigua que nunca cerró del todo— los ha traído hasta estas páginas. Y yo, como editor literario de estas voces, me siento muy honrado de acompañarlos en el descenso.

El terror de la posesión es, quizás, el más íntimo de todos los miedos. No se trata de un monstruo que acecha en la oscuridad del bosque o bajo la cama; se trata de un monstruo que ya está dentro. Que habla con tu voz. Que conoce tus secretos más vergonzosos. Que utiliza tus manos para hacer daño. Estas historias no hablan de demonios lejanos y abstractos; hablan de nosotros. De lo que somos capaces de albergar cuando la voluntad flaquea, cuando la fe se agrieta, cuando el dolor o la rabia abren una grieta por donde algo antiguo y hambriento puede colarse.

En estas páginas encontrarán sacerdotes exhaustos que ya no creen del todo en lo que recitan, madres que harían cualquier pacto por salvar a sus hijos, adolescentes que invocan sin saber lo que llaman, eruditos que creen poder negociar con lo innegociable. Encontrarán cuerpos que ya no son del todo suyos, voces que surgen de gargantas que no las produjeron, ojos que miran con una inteligencia demasiado vieja para pertenecer a un ser humano. Pero sobre todo encontrarán personas. Personas rotas, personas desesperadas, personas que, como todos nosotros, llevan dentro un vacío que a veces pide ser llenado a cualquier precio.

He seleccionado estos relatos no solo por su capacidad de helar la sangre —que la tienen, y mucha—, sino porque cada uno de ellos, a su manera, interroga esa delgada línea que separa la salvación de la condenación. ¿Qué estaríamos dispuestos a sacrificar para recuperar el control de nosotros mismos? ¿Y si el precio fuera con exactitud la esencia que nos hace humanos? ¿Existe en realidad la redención para quien ha permitido — aunque sea por un instante— que algo ajeno tome las riendas?

Algunos de estos cuentos son brutales. Otros, sutiles hasta la asfixia. Algunos recurren a la tradición católica más ortodoxa; otros exploran posesiones que no necesitan cruces ni agua bendita, porque el demonio que los habita es puramente psicológico, o social, o tecnológico. Todos, sin excepción, recuerdan una verdad incómoda: el mal no siempre llega con rugidos desde el infierno. A veces llega con susurros y promesas. A veces llega disfrazado de alivio.

Les pido que lean con las luces encendidas si lo necesitan —no los juzgaré—, pero también les pido que lean con el corazón abierto. Porque estas historias no buscan solo asustarlos (aunque lo harán). Buscan remover algo más profundo. Buscan hacerles preguntarse qué harían ustedes si una noche, en la quietud de su habitación, escucharan una voz que no es la suya propia responder desde dentro de su pecho. Qué harían si sus manos se movieran sin su permiso. Qué harían si el ser querido que tienen al lado comenzara a hablar en una lengua que nunca aprendió y a mirarlos con unos ojos que ya no reconocen.

Tal vez, al cerrar este libro, sientan alivio. Tal vez sientan que las sombras se han retirado. Pero también es posible que, por un instante, duden. Que escuchen con más atención los ruidos de la casa. Que se pregunten si ese pensamiento que acaba de cruzarles la mente era en realidad suyo. Que recen —aunque no sean creyentes— una oración breve y torpe antes de dormir. Si eso ocurre, entonces los autores aquí reunidos habrán cumplido

su misión. Y yo, como puente entre ellos y ustedes, me sentiré satisfecho.

Porque el verdadero terror no está en los demonios que estas páginas describen. El verdadero terror está en reconocer que, bajo las circunstancias adecuadas, cualquiera de nosotros podría convertirse en la puerta por la que ellos entran.

Gracias por confiar en estas historias. Gracias por permitir que estas voces —las humanas y las que no lo son tanto— habiten por un rato en su imaginación. Gracias por recordar, aunque sea solo mientras dura la lectura, que la posesión más aterradora no es la del cuerpo, sino la del alma que se rinde.

Lean con cuidado.

Y, cuando terminen, no olviden rezar... por si acaso.

Con admiración y un escalofrío compartido.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

PRÓLOGO



Entrar en el territorio de la posesión demoníaca es adentrarse en uno de los abismos más antiguos y perturbadores de la imaginación humana. Desde los primeros relatos sumerios sobre espíritus malignos que se apoderaban de los cuerpos hasta los exorcismos registrados en los evangelios, pasando por las epidemias de posesión colectiva en conventos medievales y los casos modernos que aún desafían a psiquiatras y teólogos por igual, la idea de que algo ajeno pueda tomar el control absoluto de una persona ha obsesionado a todas las culturas. No es casualidad. En el fondo, la posesión habla de nuestra mayor vulnerabilidad: la pérdida del yo. El terror no reside solo en el demonio, sino en la posibilidad de que el demonio ya esté dentro, a la espera de la grieta adecuada para manifestarse.

Esta antología no pretende ser un tratado teológico ni un catálogo de fenómenos paranormales. No busca convencer ni desmentir. Su único propósito es explorar, a través de la ficción, las múltiples caras de ese miedo primordial. Aquí no encontrarán un único tipo de posesión, sino muchas. Algunas son clásicas: rituales fallidos, pactos imprudentes, entidades bíblicas que responden a nombres antiguos y exigen tributos de sangre y alma. Otras son contemporáneas y, por ello, quizás más inquietantes: posesiones que no requieren ouijas ni invocaciones, sino un clic equivocado en la oscuridad de internet, una aplicación descargada por curiosidad, un trauma no resuelto que abre la puerta desde dentro. Hay posesiones que se anuncian con violencia física y contorsiones imposibles; hay otras que se instalan con sigilo, e imitan de manera perfecta a la víctima que nadie nota el cambio hasta que es demasiado tarde.

Los autores reunidos en este volumen provienen de tradiciones y sensibilidades muy distintas. Algunos crecieron entre historias de brujería oídas en pueblos olvidados; otros se formaron en la frialdad de laboratorios científicos. Unos creen, otros dudan, varios prefieren no pronunciarse. Lo que los une es la convicción de que el terror más efectivo no nace de lo sobrenatural por sí mismo, sino de su colisión con lo profundamente humano. Por eso sus relatos no se conforman con asustar: interrogan. ¿Qué significa ser poseído en un mundo que ya nos exige renunciar a partes de nosotros mismos todos los días? ¿Es la posesión demoníaca tan distinta de la adicción, del fanatismo, de la ideología que nos devora desde dentro? ¿Puede un exorcismo liberar a alguien que, en el fondo, no desea ser liberado?

En estas páginas encontrarán niños que hablan en lenguas muertas, adultos que despiertan con marcas que ellos mismos se infligieron mientras dormían, comunidades enteras que caen bajo el influjo de una sola voz que no parece humana. Encontrarán exorcistas que fracasan no por falta de fe, sino por exceso de certeza; familias que prefieren convivir con el mal conocido antes que enfrentar la verdad de su propio desamor; víctimas que, una vez liberadas, descubren que el vacío dejado por el demonio es peor que su presencia. Porque la posesión, al final, no es solo invasión: es revelación. El demonio no inventa nada nuevo; solo saca a la luz lo que ya estaba allí, enterrado bajo capas de civilización, decoro y negación.

He elegido estos relatos porque, más allá de su capacidad para erizar la piel, comparten una inquietud común: la fragilidad de la frontera entre el yo y el otro. En un tiempo en que las identidades se fragmentan, se multiplican en pantallas, se diluyen en redes y algoritmos que parecen conocer nuestros deseos mejor que nosotros mismos, la metáfora de la posesión adquiere una resonancia nueva y aterradora. ¿Quién no ha sentido, alguna vez, que una parte de sí mismo actúa en contra de su voluntad? ¿Quién no ha oído una voz interior que no reconoce del todo? Los

demonios de estas historias no siempre vienen del infierno; a veces vienen de nosotros.

Les invito a leer sin prisa, pero también sin complacencia. Permitan que estas voces —las de los autores, las de los personajes, y sí, también las otras— resuenen un poco más de lo comfortable. No busquen aquí respuestas definitivas sobre la naturaleza del mal, porque no las hay. Busquen, en cambio, preguntas que tal vez prefieran no hacerse. Y cuando cierren el libro, cuando apaguen la luz y el silencio de la noche se instale, escuchen con atención. No por miedo a lo que pueda entrar desde fuera, sino por temor a lo que ya podría estar dentro, a la espera.

Porque si algo nos enseñan estas historias es que la puerta no siempre se abre desde el otro lado.

Con respeto y un temblor compartido.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

EL DEMONIO HABLA NÁHUATL

Alan Montellano

MÉXICO

San Miguel Coatlán, Nueva España

Año de Nuestro Señor de 1624

La noticia llegó a la celda de fray Alonso de Medina con el polvo del camino todavía adherido al mensajero. Una muchacha del pueblo de San Miguel Coatlán murmuraba por las noches. No gritaba obscenidades ni escupía a las imágenes sagradas. Tan solo nombraba cosas.

El fraile cerró el breviario. Veintidós años de sacerdocio le habían enseñado que el demonio se manifiesta en la transgresión, no en la nomenclatura. Pero los del pueblo insistían: algo habitaba en ella que no reconocía el orden nuevo.

Partió al amanecer con su maletín de cuero. Dentro, agua bendita, estola morada, el *Rituale Romanum* encuadernado en Sevilla. Las herramientas de un artesano.

La capilla de San Miguel era de adobe blanqueado, con un retablo modesto y olor a copal mal disimulado. La muchacha esperaba sentada en una banca, las manos sobre el regazo. No temblaba. Sus ojos seguían el movimiento de una mosca contra el muro.

Junto a ella, Martín Xocoyotl sostenía un rosario entre los dedos como si fuera un objeto ajeno. El intérprete se había educado en el convento desde niño. Leía latín, hablaba castellano con precisión de escribano, y dominaba el náhuatl con una fluidez que a veces parecía incomodarlo.

—¿Ha blasfemado? —preguntó fray Alonso, mientras dejaba su maletín sobre el altar.

—No, padre.

—¿Ha mostrado fuerza inusual? ¿Conocimiento de secretos ajenos?

—No, padre. Solo... nombra.

Fray Alonso observó a la muchacha. Su rostro era llano, sin expresión. Esperó que levantara la vista, que mostrara desafío o terror. No lo hizo.

—Entonces comenzaremos.

El ritual comenzó con la fórmula de siempre. Fray Alonso trazó la señal de la cruz en el aire y recitó el exordio en latín, cada sílaba calibrada con la exactitud de un relojero. Esperaba resistencia, ese momento en que la presencia oscura reconoce el poder de las palabras sagradas y se retuerce.

La muchacha abrió la boca. Lo que salió no fue un grito.

—*Nimitztlatlauhtia, amo nelli in titlatlacolli.*

Luego comenzó la enumeración.

El náhuatl fluyó de sus labios con una cadencia que fray Alonso reconoció como ritual, aunque no comprendiera las palabras. No era el habla cotidiana de los naturales que escuchaba en el mercado. Era algo más antiguo, más estructurado. Como un himno sin melodía.

Mientras hablaba, la muchacha comenzó a nombrar sin respirar. No parecía necesitar aire.

—¿Qué dice? —preguntó Alonso, sin apartar los ojos de ella.

Martín tardó en responder. Su mano apretó el rosario hasta blanquear los nudillos.

—Nombra lugares, padre. Cerros. Manantiales.

—¿Cuáles?

—Que ya no existen.

Fray Alonso intensificó la fórmula. Elevó su voz. La muchacha continuó, imperturbable. No había confrontación en su tono. Solo inventario.

El sol atravesaba los huecos del techo cuando el fraile decidió cambiar de estrategia. Asperjó agua bendita sobre la frente de la muchacha. Las gotas resbalaron por sus sienes sin provocar reacción.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —invocó, al tiempo que presionaba el crucifijo contra su pecho.

—*Campa quichihuac in tlātlacatl in tēuctli. Campa quichihuac in tonacāyōtl.*

La respuesta llegó en náhuatl, más intensa. Martín retrocedió un paso.

—¿Ahora qué dice?

El intérprete tragó saliva.

—Dice... dice el lugar donde se hizo el hombre del señor. Donde se hizo la carne.

Cada nombre parecía ocupar un espacio que ya no estaba allí, y la capilla se sentía cada vez más estrecha.

—¿Con quién?

Silencio.

Fray Alonso giró hacia él.

—Te he preguntado con quién.

—No lo dice, padre. Solo dice que aquí estaba el agua. Que aquí se recordaba.

La muchacha continuó. Su voz no modulaba emoción, pero había algo en el ritmo que hacía que el aire de la capilla pareciera más denso. Fray Alonso sintió, por primera vez en su carrera, que pronunciaba palabras en un idioma que el interlocutor no reconocía como lengua de autoridad.

El latín, comprendió con incomodidad, era solo ruido para aquello que hablaba.

Cayó la tarde. Fray Alonso pidió traer velas. La muchacha no había bebido agua ni cambiado de postura.

—*Nican ca atl in quimopajpaca. Nican quitozque in teuctli in popoca. Nican quitemoa amo quilmachizque.*

Aún recitaba, pero ahora con pausas más largas, como si consultara un archivo interno.

—Tradúceme todo —ordenó el fraile—, palabra por palabra.

—Padre, yo...

—Es una orden.

Martín cerró los ojos. Cuando la muchacha volvió a hablar, él tradujo con voz quebrada:

—Aquí fue el agua que limpiaba. Aquí se nombró al señor del humo.

Aquí se buscó lo que no debía ser conocido.

Fray Alonso sintió un escalofrío que no provenía del frío.

—¿Qué señor?

—No lo dice con nombre cristiano, padre.

—Entonces dime el otro.

Martín abrió los ojos. Había miedo en ellos, pero no al demonio.

—*Titlacauan, Tezcatlipoca.*

El fraile apretó el *Rituale* con ambas manos. Conocía ese nombre de los informes franciscanos, de las denuncias de idolatría. Un dios del espejo, del humo, de las cosas que cambian. Uno de los grandes. Uno de los supuestos derrotados.

—Continúa el ritual —ordenó.

Pero su voz ya no tenía la misma certeza.

Pasó otra hora. Fray Alonso recitó fórmulas de expulsión, invocaciones a San Miguel Arcángel, lecturas del Evangelio de Juan. La muchacha respondía en náhuatl, siempre en el mismo registro formal, sin insultos ni blasfemias.

No peleaba. Testimoniaba.

—Padre —dijo Martín de pronto—, creo que no está poseída.

Fray Alonso se detuvo en mitad de una oración.

—Explícate.

—Lo que habla... no vino de fuera. Estaba. Siempre estuvo. Y ahora...

—¿Y ahora qué?

—Ahora recuerda por qué alguien tiene que recordar.

El fraile miró la muchacha. Su cuerpo frágil, su respiración regular. No había nada monstruoso en ella. Solo una extraña quietud, como si fuera menos una persona que un receptáculo.

Fray Alonso comprendió entonces que no se trataba de una voz ajena que entraba, sino de algo antiguo que había tomado asiento en el lugar donde debía habitar un alma.

—Eso —dijo con lentitud— es una posesión.

Martín no respondió.

Fray Alonso decidió forzar el final. Colocó la estola sobre los hombros de la muchacha, trazó una cruz en su frente con óleo sagrado y recitó la fórmula de expulsión más severa que conocía. Su voz retumbó en la capilla vacía.

La muchacha habló una última vez. Una sola frase, breve, con una claridad absoluta.

—*Amo niualac. Nican nica.*

Martín la tradujo sin que se lo pidieran, con un esfuerzo visible:

—No he venido. Me quedé.

Y entonces calló.

El silencio que siguió fue distinto. No era la pausa entre palabras, sino la ausencia de algo que había estado presente. El aire se volvió más liviano. La luz de las velas pareció más clara.

La muchacha cerró los ojos y se desplomó hacia un lado.

Fray Alonso la sostuvo antes de que cayera al suelo. Su cuerpo estaba tibio, su pulso tranquilo. Dormía.

—Se ha ido —dijo el fraile, aunque no estaba del todo seguro.

Martín miraba el suelo de tierra apisonada.

—Sí, padre. Se ha ido.

Afuera, bajo el cielo índigo del atardecer, Martín se sentó en el pretil de piedra. Fray Alonso salió de la capilla limpiándose las manos con un paño.

—Has hecho bien tu trabajo —dijo.

El intérprete no levantó la vista.

—Padre, ¿puedo confesarle algo?

—Habla.

Martín tardó en encontrar las palabras. Cuando lo hizo, su voz era casi un susurro:

—No era un demonio. Era un dios. Reducido. O lo que queda de uno. Los que no se destruyeron del todo, los que se escondieron... en los cerros, en las cuevas, en los cuerpos de quienes todavía los nombran en secreto. No vino a poseerla. Siempre estuvo ahí, callado, a la espera. Y cuando ella creció, cuando su cuerpo fue fuerte... recordó.

Fray Alonso se sentó junto a él.

—¿Y qué hemos hecho entonces?

—Lo que debía hacerse, padre. Expulsarlo. Limpiarlo.

—¿Pero?

Martín señaló el cerro que se alzaba al este del pueblo, oscuro contra el cielo.

—Ese cerro tenía un nombre. *In tocaiti*. Un nombre sagrado. Yo lo sabía esta mañana. Lo aprendí de niño.

Hizo una pausa.

—Ya no lo recuerdo.

Fray Alonso miró el cerro. Era solo un cerro. Piedra y matorrales. Nada más.

—Quizá sea mejor así —dijo, pero no sonó convencido.

Martín asintió despacio.

—Quizá.

La muchacha despertó tres días después. No recordaba nada de lo ocurrido. Los frailes le dieron de comer, le preguntaron cómo se sentía, rezaron con ella. Respondió con normalidad. Era solo una joven de diecisiete años que había estado enferma.

Cuando le preguntaron si sabía por qué murmuraba, negó con la cabeza.

—¿Qué decía, padre?

—Nada importante —respondió fray Alonso—. Delirios de fiebre.

La joven bajó la vista y no volvió a preguntar.

Fray Alonso de Medina volvió a su convento una semana después. Escribió un informe breve para el provincial: invasión espiritual sin signos de violencia, exorcismo exitoso, caso cerrado. No mencionó el náhuatl ni los nombres de lugares. No tenía categorías para eso.

Martín Xocoyotl siguió como intérprete. Traducía documentos, asistía en confesiones, ayudaba en pleitos de tierras. Hacía su trabajo con eficiencia y nunca volvió a temblar.

Pero a veces, cuando caminaba por el mercado o cruzaba un río, se detenía y miraba el paisaje con expresión confusa. Como si algo faltara. Como si el mundo que veía, fuera una versión más pequeña, más vacía de lo que había sido.

Y aunque no podía recordar con exactitud qué faltaba, sabía que había estado ahí. No era un olvido común, sino la certeza de que ese nombre ya no existía en ninguna lengua.

Solo que ahora, ya no.

EL RITUAL INVERSO

Abraham Campos

MÉXICO

La noche era un símbolo de fuerza que le congelaba el temple a Mauricio mientras sus pasos, únicos profanadores del silencio, resonaban hacia la casa. La luna nueva se había escondido en los pliegues de la ciudad, y una noción oculta, tan antigua como el Génesis, emanaba de las entrañas de aquel callejón. Era el lugar que el taxista había rehusado acercar, despidiéndolo con un hilo de voz: «Tenga cuidado... ahí vive algo que no paga pasaje».

Al mirar la fachada del ruinoso inmueble, vio cómo las grietas parecían escalar desde los cimientos como ramas serpenteantes de mentira. Las ventanas estaban cubiertas con tablas, clavadas con una desesperación que parecía esperar contener algo del interior, algo que respiraba con una tranquilidad inalterable. Un cierto olor a podrido emergía de aquel sitio sombrío. El cura se santiguó con fe moderada, haciendo un escudo con el simple gesto de su desconfianza hacia la oscuridad acechante. Sacó un cigarrillo para calmar el temor; una buena calada al tabaco reorganizó su humor. Extrajo una pequeña caja de metal dorada con tallados en alto relieve y dejó extinguirse el oxígeno del cigarrillo en esa pequeña lápida.

Un gato negro se acercó al último escalón. Lo observaba con descaro; no arrojó ningún maullido, solo se sentó como si fuera el mayordomo dándole la bienvenida. En aquellos ojos ámbar, Mauricio sintió cómo lo desnudaba de su ser. Notó en aquellas pupilas felinas unas pequeñas grietas internas, como filamentos plateados que le recordaban a la obsidiana recién pulida.

—No tengo comida conmigo —le dijo, disculpándose.

El gato se estiró y se retiró hacia un lado, como si le abriera el paso a la entrada. Mauricio se aproximó a la casa y, justo cuando iba a golpear la aldaba, algo en él lo instó a empujar aquella puerta de madera. Con un respiro ajeno y un rechino, la puerta cedió.

Dentro, el polvo se esparció a su derredor, envolviendo sus fosas nasales y su rostro. La oscuridad parecía estar organizada; no se distribuía al azar, sino que rodeaba los muebles y se aglomeraba en las esquinas. El sacerdote comenzó a sentir un escalofrío que se originaba en su nuca y recorría su columna vertebral hasta la cadera. Intentó recitar una plegaria en latín, pero su lengua estaba adormecida, como si aquel lenguaje sacro permaneciera durmiendo en su músculo y a su mente le costara recordar las palabras. Sentía su cabeza pesada, como si un torbellino de aire helado se agolpara dentro de su cráneo.

—Está arriba —susurró una voz desconocida.

Mauricio no buscó el origen. Sujetó su sotana con firmeza, buscando despojar a sus piernas del temor. Respiró hondo y miró al gato subir las escaleras, como si lo condujera hasta su objetivo. Mauricio, como un profesional de lidiar con posesiones, lo siguió con naturalidad.

En la habitación, ligeramente iluminada por una vela casi moribunda cerca del espejo del tocador —de madera tallada en roble con forma de concha de mar—, encontró a Laila. Como una figura aciaga, estaba sentada en una silla, con las piernas abiertas y cubiertas hasta las pantorrillas por su prenda. Llevaba el cabello largo recogido y unas ojeras marcadas. Sobre la tela blanca de su camión, justo sobre su corazón, una mancha amarillenta y seca se extendía como un archipiélago de podredumbre. El padre se acercó a la cama, deshecha, y colocó su Biblia y su agua bendita. Giró lentamente su cuello en dirección a Laila, quien estaba atada de manos al respaldo de la silla, pero aun así se la notaba

tranquila, como una anfitriona que ya esperaba una visita solemne. Su respiración parecía anormal, como si otro par de pulmones respirara en segundo plano.

—Padre Mauricio —expresó con una calma que incomodaba las entrañas—. Llegó tarde.

Él tomó su Biblia y la hojeó hasta el pasaje que necesitaba. Era un libro nuevo, ya que el anterior había sido custodiado por la Arquidiócesis al estar lleno de fluidos expulsados en muchos rituales de posesión demoniaca. Recordaba al obispo decirle: «Tome esta, es inmaculada; la otra tenía manchas no consagradas». Pero en esta noche no tenía humor para comedias irónicas. Entonces se colocó la sobrepelliz y besó la Biblia.

—Estoy aquí para ayudarte, hija.

Laila sonrió con una mueca que parecía resquebrajar su rostro.

—No habrá crucifijo suficiente para esta batalla... mi muy querido Padre Mauricio.

El gato saltó sobre el regazo de Laila. No ronroneó como haría cualquier felino normal; en su lugar, emitió un pequeño sonido que se asemejaba a diminutos tambores de guerra.

El aire a su alrededor parecía empequeñecerse, como si el oxígeno se disipara. La vela parecía estática, como si se hubiera contenido en el tiempo. De la frente del sacerdote, unas pequeñas gotas de sudor quisieron resbalar. De la penumbra, un sonido desgarrador perturbó los tímpanos de Mauricio.

—Tzitzimimeh —se escuchó, como un murmullo de una voz que parecía sobrehumana.

Aquel sonido no lo reconoció Mauricio, pero esa palabra le inquietaba las vísceras.

Laila inclinó su cabeza y, en esa posición, alzó la mirada con sus grandes ojos de pestañas pronunciadas. Sus pupilas dilatadas lo enjuiciaban.

—Usted no vino a expulsar nada. Vino a ser expulsado.

Las palabras de Laila no resonaron en sus oídos, sino en el hueco de su estómago. Un instinto animal, primitivo, le gritó que girara y corriera, que cada escalón que había subido era un error. Pero años de rituales y de fe —esa fe que ahora sentía frágil como cristal—clavaron sus pies al suelo.

El padre nuevamente sujetó la Biblia y, con firmeza, lanzó las palabras en latín. De su garganta seca emergían temblorosas, pero llenas de ferocidad. Con cada frase, la habitación se sacudía; luego resonaban como un eco, pero en voz de mujer. Era como si la propia casa tradujera las oraciones. El padre no las tomó en cuenta y prosiguió. Luego, ese eco femenino tradujo a otro idioma antiguo, como si fuera algún dialecto prehispánico perdido por el tiempo y la conquista.

El padre notó un sutil olor a piel quemada y vio que su Biblia comenzaba a aumentar en temperatura. Aunque no veía ninguna flama, era evidente, por ese olor, que la piel de la encuadernación de su herramienta se estaba chamuscando.

—Aún persistes, querido Mauricio. ¿Cómo osas intentar expulsar lo que estaba antes que tu dios? —Dijo Laila como un muñeco de ventrílocuo, sin mover los labios.

Mauricio intentó acelerar el rezo, pero sus palabras se quebraron en su lengua. El latín parecía corromperse; ahora hablaba en otro idioma que no comprendía. Era como si su lengua lo hubiera traicionado y que otra voz emergiera de ella con una voluntad rapaz y burlona.

El gato se bajó del regazo con elegancia; sus pies parecían flotar sobre el piso. Dio unos pasos con lentitud calculada hacia el padre, lo miraba con esos ojos que parecían contener las puertas

hacia un universo de estrellas a punto de extinguirse. El sacerdote dio unos pasos hacia atrás; aquella figura felina lo intimidaba, emitía un aura de respeto. Sintió que sus rodillas se querían postrar ante esa criatura bajo ese pelaje negro.

Luego notó cómo la oscuridad cubría a Laila, como si ella fuera un imán de sombras. Por lo tanto, el ritual se quebró sin violencia, como una rama vieja que finalmente acepta su destino.

Ella se puso de pie; las cuerdas de sus manos habían cedido sin romperse, aflojándose de manera natural.

—Arrodíllate —le ordenó.

No era el sonido de una voz humana, era más un tono ronco y ominoso, de algo que ha visto morir estrellas y nacer desiertos.

Mauricio cedió e inclinó ambas rodillas, postrado ante el piso de madera que crujía en una sinfonía lóbrega. No sentía que lo hacía por su voluntad, pero sentía la presión de un peso invisible que articulaba sus extremidades. Sintió su cara en el piso polvoso; pensaba que su fe se había roto y por eso no podía combatir a ese demonio.

Laila alzó sus manos como una sacerdotisa. Sus muñecas presentaban marcas antiguas, unas cicatrices que no parecían humanas. Era como si en la piel le hubieran incrustado pedazos de obsidiana.

—Vas a ser purificado —dijo—. Verás lo que veo y siento; sentirás su roce frío.

Laila comenzó a recitar en náhuatl y Mauricio, que conocía el idioma, entendió cada palabra que le perforaba la razón y le helaba la valentía. La última frase: «Sal de él, saca lo que lo corroe, que se rompa su mentira. Que su espíritu sea pelado como fruta enferma».

Mauricio sintió que algo dentro de él se le desprendía, como si su piel estuviera hecha de escamas y se le deshiciera.

—Nosotras conquistamos cuerpos —susurró Laila, aunque ya no sonaba a ella—. Nosotras reclamamos almas.

El gato se acercó con sorna y pasos inquisitivos. Se restregó a un lado de él y una explosión de imágenes se concentró en su mente: una pirámide envuelta en humo azul y mujeres cadavéricas con penachos que bailaban y devoraban estrellas. Mauricio dejó caer su dorso de espaldas al piso. Mientras, Laila se acercaba y limpiaba el sudor de su frente; sus dedos se sentían helados. Ella llevó su dedo a su labio y lo mojó en saliva, colocándolo nuevamente sobre la frente de Mauricio, quien volvió a sumergirse en imágenes: vio un desierto astral extendido más allá de la imaginación. En la arena, figuras femeninas hechas de estrellas rotas se deslizaban hambrientas, buscando cuerpos donde volver a respirar.

Laila acercó su cabeza hacia el oído del sacerdote y le murmuró:

—Tu fe es una grieta, padre. Yo puedo habitar grietas.

El gato se acercó al pecho de Mauricio y ahí se acostó. Un ronroneo salió de él, y el sacerdote sintió que sus costillas se quebraban y su pecho menguaba, como si con aquella vibración algo en él empezara a entrar y su alma comenzara a desaparecer, hasta que perdió la conciencia.

Al despertar, se encontraba atado a la silla y Laila, al otro extremo, lo contemplaba como una madre a un hijo desobediente. Mauricio intentó forcejear para liberarse, pero cada movimiento carecía de fuerza. Intentó gritar, pero de su boca solo salían sonidos tenues, vacíos, sin significado, empapados en un sudor que se confundía con las lágrimas deslizándose sobre sus mejillas.

—Creo que ya lo pude expulsar de mí —dijo Laila con una tranquilidad y una sonrisa en sus labios—. Sabes, el problema de los demonios antiguos es que adoran las fracturas en las almas de sus recipientes, y la tuya era más grande que la mía.

El gato brincó al hombro del cura y su respiración parecía humana, como si le susurrara mensajes a su conciencia. El padre sentía su corazón a punto de explotar y, en eso, de su pecho sintió que algo se movía, que se metía en cada músculo de su ser, que lo movía contra su voluntad, y notó que estaba sonriendo con una mueca grotesca, mientras el gato le lamía el rostro.

Laila se acercó con cuidado y apagó la vela. Se retiró en la oscuridad y, de pronto, se escuchó cerrar la puerta de un solo golpe y una voz sobrenatural que decía:

—Ya puedo volver a respirar.

OFFERRO

Carlos Trapala

MÉXICO

Me había quedado de ver con una vieja amistad, Mildred; tenía años sin verla, pensé que tal vez sería una buena idea, nos quedamos de ver en la laguna, era un lugar muy concurrido y había eventos culturales. Llegué primero, como de costumbre, siempre había sido muy puntual, Mildred aún no llegaba, le mandé mensaje, me dijo que no tardaría. Para hacer tiempo me acerqué a unos puestos de libros y empecé a verlos, de pronto esa sensación regresó de nuevo, sentía que estaba en un sueño y una voz muy familiar me llamaba.

—Carlos, sigues igual de distraído que siempre.

Una voz femenina me sacó de ese trance, era Mildred. Nos abrazamos y empezamos a caminar por la laguna. Cruzamos un puente de madera y nos pusimos al día, ella había viajado por varias partes del mundo, me alegraba mucho por ella, siempre había sido un alma libre. Yo solo le conté ciertas cosas del trabajo y mi vida amorosa, lo suficiente para distraerla y no cayera en otros temas. No le conté que me sentía vacío, no le conté que todas las mañanas me invadían unas ganas enormes de llorar, no le conté que durante las noches me sentía observado, y sobre todo no le conté de mis sueños con el abismo, no le dije que lo había visto con mis propios ojos y cada sueño profundizaba más en él.

Caminábamos por la laguna, observaba a las personas ir y venir, ¿cómo era posible que tantos años de vivir en el mismo lugar y ninguno de esos rostros me resultara conocido?, Mildred aún platicaba, por un momento me perdí, fingí entender la conversación, pero la verdad es que no sabía de qué hablaba.

Llegamos a la zona de juegos, había varios niños, todos parecían divertirse, de pronto, entre la multitud me pareció ver una anciana andrajosa, pálida con varias cicatrices en su rostro y me sonreía, Mildred me tomó del brazo mientras apuntaba con su mano hacia la rueda de la fortuna; me pidió que subiéramos a dar una vuelta, le dije que sí, regresé la mirada hacia donde se encontraba la anciana, pero ya no estaba ahí.

Lo que me extrañó fue que no había fila alguna para subir a esa atracción, pasamos a la taquilla, estaba bastante oscura, solo se lograban distinguir unas manos de mujer y una voz a través de la ventanilla

—Que disfrute la vista, Carlos.

¿Cómo sabía mi nombre, en algún momento se lo dije?, Mildred me tomó del brazo y me llevó rápido hasta la entrada de la rueda de la fortuna —Tengan cuidado al subir; la rueda nunca se detiene— Nos comentó uno de los del staff del lugar mientras cerraba la puerta de la góndola, por último, mencionó que serían dos vueltas. Cuando subíamos le confesé que me daban pavor las alturas, pero que trataría de controlarme, ella solo se burló de mí y dijo no creerme, tomamos varias fotografías de la ciudad desde el punto más alto de la rueda; las luces parecían ser un cielo estrellado a mitad de la noche.

Nos quedamos a la segunda vuelta, jugábamos a balancear la góndola hasta que, de pronto, mientras llegábamos al punto más alto de la rueda, un apagón dejó todo a oscuras, enseguida encendimos las lámparas de nuestros celulares, pero no lográbamos ver nada fuera de la góndola, unos gritos arrancaron el silencio de la noche, al principio fue uno y de un momento a otro se sumaban más, no sabíamos qué sucedía, la rueda aún giraba y cada vez nos acercábamos más a la oscuridad. Mildred trataba de llamar a sus familiares, pero no había señal alguna, las lágrimas empezaron a llenar su rostro, miré la pantalla de mi

celular, en la esquina superior derecha se lograba ver «sin servicio».

La góndola llegó casi al nivel de abajo, unas manos pálidas se colocaron en las puertas para tratar de abrirlas, sabía a quién le pertenecían; las había visto varias veces antes, la anciana dejó ver su rostro demacrado y purulento, agitaba las puertas para tratar de abrirlas, Mildred y yo luchábamos para que no pudiera hacerlo, una de sus manos me tomó de la cabeza y me estrelló contra la puerta, quedé aturdido, mi visión se ponía borrosa, Mildred luchaba con aquella cosa, gritaba mi nombre, se le unió otra voz, la de un hombre, que repetía mi nombre una y otra vez. La anciana empezó a transformar su cuerpo, se volvía una masa amorfa de carne, integrada por varios rostros, aquello empezaba a colarse por la góndola, La voz en mi cabeza se escuchaba cada vez más fuerte, hasta que gritó:

—¡Buer!

La masa de rostros pareció detenerse.

—¡Buer, yo te expulso! —Gritó de nueva cuenta la voz mientras la masa amorfa parecía congregarse hasta formar cinco patas de cabra para crear una estrella, y en medio de todas ellas salía la cabeza de un león con rasgos humanos y ojos de un rojo brillante.

—¡Buer, retírate! —ordenó—. La criatura retrocedió hasta perderse en la oscuridad, mientras pronunciaba algo, que no logré distinguir y me desmayé.

Abrí los ojos y me encontraba en mi habitación, batallaba para respirar, ahí se encontraba un sacerdote que rezaba con los ojos cerrados, mi madre corrió a abrazarme mientras lloraba, vi mi cuerpo maltrecho, lleno de heridas, raquítrico. Me colocaron una colcha y me llevaron al hospital.

Llevo varios días aquí, me han visitado varios conocidos, me han ayudado mucho. Pero los gritos... aquellos gritos aún

retumbaban en mi cabeza, no se había ido del todo, aún lo sentía en la oscuridad de la noche, observándome desde los rincones más profundos. Me habían salvado aquella vez, pero no me había liberado, mi alma seguía condenada. Ahora sé qué es lo que decía aquella figura:

—*Da mihi aliam animam* —susurraba, pero su voz retumbaba en mi interior y yo solo respondí

—*Quisquis hoc leget, debitum meum persolvat* —era latín y podría traducirse así.

«Dame otra alma... quién lea esto, pagará, mi deuda».

No espero que me entiendan, pero no puedo volver a vivir esto, busquen su salida, así como yo encontré la mía.

ENTERRADO

Iván Ledezma Flores

MÉXICO

No puedo precisar la fecha exacta de aquella noche, pero su sombra se extendía sobre mí como una niebla que se niega a disiparse. Fue una noche que partió mi vida en dos, un umbral entre lo que era y lo que ahora soy: un hombre atrapado en un sanatorio moderno, rodeado por las montañas precordilleranas, donde el viento susurra secretos que no quiero escuchar. Esa noche, por primera vez, sentí la presencia de algo que no podía explicar, algo que más tarde identificaría como un súcubo, un demonio que se alimentaba de mi alma mientras mi cuerpo temblaba de deseo y terror. La experiencia fue tan vívida que aún siento su peso, como si una garra invisible me apretara el pecho cada vez que cierro los ojos.

Recuerdo la habitación del psiquiátrico, bañada por la luz pálida de la luna que se filtraba a través de las cortinas raídas. Estaba acostado, atrapado en esa frontera difusa entre el sueño y la vigilia, cuando una presión cálida y opresiva se posó sobre mi pecho. No era solo un peso; era una presencia, algo vivo, que respiraba contra mi piel. Mis pulmones luchaban por aire, pero mis extremidades estaban paralizadas, como si cadenas invisibles las anclaran a la cama. Mi cuerpo, traicionero, respondió con una erección pulsante, un deseo que no buscaba ni entendía, pero que ardía con una intensidad que me avergonzaba. No había nada tangible frente a mí, ningún cuerpo, ningún «agujero», como diría en un arranque de crudeza, para liberar la tensión que me consumía. Era como si esa presencia se burlara de mí, alimentándose de mi deseo mientras me dejaba vacío, atrapado en un tormento sin fin.

Me clavé las uñas en la palma de la mano izquierda, desesperado por probar que estaba despierto, que esto no era un sueño. La piel se desgarró, y la sangre tibia goteó sobre las sábanas, pero el dolor no disipó la presencia. Al contrario, pareció fortalecerla, como si mi sufrimiento la atrajera aún más. Todavía llevo una cinta adhesiva vieja y mugrienta que cubre la herida, que se niega a sanar. La piel alrededor está enrojecida, hinchada, con un olor dulzón que me revuelve el estómago. Temo que se infecte, que la gangrena se extienda desde esa marca, pero la idea de buscar ayuda médica me llena de un pavor irracional. Los médicos de este lugar, con sus batas blancas y sus ojos fríos, me observan como si supieran algo que yo no. Solo Anita, la enfermera, me ofrece algo de consuelo, con su voz suave y sus manos cálidas que deslizan píldoras entre mis labios cada mañana. Pero incluso ella, con su bondad, parece estar al borde de un abismo que no puedo ver.

No sabía nada de súcubos entonces. La palabra era ajena, un eco de mitos olvidados. Pero la intensidad de aquella noche me empujó a buscar respuestas. Durante las salidas que me permite el sanatorio, me escabullí a bibliotecas públicas, donde el olor a polvo y papel viejo se mezclaba con el zumbido de mi propia ansiedad. Hojeé libros de demonología, mitología y psicología, mis dedos temblaban mientras pasaba las páginas con la mano sana. En una computadora pública, con la pantalla parpadeante, leí sobre los súcubos: demonios femeninos que seducen a los hombres en la noche, para drenar su energía vital a través de un deseo insaciable. Algunos sitios, con textos generados por inteligencia artificial, sugerían que estas entidades eran meras alucinaciones, proyecciones de deseos reprimidos o traumas no resueltos. Recordé entonces mis días en la universidad, cuando leía a Carl Jung y sus ideas sobre los arquetipos. ¿Era este súcubo un reflejo de mi propia psique, un símbolo de mi soledad y mis anhelos reprimidos? ¿O era algo más, algo que había cruzado el velo entre mundos para reclamarme?

La experiencia no terminó con esa noche. La presencia regresó, noche tras noche, cada vez más audaz. A veces, sentía un aliento cálido en mi nuca, un roce invisible en mi piel, como si dedos etéreos trazaran líneas sobre mi cuerpo. En los momentos más oscuros, veía un rostro: no del todo humano, con contornos difusos y un color naranja ardiente, como el cielo al atardecer cuando la luz se desangra en la noche. Sus ojos, si es que tenía ojos, eran pozos oscuros que parecían mirarme desde dentro, como si conocieran cada rincón de mi alma. No sé si mis ojos estaban abiertos o cerrados cuando lo veía; quizás entrecerrados, atrapados en ese estado liminal donde la realidad se fractura. Ese rostro era más que una visión: era una presencia que lo abarcaba todo, como si el cielo mismo se hubiera inclinado para envolverme.

El sanatorio, con su fachada de modernidad y sus pasillos estériles, se convirtió en el escenario de este tormento. Durante el día, me sentaba en la terraza, un lugar que debería haber sido apacible, con vistas a las montañas y un cielo surcado por pájaros que lanzaban gritos lejanos, como lamentos de otro mundo. Desde allí, podía ver el terreno donde una vez estuvo la casa de mi infancia, una mansión antigua llena de sombras y ecos, ahora reducida a un estacionamiento de asfalto agrietado. Sentado en una silla de plástico, con el sol que calentaba mi rostro, sentía que los recuerdos de aquella noche se mezclaban con los de mi pasado, como si el tiempo se hubiera plegado sobre sí mismo. La casa demolida, el sanatorio, el barrio venido a menos: todos formaban un triángulo geográfico que resonaba con un triángulo más profundo, más oscuro, que habitaba en mi mente.

Anita era mi único refugio en este lugar. Cada mañana, con una paciencia casi ritual, deslizaba las píldoras entre mis labios, que apretaba por instinto más que por resistencia. Bajo el sol brillante de la cordillera, su presencia era un bálsamo, aunque incluso ella parecía tocada por algo extraño. Una vez, mientras cambiaba mis sábanas, comentó con una sonrisa sobre las

manchas pegajosas que encontraba, atribuyéndolas a «sueños interesantes». Su broma me hizo sonrojar, pero no le conté la verdad: que esas manchas eran la prueba de algo más, de una presencia que me visitaba en la noche, que dejaba su marca en mi cuerpo y en mi alma. A veces, cuando Anita se acercaba, sentía un escalofrío, como si el súcubo la observara a través de mis ojos, celoso de su calidez.

Mi infancia en este barrio, que alguna vez fue elegante pero ahora está marcado por el abandono, parecía estar conectada con estas visitas nocturnas. Crecí en una casa grande, llena de corredores oscuros y puertas que crujían sin motivo. Mi familia, distante y fría, nunca fue un refugio. Cuando mi abuelo murió, heredé una suma inesperada de dinero, un regalo de una rama de la familia que apenas me reconocía. Gasté ese dinero en viajes, vagué por el extranjero en busca de algo que nunca encontré. Ahora, de vuelta en esta ciudad, en este sanatorio, siento que he regresado al punto de partida, pero el mundo es diferente, más oscuro. Las montañas que rodean el sanatorio parecen observarme, sus picos afilados como dientes de una bestia antigua. Los pájaros, con sus gritos, parecen advertirme de algo que no puedo comprender.

El súcubo se ha convertido en más que una presencia nocturna; es una fuerza que se ha instalado en mi vida, en mi mente, en este lugar. A veces, cuando estoy en la terraza, siento su aliento en mi nuca, aunque no hay nadie detrás de mí. Otras veces, escucho risas, un coro de voces femeninas jóvenes que resuenan en mi cabeza, como si vinieran de otro tiempo. Son las risas de las niñas que conocí en mi infancia, o quizás de las mujeres que nunca me atreví a acercarme. Estas risas no son amables; tienen un filo cruel, como si se burlaran de mi soledad, de mi incapacidad para conectar. Junto con el súcubo y el rostro naranja, forman un triángulo que me obsesiona, un espacio cálido y oscuro que me acoge y me atrapa al mismo tiempo. Este triángulo no es solo una metáfora; es un lugar donde existo, un

pubis simbólico que pulsa con una energía que no puedo controlar.

Mi relación con las mujeres siempre ha sido complicada. En mi juventud, en la universidad, sentía una atracción que nunca supe cómo expresar. Había una barrera invisible, un miedo a que el contacto me consumiera. Ahora, en el sanatorio, esa barrera se ha transformado en estas visiones, en estas presencias que me persiguen. Los médicos hablan de alucinaciones, de ansiedad, de medicamentos que debo tomar para calmar mi mente. Pero no estoy seguro de querer que desaparezcan. Hay algo en el súcubo, en el rostro naranja, en las risas, que me resulta familiar, como si siempre hubieran estado conmigo, a la espera de el momento adecuado para manifestarse.

Una noche, mientras yacía en mi cama, la presencia regresó con una intensidad que no había sentido antes. La habitación se llenó de un olor dulzón, como el de mi herida, pero más fuerte, más corrupto. La presión sobre mi pecho era insoportable, y el aire se volvió denso, como si respirara melaza. Entonces lo vi: el rostro naranja, flotaba sobre mí, sus contornos más nítidos, sus ojos como pozos que absorbían la luz. Pero esta vez, no estaba solo. Alrededor de la cama, en las sombras, escuché las risas, más cercanas, más reales. Eran figuras indistintas, siluetas femeninas que se movían como humo, sus voces entretejiéndose en un cántico que me helaba la sangre. Intenté gritar, pero mi voz se ahogó en mi garganta. Mi mano izquierda, con su herida palpitante, se alzó por instinto, y sentí algo frío y viscoso rozar mis dedos, como si una de esas figuras hubiera tocado mi piel.

Desde esa noche, el sanatorio ha cambiado. Los pasillos, antes estériles, parecen vibrar con una energía que no puedo explicar. Las luces parpadean sin motivo, y a veces escucho pasos detrás de mí, aunque no hay nadie allí. Anita, con su sonrisa, parece ajena a esto, pero a veces la he sorprendido que mira por encima de mi hombro, como si viera algo que yo no. La herida en mi mano se ha oscurecido, y pequeñas venas negras

comienzan a extenderse desde ella, como raíces que se hunden en mi carne. No sé cuánto tiempo podré resistir, cuánto tiempo podré seguir en este lugar que es a la vez mi hogar y mi prisión.

El triángulo —el súcubo, el rostro naranja, las risas— es ahora mi realidad. No sé si son demonios, arquetipos o fragmentos de mi mente rota. Pero sé que están conmigo, que me han elegido. En ocasiones, en la terraza, miro el cielo y siento que el rostro naranja me observa desde las nubes, que las risas resuenan en el viento, que el súcubo espera en las sombras de mi habitación. Y aunque tengo miedo, también siento una extraña paz. Este triángulo, este pubis cálido y oscuro, es donde pertenezco. Es mi casa, mi infierno, mi verdad.

ECO DE FUEGO NEGRO

Daniela Herrera Martínez

MÉXICO

En otoño de 1873, Flandes se cubría con un velo perpetuo de nieblas, como si la tierra misma percibiera los pecados de los habitantes.

Un matrimonio inglés, Sigurd Halvarsson y su joven esposa, Astrid Halvarsson, se fueron de viaje hacia Brujas, una ciudad en Bélgica, atraídos por su historia con un encanto medieval, sus canales serenos, su mística arquitectura detenida en el tiempo.

Pero lo que hallaron fue una ciudad dormida bajo un antiguo hechizo; cada esquina parecía murmurar plegarias en un antiguo idioma olvidado.

Desde el momento en que cruzaron el umbral del Hostal Saint Gilles, Sigurd sintió un peso denso e invisible en el aire; esa densidad le oprimía el pecho.

El lugar tenía una apariencia singular: una abadía en ruinas convertida en hospedaje; muros ennegrecidos por el hollín, vitrales rotos y corredores que se prolongaban en un sinfín.

El propietario, un anciano belga de voz temblorosa, los recibió con un susurro, advirtiéndoles que no se alejaran de sus habitaciones después del toque de ánimas; existían cosas que despertaban con las campanas.

Astrid rio nerviosa, pero Sigurd sintió un escalofrío que recorría su cuerpo y que no supo disimular.

En la noche, el viento golpeaba las contraventanas; el fuego crepitaba débil en la chimenea. Astrid comenzó con un malestar del cual no paraba de quejarse: dijo sentir un frío interno, como si

corriera hielo por sus venas; su rostro, pálido como la cera, se tornó de un color verdoso, y sus manos temblaban mientras intentaba llamar a Sigurd. Él se inclinó sobre ella, pero lo que oyó a continuación heló su sangre: no era Sigurd.

El tono gutural de su esposa, ronco, parecía salir desde dentro de la tierra. El aire se volvió espeso; el fuego titiló y se apagó, y casi se miraba con los ojos vidriosos, fijos en un punto sobre su cabeza.

—Aquel que conoces hace tiempo, el que rompiste con oraciones falsas.

Su cuerpo se arqueó de manera violenta; un olor a azufre llenó la habitación. Sigurd quiso correr, pero sus piernas pesaban como plomo; una presión invisible lo sujetaba al suelo.

Desde el techo comenzó a descender una sombra densa, un humo que se arremolinaba con vida propia y tomaba forma humanoide. De aquel torbellino emergieron dos ojos ardientes, sin pupilas, que flotaban en la penumbra.

El humo se deslizó hacia Astrid, envolviéndola; sus manos y sus dedos se alargaron de forma grotesca, y su voz se quebró en un grito desgarrador. Sigurd vio cómo ese humo se disolvía y se precipitaba hacia él; entró por su nariz y boca, para llenar su pecho de fuego.

Las náuseas insoportables lo invadieron; el mundo giró antes de que se volviera negro.

Sigurd ya no estaba en el hostal; las paredes parecían nuevas, el mobiliario distinto. Sobre una mesa reposaba un crucifijo de hierro y un misal. Tomó un espejo viejo; su reflejo le devolvía la imagen de un hombre más envejecido, con la sotana de sacerdote. Miró sus manos; estaban manchadas de sangre.

Recordó su nombre... mejor dicho, otro nombre: Padre Einar Halvarsson, exorcista de la diócesis de Gante. Recordó

también a una niña de catorce años, Marguerite, poseída por seis entidades demoníacas, recluida en el mismo edificio que ahora servía de hospedaje.

Durante meses la había exorcizado sin descanso, entre convulsiones, blasfemias y marcas que aparecían solas sobre su piel. Hasta que una noche, exasperado, quebró las normas de la Iglesia: usó su propio cuerpo como recipiente para intentar contener al demonio mayor, y por eso fue excomulgado, condenado a vivir entre delirios, pero también con visiones infernales.

Comprendió que no era un viaje, sino un retorno; no un descanso, una penitencia.

La habitación se oscureció, y Sigurd escuchó pasos arrastrándose por el pasillo; una voz suave, dulce, femenina tarareaba una melodía infantil, entre risas distorsionadas. La puerta se abrió con un rechinido; Astrid, o lo que quedaba de ella, estaba allí. Su rostro se deformaba entre el de su esposa y el de aquella niña del pasado; sus pupilas se dilataban hasta ocupar el globo ocular, mientras le preguntaba:

—¿Recuerda mis ojos, Padre? Dijo que el demonio los había robado.

Sigurd retrocedió, mientras buscaba el crucifijo sobre la mesa; el objeto comenzó a derretirse en su mano, al tiempo que exhalaba humo negro:

—Ya no hay Dios en Brujas... solo tú y yo.

El demonio comenzó a reírse; de su boca salían insectos que caían al suelo y se arrastraban hacia él. La risa se multiplicaba; el eco provenía de las paredes mismas. Las velas se apagaron una a una; la oscuridad cobró cuerpo, extendiendo tentáculos de sombra que lo sujetaron por el cuello.

El humo volvió, esta vez adaptaba la forma completa de un ser: una figura alargada, con extremidades desproporcionadas, una piel grisácea verde, cubierta de grietas. Tenía la cabeza alargada, sin rostro, salvo por una sonrisa rasgada hasta las orejas; en el centro del pecho, un ojo abierto y sangrante.

—Pagas por lo que hiciste, Einar... pagas por tus manos manchadas de inocencia.

El demonio levantó la mano, y el cuerpo de Astrid se alzó en el aire, suspendido por una fuerza invisible.

—Ella era mía y lo será por la eternidad.

Sigurd sintió que la locura lo envolvía; de su boca comenzó a salir:

—Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros.

Se lanzó hacia el cuerpo flotante de su esposa, para intentar liberarla; el demonio lo empujó con tal violencia que fue arrojado contra la pared. Entre la sangre que llenaba su boca, logró murmurar una oración:

—*Ad te Domine... Clamavi...*

El demonio rugió; el aire vibró con un sonido profundo, como un órgano desafinado. Las ventanas estallaron, y una corriente helada inundó la habitación.

En medio del estruendo, Sigurd comprendió su condena: no estaba allí para salvarla, estaba para repetir su crimen, una y otra vez.

La tormenta cesó; el silencio volvió. Sigurd despertó en el suelo, cubierto de sangre; a su lado, Astrid, inmóvil, el cuello torcido en un ángulo imposible. Su piel, blanca y traslúcida, lloró hasta que las lágrimas se mezclaron con el polvo. Un pensamiento aterrador cruzó su mente: ¿Y si esto no es la primera vez?

Se levantó tambaleante, salió al pasillo; las paredes, cubiertas de retratos antiguos, uno de ellos tenía su propio rostro, con una descripción abajo: Einar Halvarsson, 1829-1864. Junto a él, una imagen de una niña de ojos vacíos: Marguerite Duval.

El suelo se abrió bajo sus pies; el eco de un coro demoníaco llenó el aire. Todo giraba; de nuevo el humo, el fuego, el grito, la oscuridad.

Horas después, el dueño del hostel subió a revisar la habitación tras escuchar ruidos; encontró la puerta entreabierta. Dentro, el cuerpo de una mujer joven sobre la cama, sin signos de violencia visibles; en su rostro, una expresión de horror absoluto. En el suelo, un hombre de rodillas, murmuraba en latín, con los ojos blancos y la piel cubierta de símbolos trazados con sangre.

—*Mon Dieu*—susurró el anciano—. Otro más.

Llamó a las autoridades, pero cuando regresó con ellos, la habitación estaba vacía; solo el olor a azufre permanecía impregnado en cada piedra.

Meses después, el hostel cerró; nadie se atrevía a habitarlo. Algunos viajeros afirmaban escuchar, en las noches de noviembre, el repicar de campanas lejanas y los sollozos de una mujer.

Entre la neblina de Brujas, solían decir que se veía a un hombre caminar por los canales, con símbolos marcados en su piel, una cruz de hierro que sostenía en sus manos, una vela apagada, mientras susurraba en latín, buscando algo o a alguien.

En 1973, un arqueólogo británico exploró los restos de aquel hostel antiguo; entre los escombros, encontró una habitación clausurada. En el suelo, grabado con precisión, había un círculo de invocación en latín arcaico; en el centro, un espejo ennegrecido por el fuego.

Al acercarse, creyó ver una figura reflejada detrás de él: un hombre con sotana que sostenía el cuerpo de una mujer. Cuando giró, no había nadie; en el vidrio quedó grabada, con letras rojas, una frase en latín apenas legible: «*Exorcista pro eo quod daemon non obliviscitur solvere debet*» (El exorcista debe pagar lo que el demonio no olvida).

Sobre una mesa reposaba una biblia abierta con el versículo: «Marcos 5:9: Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos».

EL DIABLO BERMELLÓN

Andrés Oscura del Bosque

MÉXICO

A mala hora has venido, tu visita o el encuentro de itinerario fortuito, turban mis ensoñaciones. O es ya demasiado tarde, o tal vez, demasiado prematuro. Tú, quien moras en la oscuridad, tu, quien reinas la noche. Cuando aquel verano atroz y vertiginoso de visiones y epifanías profanas e impías atormentaban mi paz, mi tranquilidad, mi ser. Esta noche nos volvemos a encontrar, y esta misma noche, puedo decirte que ahora, estamos en diferentes condiciones. Puedo ver el rojo de tus ojos fulgurando la vastedad de la infinita negrura de esta casa; pero esta vez, el fuego azufroso que emana de tu boca y de esos ojos hipnotizantes, no verán mi alma arder. La pestilencia de la corrosión de tu piel bermellón evidencia tu vuelo silencioso, me hace verte, olerte; te vuelve vulnerable. Y cuando duermo entre pesadillas de terror espeluznante, puedo sentir tu mirada roja sobre mí, la respiración infernal que se mezcla con mis sueños de destrucción y caos. Solo eres un espectador aquí, mi antiguo y recalitrante amigo, mi presencia es tu trampa y mi voz tu desvelo.

Observo en tu frente como en una pantalla, imágenes atroces de crímenes de sangre y cruel diseño; tanto mal, tanta apatía, que hasta el olvido grita de dolor e indignación; tu atrevimiento no tiene límites, has raptado a la moral y desatado el caos con pestes y guerras absurdas. Has hecho tanto daño, has dejado tanta inmundicia, que ni siquiera tú, el gran Lucífugo Rofocale tienes memoria para la vanagloria. Lucifer y Satanás conocen la piedad de la tregua, un punto medio para la razón y la cordura; tu, causas caos y locura, destrucción y ruina. ¡Ay de quienes lanzan las loas a tu nombre! ¡Ay de aquellos que alaban tu presencia! Porque ignorancias inocentes y desgracias trágicas, los culpables sellan su destino de castigos eternos. Tú, demonio

de infiernos de hielo y cielos de fuego, que dejas a tu paso la pestilencia y la enfermedad; mal de males, rey de la falsedad, tu piel bermellón desprende las escamas de la mentira y el abuso.

Abismo De Locura

Tú, demonio que todo lo ve y todo lo escucha, hijo de Lilitu, Diosa suprema de la rebeldía de las penumbras, tus tempestades destruyeron imperios enteros con tus vientos encolerizados; mismos que agitas justo fuera de mi puerta, dando vida a lo inanimado, a lo imposible, a tu gusto. Esas muertas hojarascas que bailan en tu honor las antiguas danzas de lo macabro, evocan a los claustros infernales pululantes de enfermedades mortales más allá de las fauces del abismo. Tan hipnótica resulta la escena, bailan y bailan en círculos, para hacer reverencias con sus muertas y frágiles extremidades, entre movimientos más que humanos, tan surreales que provocan terrores espantosos y escalofriantes de locura y delirio. Quien esté a salvo de tus alcances, debe pensarlo dos veces, en cualquier momento, en cualquier lugar, en las cercanías de lo oscuro, alguien, algo, observa sus movimientos, ahí, agazapado, espera el momento indicado para atacar, espera el tiempo de sangre y muerte.

Me tienes preso en mi propio espacio, en mi capsula de oscura somnolencia, como si fueras el monarca del insomnio y la vigilia, dador de tempestades ancestrales y pestes de muerte y de huestes de demonios de perdición. Reptas por los muros de mi dormitorio, cada noche, tus ojos encendidos no parpadean ni una sola vez, no dan tregua, siempre fijos en mí, fijos en mis sueños furtivos, ya debilitados. Te escondes en el éter, tu velo protector por donde no dejas rastro alguno. Los dolores de cabeza comienzan a afectar mi sueño, el zumbido y el vértigo vienen después, para desatar un REM desaforado y fuera de control; mi caída es inminente, una caída en espiral llena de visiones

realmente inexplicables. Puedo sentir que el sudor en mi piel se acumula y se precipita hacia las sábanas. Mi voz está apagada, mis movimientos atados por el trance maldito y la caída interminable.

Muerte Súbita

Los delirios comenzaron a aturdirme, a confundirme. ¿Qué es real? ¿Qué es onírico? ¿Qué es delirio infernal? Ya no soy capaz de distinguir, solo puedo ver las fases de mi caída en esta gehena descomunal, puedo verme llegar a este lugar de perdición y condena, donde los ríos de fuego y sangre corren hacia arriba y los cuerpos humanos ardientes son las lumbreras que iluminan los pasajes infernales, arden empalados con grandes miradas desorbitadas. Seres amorfos atizándolos con pasión y placer; las serpientes negras arrastrándose por doquier y cuervos rojos y negros revolotean sobre los atormentados. ¿Qué lugar es este? ¿A dónde he llegado? ¿Por qué estoy aquí? No debería estar aquí. ¿Condenado estoy? ¿A causa de qué? ¿Acaso lo merezco? No hay vuelta atrás, no hay manera de regresar a mi cama, a mi hogar, donde estoy seguro, en mi vida caótica, criminal, mi refugio de autoreclusión.

Me has condenado, tú, demonio, hijo de Lilitu, esto no es un castigo: no puede serlo porque inocente me considero. Tendré que adaptarme a mi nuevo hogar, azotado por lluvias de fuego y olor a sangre; una serenata de gritos desesperados por el dolor envuelve este bátraro rojo. «¡Viviré muerto y moriré en vida!» Encarnado o descarnado por los rojos rescoldos en esas hogueras de perdición; y aquí estaré el resto de mi consciencia, y tal vez aquí me desvanezca y me evapore, pero de algo estoy seguro. Tú, demonio de piel bermellón, has quedado atrapado en la realidad, en mi plano; es el costo que deberás pagar por mi caída en el abismo. Esa burbuja en que yo solía vivir, que solía

ser mi espacio vital, será ahora tu prisión eterna, hasta el fin de los tiempos, hasta que supliques y al final mueras.

LA CRIATURA

Jennifer Abrego

MÉXICO

Parí un monstruo. Desde aquel día, su aspecto repulsivo me robó el sueño. No hubo tiempo para asimilarlo: su existencia irrumpió en la mía como una ola que te atrapa distraído, mientras soñaba despierto, y te azota con un golpe frío y mojado de realidad pura. Me sentí extraña, como si su llegada fuera el reloj carnal que marcaba el principio de mi propia muerte.

Quando retiraron la sábana, no quise creerlo.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasó? ¿Por qué está así? — pregunté al doctor con los ojos casi fuera de las órbitas y la sonrisa partida a la mitad. Me agarraba la cabeza con una mano; eso hago cuando la realidad salta por encima de todos los límites que mi cabeza puede aguantar. El doctor dijo que, a pesar de su apariencia extraña, nos fuéramos a casa. Solo había que darle un medicamento que nunca encontré.

Me abracé al desconsuelo porque supe de inmediato que era una batalla perdida. Mis padres estuvieron presentes ese día; después se olvidaron de mi desgracia. El aspecto era tan atroz que, aunque nunca lo dijeron, también preferían no verlo. Lo mantenía escondido en el cuarto más oscuro de la casa, recostado sobre un colchón amarillento que guardaba para visitas que nunca llegaron. Desde el umbral lo veía llorar y me preguntaba: ¿por qué no me di cuenta de que algo crecía dentro de mí? Reiteraba mi desprecio, pero nunca dejé de mantenerlo vivo. Lo cuidaba. ¿Por qué?

Tenía un llanto que taladraba las paredes; por las noches se oía en cualquier rincón. Empezaba como un lloriqueo normal y terminaba en graznido de animal herido. Durante el día, en

cambio, reinaba el silencio, como si esa criatura no existiera. Dejé de ir a trabajar; levantarme de la cama era imposible. Sentía las manos pesadas, incapaces de sostener siquiera un vaso de agua.

Una noche preparaba una mamila en la cocina mientras su llanto me perforaba las sienes. De pronto cesó. El silencio fue tan repentino que erizó mi piel. Escuché un golpe seco, luego un arrastre pesado. Me quedé paralizada, con la mamila en la mano. Caminé hasta la recámara, giré la manija y abrí apenas una rendija. Ahí estaba, en el suelo. Giró la cabeza y comenzó a arrastrarse hacia mí. Cerré de un portazo, pero empezó a golpearse contra la puerta.

Corrí a la cocina, me serví una copa de vino y me la bebí de un trago. Pasaron horas; los golpes no paraban. Regresé, abrí y salió disparado. Se arrastraba por la casa en busca comida. Me quedé en un rincón para observar. Se bebió un bote de leche que se le derramaba por los lados y terminó por lamer el suelo.

Un día ya no necesitó que le abriera. Estaba leyendo cuando oí el rechinar de la puerta. Ahí estaba, de pie frente al refrigerador, metiéndose puñados de comida en la boca para vomitarlos enseguida. Me acostumbré a su miseria, pero prefería encerrarme en el baño hasta que terminara y regresara a su cuarto. Cuando oía cerrarse su puerta, salía de mi pequeña cárcel de azulejos blancos y me encontraba con el huracán que dejaba mi ausencia: el suelo viscoso, los sillones manchados, mis rosales secos.

Me daban ganas de matarlo. Era inútil: ante tanta mezquindad elegía no elegir y me tomaba una copa de vino, a veces dos.

La rutina era la misma, pero la criatura se hacía más fuerte. Yo encerrada en el baño mientras él se arrastraba de noche con su llanto animal. Los destrozos aumentaron. Empezó a usar mi ropa, a contestar mis llamadas. Le gritó a mi madre, a mis amigos. Duró un tiempo; después ya no quedó nadie que llamara. Supe que intentaría acabar conmigo. Y lo hizo.

Una noche estuvo peor: no paraba de llorar ni de beber. De pronto se hizo un silencio largo que me hizo creer que al fin se había dormido. Salí del baño como cucaracha que espera la oscuridad total para moverse. Lo vi a unos metros, con un martillo en las manos. Abrí la puerta más cercana y me encerré con doble seguro.

En la oscuridad húmeda del cuarto flotaba olor a moho. Lo oí arrastrarse. Empezaron los martillazos contra la puerta. Sentí hormigueo en el pecho, sudaba frío.

Encendí la luz para buscar algo con qué defenderme. La habitación se llenó de claridad y vi, sobre las paredes, objetos cubiertos por una tela negra. Parecían suplicar que los descubriera. Agarré la tela y tiré. Se deslizó hasta el suelo. Debajo había un espejo. Y en el espejo, yo.

Escuché la madera ceder bajo los golpes o bajo mi falta de valor.

Me miré. Los ojos hundidos, enrojecidos, apenas visibles entre el pelo enmarañado. Estaba en el suelo, mientras sostenía mi torso con las manos. Intenté ponerme de pie; el suelo me devolvió de un golpe, clavándome en la realidad. Los martillazos se mezclaron con mis latidos. El llanto de afuera se metió en mi garganta y estalló en lágrimas que ya no pude contener.

La casa se llenó de un silencio que gritó mi secreto. Sentí el peso de la criatura que descansaba otra vez en mi vientre, mientras esperaba su momento para volver a nacer.

Abrí la puerta. Al fondo vi el teléfono junto a un frasco de pastillas. Me arrastré, la cara empapada, entre colillas, restos de comida y botellas vacías.

—¿Bueno?

—Mamá. Quiero vivir.

EL EXORCISMO DE HELENA

Silvia Carús

ESPAÑA

El reloj de la iglesia marcaba las tres de la madrugada cuando el padre Manuel atravesó el umbral del viejo convento. El aire era espeso, saturado de incienso y miedo. Los vitrales, agrietados por los años, dejaban filtrar una luz azulada que parecía respirar por sí misma. En el centro de la nave, una joven estaba de rodillas, atada por las muñecas con un rosario ennegrecido.

Helena.

Aún recordaba su rostro cuando era niña: ojos de miel, sonrisa tímida, una voz dulce que cantaba en el coro parroquial. Pero aquella noche no le quedaba nada de esa inocencia. Su piel estaba marcada con símbolos indescifrables, y su cabello rubio, empapado en sudor, caía sobre un vestido púrpura desgarrado. En su mano derecha, apretaba una cruz como si la vida dependiera de ello.

El sacerdote se persignó.

—Que el Señor nos acompañe —pidió, acercándose con prudencia.

El silencio duró solo un segundo. De pronto, un gruñido gutural emergió del pecho de la muchacha, una vibración inhumana que hizo temblar los candelabros. El aire se llenó de un olor a metal y carne quemada.

—Padre... —dijo una voz que no era la suya—. Llegas tarde.

Manuel sostuvo el crucifijo frente a su rostro.

—En el nombre de Cristo, ¡abandona este cuerpo!

La risa que siguió fue como un coro de mil ecos deformes. Helena arqueó el cuerpo hacia atrás, y de su garganta brotó un suspiro largo, oscuro, que tomó forma en el aire: sombras translucidas con rostros de calaveras giraban a su alrededor, ululaban sobre llamaradas azuladas.

El sacerdote sintió como una fuerza invisible lo empujaba hacia atrás. Cayo al suelo, pero no soltó el crucifijo.

—¡No me vencerás!

Helena abrió los ojos. Eran negros en su totalidad.

—Ella ya no está aquí —la voz sonó como un trueno amortiguado—. Solo quedamos nosotros... los olvidados.

Manuel sabía que no era un demonio cualquiera. Había leído los registros del monasterio: hacia más de un siglo, un grupo de monjas había practicado rituales prohibidos para comunicarse con los muertos. La entidad que había respondido a esas plegarias quedó atrapada entre esos muros, a la espera de un huésped. Helena había sido la elegida.

El sacerdote continuó el exorcismo mientras ella se retorció. La luz azul que surgía de su pecho revelaba la lucha entre su alma y la entidad. Las palabras sagradas provocaron que las figuras espectrales chillaran, pero al mismo tiempo despertaron las culpas que él había guardado en silencio durante años. El demonio usó esa debilidad.

La voz que emergía de Helena se volvió ronca, luego una carcajada, después llanto infantil que heló la sangre del sacerdote.

—¿Crees que puedes salvarla? —rugió la entidad—. Si ni siquiera pudiste salvar a la mujer que amabas...

Manuel sintió un golpe invisible en el pecho. El nombre que no había pronunciado desde hacía años resonó su mente como

un campanazo. Vio el rostro de aquella mujer, su sonrisa suave antes del accidente, y sintió el antiguo peso de la culpa oprimiéndole el alma.

—Eso no... —intentó replicar, pero la voz se le quebró.

Helena levantó la cabeza. Sus ojos, apagados en su totalidad, brillaron con un fulgor húmedo. No era ella quien lo miraba. Era el demonio, quien disfrutaba del dolor ajeno.

—Ella te llamaba, ¿recuerdas? Tú rezabas para que viviera... y yo escuché tus plegarias. Pero incluso entonces fallaste.

El sacerdote avanzó un paso, aunque las piernas le flaqueaban.

—No es a mí a quien debes temer —anunció él, mientras que el crucifijo—. Es a la luz que te condena. ¡Por la sangre de Cristo te ordenó que regreses al abismo!

Las sombras chillaron. El suelo vibró. Una luz cegadora invadió el lugar, y Helena cayó de espaldas, al tiempo que arqueaba el cuerpo como si una corriente eléctrica la atravesara. Su cabello se levantó en el aire, los ojos se le pusieron en blanco y, del centro de su pecho brotó una llamarada azul.

De esa luz surgió una figura grotesca: un rostro con cuernos, ojos huecos, y una boca que parecía devorar el alma.

—Ella es mía.

Manuel, exhausto, levantó el crucifijo por última vez.

—¡No! ¡Ella pertenece a Dios!

El demonio rio, pero en su burla había rabia. Se abalanzó sobre él como una ola de oscuridad. Todo se volvió negro.

Horas después, las campanas sonaron para anunciar el amanecer. Los monjes entraron al templo y encontraron los

cuerpos tendidos en el suelo. Helena respiraba con dificultad. A su lado, el padre Manuel yacía inmóvil, el rostro en paz y el crucifijo en la mano.

La muchacha despertó al mediodía, confundida, con la garganta ardiente.

—¿Dónde está el padre? —preguntó.

Nadie se atrevió a responder, pero uno de ellos señaló el altar: allí, donde Manuel había caído, ahora había un pequeño relicario cerrado. Ninguno recordaba haberlo puesto antes.

Esa noche, movida por una inquietud que no comprendía. Helena regresó a la nave. El relicario vibraba de manera suave, como si algo latiera dentro. Al tocarlo, la tapa se abrió sola. No había huesos, ni restos... solo un trozo de tela de la sotana del padre Manuel, doblada de manera impecable, y debajo, un papel antiguo con su letra.

«Si lees esto, significa que funcionó».

Helena permaneció inmóvil. El papel tembló en sus manos. Un sonido seco cruzó la mesa. Algo se deslizó por debajo de la superficie. La luz vibró como si tuviera vida propia. Y, entonces todo volvió al silencio.

SALMO

Eduardo Zavala Ríos

MÉXICO

Soy Raúl Díaz, sacerdote de la Iglesia de Cristo, y lo que plasmo en estas notas secretas, no es para la edificación de nadie, sino para atormentar mi alma. Sé que lo que escribo arrastra herejías; sé que cada palabra es una condena. Pero es la verdad, una verdad insoportable. Callarlo sería peor, porque aquello que me fue revelado me corroe como hierro al rojo vivo, justo en las entrañas.

El santo padre me llamó un día de invierno. Me entregó una carta dentro de un sobre amarillo: me llamaban a un pueblo. Una familia clamaba misericordia; los Gutiérrez clamaban una ayuda que solo el poder de Cristo puede brindar. El Papa decidió enviarme; acepté con la certeza resignada del deber.

Entonces, me enviaron. El frío invernal calaba en lo hondo, en aquel pueblo olvidado en medio de montañas. Allí, en una de las casas de madera húmeda y de techumbre desquebrajada, yacía Sofía Gutiérrez. La familia me recibió entre sollozos, pues decían que la niña, de apenas dieciséis años estaba poseída por un espíritu impío: hablaba en lenguas, profetizaba la desgracia, convulsionaba bajo temblores que parecían querer arrancarle la carne. Los médicos dijeron que era una histeria o delirio febril, pero en el vaticano se murmuraba otra palabra: posesión.

No sería la primera vez que me llamaban para estos casos; siempre resultaba en casos de histeria disfrazados de demonios; sabía que la sugestión enfermaba tanto como cualquier virus. Sin embargo, lo que encontré en aquella casa iba más allá de toda superstición.

Al entrar, hallé la joven tendida en su lecho, rodeada de sombras alargadas por cirios bautismales. Sus ojos —por Dios—, sus ojos parecían dos brasas encendidas en la penumbra, no con el fuego de la fiebre, sino con el ardor que ningún ser terrenal puede sostener sin quebrarse. Al verme, se irguió con una fuerza antinatural, a pesar de que sus dos hermanos trataban de contenerla.

—Has tardado, Raúl, hombre de poca fe —dijo, con una voz tan grave como un órgano en una catedral vacía; múltiple, como mil gargantas que hablaba al unísono desde su boca.

Mis manos temblaron, pero recé. Coloqué la estola sobre mis hombros, y levanté el crucifijo. El aire se detuvo, como si la habitación se llenara de incienso invisible. Recé; recé como nunca. La joven se retorció, y los muebles crujieron como si respondieran a su dolor.

—No me confundas Raúl. No es un demonio lo que soy —murmuró.

Apreté con más fuerzas el crucifijo, repitiéndome que el demonio siempre miente, que la confusión es su arma más antigua. Rocié agua bendita sobre su frente y la joven chilló como si se quebrara un cristal dentro de su garganta.

Su madre lloraba en un rincón; me suplicó con los ojos inundados en lágrimas.

—Padre, dígame... ¿es un demonio?

No supe responder. No podía mentir, pero tampoco ofrecer certezas.

Las noches continuaron como un calvario. Sofía no dormía: entonaba himnos antiguos, cánticos en latín que fluían desde el fondo de su corazón, y a veces, palabras en hebreo que reconocí como fragmentos de Isaías, aunque jamás la joven haya tenido acceso a las escrituras.

—Tu rezas, sacerdote, pero no crees.

—¿Quién eres? – pregunté una noche, cuando la fatiga me consumía y no podía fingir que luchaba contra la histeria de una mente enferma.

—Soy el mensajero. Soy el anuncio. Soy el que abrió el vientre de la Virgen con palabra y fuego.

Un escalofrío recorrió mis huesos. Era una blasfemia demasiado precisa.

—Y tú, solo expandes la mentira —continuó, mientras reía— No has expulsado ni un solo demonio.

La joven rio de manera sutil, y de su boca brotó un canto gregoriano tan puro y bello que desgarraba el alma. No era la voz gutural de un demonio: era algo peor, porque era hermoso.

La familia lloraba de rodillas y clamaba un milagro donde yo solo veía sacrilegio. En ese momento, sentí un horror que no podía nombrar.

Redoblé los esfuerzos en el exorcismo. Leí Evangelios de los endemoniados, proclamé el nombre de Dios. Pero Sofía no retrocedía; sus ojos, lejos de arder en odio, brillaban con compasión insoportable.

—No pelees contra mí. Ya sabes quién soy. Antes me hablabas. Me conoces. Di mi nombre.

—Gabriel – respondí sin saber porque ese nombre salió de mi boca.

El nombre se derramó en la habitación como sangre. Los padres clamaron con júbilo, llamándolo bendición. Pero yo sentí que se me partía el alma. Gabriel, el Arcángel de la Anunciación, reducido a un simple prisionero en la frágil carne humana de una campesina... ¿Cómo aceptar semejante abismo sin quebrarme?

Aun así, la duda se clavó en mi piel. ¿Y si no era un demonio mentiroso? ¿Y si, de verdad lo que se manifestaba, era un ángel, pero que no traía paz? ¿Y si, por primera vez en mi vida estaba frente algo más grande que mi propia fe?

Los días pasaron, Sofía comenzó a profetizar: describía visiones de un cielo desgarrado y sangriento, ejércitos de seres deformes que marchaban por la tierra, mares teñidos de sangre. Ciudades desaparecidas debajo de un cadáver celestial. Lo decía con calma serena, como quien no anuncia una probabilidad, sino como quien dice una realidad consumada.

—El Reino de Dios se acerca. No con gloria, sino con la ruina. Y Dios... Dios ya no calla.

El vaticano me pedía informes. Mentía. Hablé de herejía y el poder del demonio; jamás escribí la palabra "Gabriel". Temía ser tomado como loco, o peor, que enviaran a un superior a comprobarlo y que viera lo mismo que yo.

Desde entonces, dar misa me pesaba como un martirio. Al pronunciar «y de nuevo vendrá con gloria», escucho dentro de mí la voz de Sofía: «No con gloria, sino, con la ruina».

Cada noche, la joven se levantaba de la cama con suavidad fantasmal, como una marioneta guiada por manos invisibles. Caminó hacia mí y apoyó su frente en la mía. El contacto fue helado.

—No temas. No vine a destruirte, aunque lo merezcas. Vine a anunciarte.

—¿Anunciarme qué? —pregunté, con temblor en mi voz entre el miedo y el enfado.

—Que el silencio de Dios ha terminado. Que ya no habrá mediadores. Que el Altísimo se levantara como tormenta, y ustedes no están listos.

—¿Por qué esta niña?

—Porque es pura. Porque sus labios aún no han blasfemado contra lo eterno.

—¿Por qué antes dijiste que nunca había expulsado a ningún demonio?

—Porque nunca han sido demonios. Eran ángeles.

Su voz era de ternura y sentencia al mismo tiempo, como si el amor divino pudiera más que el miedo y el odio. Y comprendí con espanto: si un demonio pudiera maldecirme, sabría cómo defenderme con crucifijos; pero un ángel que me ofrecía ternura me arrancaba toda defensa.

El rumor pronto se expandió por el pueblo. Venían a la casa para tocar el borde de su ropa, convencidos de que era una santa. Sofía los recibía con dulzura y prometía salvación, pero también hablaba de la espada de fuego de su hermano.

En mis sueños lo veía: un ser desmesurado, alas de hierro, rostro de fuego y voz infinita. No era el ángel de las estampitas, sino un guerrero que, con un parpadeo, reduciría el mundo a cenizas.

Empecé a cuestionarme si había en realidad una diferencia entre los ángeles y demonios; entre el cielo y el infierno; entre Dios y Lucifer. ¿O solo eran dos caras de una sola moneda? Mensajeros de lo Absoluto, uno para la tentación, otro a la consumación.

En mi desesperación intenté un último exorcismo. Atamos a Sofía a la cama. Recé con voz desgarrada; levanté el crucifijo hasta que me dolió el brazo. Ella me miraba con ojos que parecían abrazar siglos de putrefacción.

—Sacerdote ¿a quién expulsas? ¿A otro ángel de Dios? ¿A Dios mismo?

Entonces, la luz del cirio se estiró como lanza de oro, y tras el cuerpo de la joven, apareció —sí, lo vi— una silueta alada que rozaba el techo. No era una sombra oscura, sino un resplandor insoportable: un destello de colores inexistentes. Quemaba los ojos y el alma. Apenas un vislumbre de una fracción de lo que era aquel ser.

Caí de rodillas, mientras lloraba y repetía oraciones en las que ya no creía.

Desde esa madrugada, Sofía dejó de luchar, volviéndose una con Gabriel. Ya no gritaba ni se agitaba; hablaba con voz calma, como una maestra paciente:

—Lo que viene no podrá detenerse. Ni con misas o exorcismos. Solo queda anunciarlo.

—¿Por qué yo? — imploré.

—Porque dudas. Y solo el que duda puede percibir la verdad.

Hui, sin decir nada. No tuve la fuerza para permanecer en esa casa.

Meses después, Sofía caminaba de manera libre por el pueblo. Algunos aseguraban que la veían levitar; otros, que las figuras religiosas lloraban sangre ante su presencia. El Vaticano guardó silencio, pero pronto será imposible de callar.

Yo aún celebraba misa, pero cada vez que elevo la hostia, siento que mi mano tiembla ¿Es Cristo quien desciende, o es Gabriel quien acecha desde lo alto?

Y en mis sueños, aún escucho su voz:

—Prepárate, sacerdote. La espada se alza. Las trompetas suenan. No somos demonios. Somos los heraldos. Dios responde, Dios agoniza.

Y me cuestiono con terror: ¿qué es más espantoso? ¿Un demonio que desea destruirnos, o un ángel que anuncia que Dios ya ha decidido hacerlo ante su lecho de muerte? ¿El cielo... es mucho peor que el infierno?

El Vaticano no ha dejado de vigilarme, temerosos de que hable. Hoy escribo no como testimonio, sino como advertencia. No espero absolución ni comprensión; solo dejo constancia de lo que viví: no todas las posesiones son infernales o demoniacas; algunas, y las más terribles, son celestiales.

LA PRESENCIA

Adriana de Jesús Casas Moreno

MÉXICO

Desde niño, Víctor vivió bajo una frase que su madre repetía con un temblor en la voz: «Eres igualito a tu padre». No sonaba a cariño. Sonaba a advertencia.

Su padre había muerto de manera «accidental», pero Isabel cargaba la certeza de que antes de morir lo perseguía algo. Hablaba de él como quien recuerda un mal sueño: con miedo a que regresara. Decía que el hombre escuchaba pasos de noche, que murmuraba a solas, que tenía arranques repentinos de terror y que, a veces, despertaba y golpeaba la pared.

Cuando empezaron las mismas señales en Víctor —los temblores, los susurros a solas, las noches sin dormir— Isabel sintió que el infierno se repetía en su propia casa. Y lo nombró. Lo bautizó con miedo: «Un demonio». Esa palabra se volvió semilla. Y algo comenzó a crecer. Víctor escuchó la primera voz a los siete años, escondido en el clóset, huía de un nuevo rosario que su madre le había impuesto por correr demasiado en misa.

«No te escondas, pequeño. Yo siempre sé dónde estás».

El niño tembló tanto que cayó sentado entre los zapatos viejos de su padre. No supo si era imaginación, sueño o eco. Pero supo que no estaba solo.

Agustín, el tío que era sacerdote conocía de cerca a Isabel desde jóvenes. Habían crecido juntos. Él conocía sus miedos sobre su esposo. Sus sospechas. Sus silencios. Sabía que la muerte del hombre había dejado en ella una grieta que jamás cerró. Así que cuando Isabel lo llamó entre lágrimas, y afirmó que Víctor hacía «las mismas cosas que su padre antes de perderse»,

él sintió una punzada de obligación. De familia. Entró a la casa y recordó que el Vaticano exigía requisitos estrictos para un exorcismo: evaluación médica y psiquiátrica exhaustiva, múltiples testigos, meses de observación, y la certeza absoluta de que los fenómenos no podían explicarse de forma natural.

Era un proceso largo. Rigurosísimo. Casi inalcanzable.

Y sin embargo...

Cuando cruzó la puerta del cuarto de Víctor, algo en él se quebró. Víctor estaba sentado en la cama, la cabeza inclinada hacia un lado, con la mirada fija en un rincón vacío. La vela del buró parpadeó, aunque no había viento. El aire era pesado y oprimido, como si alguien más respirara dentro del cuarto.

Agustín, sin quererlo, dio un paso atrás. En ese instante, Víctor giró la cabeza con una lentitud antinatural. Su sonrisa no parecía humana.

—No vienes por él —dijo una voz que no pertenecía a un ser vivo—. Vienes por nosotros.

Agustín sintió un frío que no conocía. No era espiritual. Era físico. Como si alguien le hubiera soplado hielo en la nuca. El sacerdote sudó frío. Y olvidó por completo el protocolo del Vaticano. Olvidó que estaba prohibido iniciar ritos sin evaluación médica previa. Olvidó que debía solicitar autorización formal. Olvidó que debía documentar todo.

La voz de Isabel, temblorosa detrás de él, lo empujó aún más:

—Tienes que sacarlo, Agustín. No quiero perder a mi hijo. No quiero que... eso se lo lleve como se llevó a su padre.

El miedo de ella lo contaminó. Y el suyo propio terminó de sellar la decisión.

—No puedo esperar meses. No puedo dejarlos solos con esto.

Después de un tiempo, Víctor despertaba en lugares distintos a donde dormía: en el patio, en la azotea, en el baño con marcas rojas en los brazos. Una madrugada, lo encontró su madre con los dedos ensangrentados y la puerta arañada.

—Tu padre hacía lo mismo... —susurró, al tiempo que retrocedía.

Desde ese día, empezó a cerrar su cuarto con seguro. La llave temblaba en su mano. Víctor escuchaba risas. Pisadas. Alguien moviéndose dentro de su propio cuerpo. Y veía una figura de pie en las esquinas, siempre inmóvil. Siempre a la espera.

La noche previa al exorcismo entró a su cuarto. Sentada al borde de la cama, Isabel apenas podía mirarlo sin estremecerse. El cuerpo de su hijo parecía ajeno.

—Tu padre también escuchaba cosas —dijo al fin—. Yo sabía que estaba poseído.

Víctor abrió los ojos. Pero no eran del todo suyos.

—Nunca estuvo solo —susurró otra voz, grave, ronca—. Igual que yo.

Isabel gritó y salió despavorida del cuarto, al tiempo que tropezaba con una silla.

El ritual comenzó sin la bendición del Vaticano. Agustín intentó convencerse de que Dios entendería. Que la situación lo ameritaba. Que no había tiempo para papeleo. Víctor llevaba semanas sin probar más de un bocado al día. Su cuerpo no resistiría mucho tiempo. Su tez había adquirido un tono grisáceo y sus extremidades tenían una rigidez cadavérica.

Agustín dijo con voz fuerte:

—*Adjúro te, spiritus immunde...* (Te conjuro espíritu inmundado.)

La primera oración resonó como un latigazo en el cuarto. Víctor se dobló hacia atrás, las vértebras sonaron como huesos secos quebrándose. El aire se llenó de un olor nauseabundo, entre hierro y carne podrida. Las lámparas explotaron una a una. La madre cayó en el suelo, entre lágrimas.

Después, el sacerdote tomó el agua bendita y sal exorcizada mientras exclamaba:

—*Exorcizo te, creatura salis...* (Te exorcizo criatura de sal).

Mezcló la sal y el agua al tiempo que oraba:

—*iat commixtio salis et aquæ...* (Que esta mezcla sea hecha.)

Y la roció sobre Víctor. La piel del muchacho se enrojeció al instante, como quemadura.

Las sombras parecían desplazarse solas por las paredes, demasiado largas para pertenecer a alguien. Agustín vio la forma oscura pararse detrás de Víctor, más alta que el muchacho, más delgada, sin rostro. Su voz surgió desde un lugar más profundo que la garganta del joven:

No soy invitado. Soy herencia.

El padre Agustín continuó el ritual:

—*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio...*
(San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla).

Las dos lámparas de la recámara estallaron al unísono.

La estola púrpura del sacerdote se elevó sin que nadie la tocara.

El calor en el cuarto aumentó como si alguien hubiera encendido un horno. Y por primera vez en su vida, Agustín sintió verdadero terror. El crucifijo ardió en su mano. Lo soltó con un grito sofocado. El cuerpo de Víctor se levantó del suelo apenas unos centímetros. Sus ojos eran negros por completo.

El sacerdote con voz temblorosa gritó:

—*¡Vade retro, Satana!* (¡Retrocede, Satanás!).

Víctor convulsionó. Luego quedó rígido. Después... cayó a la cama. Por último... Silencio. Un silencio tan denso que parecía absorber el aire. El corazón de Víctor no resistió. Exhaló un último suspiro. Su cuerpo por minutos recobró su color habitual.

Horas después, en la funeraria, al preparar el cuerpo, un asistente encontró un papel arrugado en el bolsillo del pantalón de Víctor. Lo abrió. Era un informe médico: Evaluación sugerida: esquizofrenia paranoide. Requiere tratamiento inmediato. La fecha era del 5 abril de 1985, un mes antes de iniciar con el ritual del exorcismo. ¿En qué momento había acudido Víctor a un psiquiatra? ¿Por qué no lo mencionó?

La madre se desplomó al ver la nota. Agustín sintió que el alma se le caía al estómago. ¿Había sido un demonio? ¿O una mente quebrada? ¿Era posible que la enfermedad y lo sobrenatural caminaran juntas? ¿O que una alimentara al otro? Sintió que su fe se quebraba.

Las luces parpadearon. Un rosario colgado en la pared se movió sin viento. Y desde algún rincón oscuro de la funeraria, algo parecido a una risa se deslizó en el aire. Lo más aterrador no fue la posesión. Ni la enfermedad. Fue la herencia. Ésa que vive en las palabras repetidas con miedo. Esa que no muere con el cuerpo. Y a veces... esa herencia tiene voz y esa voz... presencia.

EL RITUAL

Vicente Ruiz (Eihir)

MÉXICO

El frío. Eso fue lo primero. Un frío húmedo, pegajoso, que se adhería a los huesos como un sudario. Luego vino el dolor: una punzada sorda y constante que nacía de las muñecas y los tobillos, aprisionados por algo duro que raspaba la piel.

Abrió los ojos. La oscuridad era un manto espeso, casi sólido, que lo envolvía todo. Por un instante solo existieron el jadeo irregular de su respiración y el latido insistente de la sangre contra las ataduras.

Intentó moverse. Un gruñido escapó de su garganta, ronco, desconocido. Estaba tumbado boca arriba sobre una superficie helada. Piedra, pensó. Un altar. Su mente, buscaba sentido, etiquetaba lo que no podía comprender.

El vacío en su memoria era absoluto. ¿Cómo había llegado allí? Recordó un coche destrozado, luces de sirena, el olor metálico de la sangre. Luego nada. Un hueco insoportable donde antes había conciencia.

Poco a poco, la vista se adaptó a una penumbra grisácea que se filtraba desde un punto lejano. Fue entonces cuando la vio. Al fondo de la sala, dominaba la oscuridad, se erguía una figura inmensa. Una sombra vertical con los brazos extendidos. Un crucifijo.

El corazón le dio un vuelco. Alivio y terror se mezclaron en un mismo latido. Si había una cruz, tal vez no todo estaba perdido. El aire olía a humedad, polvo viejo y algo más: un tufo almizclado, rancio, que le revolvió el estómago.

—No... —murmuró, y la voz se le quebró—. No estoy...

Las cuerdas eran ásperas, de cáñamo envejecido. Lo habían atado con una fuerza inhumana. Aquello no era un hospital. Era una sala dispuesta para un propósito único. Un ritual.

De pronto, un sonido metálico resonó desde la puerta: una losa de madera se abrió con un chirrido, dejaba entrar una franja de luz amarillenta. Las sombras se movieron dentro del umbral. Seis o siete figuras avanzaron con lentitud solemne, y entre ellas, en el centro, un hombre alto cubierto por una túnica oscura. Un sacerdote.

El pánico se apoderó de él. Todo cobró un sentido retorcido: la cruz, las ataduras, la amnesia. No estaban allí para curarlo. Iban a exorcizarlo.

—¡Escúchenme! —gritó con voz quebrada—. ¡Fue un accidente! ¡No estoy poseído!

Nadie respondió. Las figuras se distribuyeron alrededor del altar. Una de ellas colocó un candelabro oxidado sobre un pedestal. La llama vacilante arrojó destellos sobre el libro que el sacerdote llevaba entre las manos. Un tomo grueso, de cuero negro. La Biblia, pensó.

El sacerdote la depositó en un atril de hierro. Luego alzó la cabeza. Aunque sus ojos quedaban ocultos bajo la sombra de la capucha, el hombre atado sintió en ellos una fe ciega, dura e inquebrantable.

Cuando habló, su voz sonó antigua, gastada, como si la piedra misma la repitiera.

—*Aperio... et veni in nomine Domini... te iubeo...*

Latín. Palabras que parecían vibrar dentro de su cráneo.

—¡No! ¡Dios mío, no! —gritó—. ¡Soy inocente!

El sacerdote no se detuvo. Las oraciones se hicieron más rápidas, urgentes, y cada sílaba le golpeaba el pecho como un

martillo. El aire se espesó. Uno de los acólitos encendió un brasero del que emanó un humo denso y dulzón. No era incienso, sino algo más pesado, con un olor a carne y especias que ofendía los sentidos.

El hombre comenzó a toser, ahogándose.

—¡Deténganse! —suplicó—. ¡Llévenme a un hospital!

El sacerdote alzó la voz, implacable. Otro de los acólitos — una mujer de rostro severo— se adelantó con una vasija metálica entre las manos. El corazón del prisionero dio un vuelco.

Agua bendita.

La mujer acercó el cuenco a su rostro, y el hombre, presa de una locura creciente, cerró los ojos y gritó su negativa final, un aullido animal contra el destino. Sintió el líquido ser salpicado con violencia, no rociado con piedad, sino arrojado con la fuerza de un ataque.

El líquido no era frío. Era cálido y espeso, y donde tocaba su piel, dejaba una sensación grasosa, metálica. Obvio no hubo sensación de ardor ni dolor alguno, pero sí sintió el azote de la humillación.

Aquello fue el interruptor. El miedo y la furia se fundieron en una sola y abrumadora necesidad de supervivencia.

—¡Me van a matar! ¡Malditos asesinos!

Su grito se convirtió en un rugido de liberación. Dejó de ser el hombre amnésico. Ahora era una bestia acorralada.

El miedo se convirtió en furia. Tiró de las cuerdas con una fuerza nacida de la desesperación. Las fibras crujieron. Y de pronto, cedieron. El sacerdote enmudeció.

Libre de las manos, el hombre se incorporó de golpe sobre el altar. Los acólitos retrocedieron. Cayó al suelo, aún atado por

los tobillos, y se lanzó hacia la figura más cercana: la mujer del cuenco. Un golpe húmedo, un grito sofocado. Luego otro cuerpo. Y otro.

No veía personas, solo sombras que lo mantenían prisionero. Golpeó, arañó, mordió. La histeria se mezcló con el instinto de supervivencia. Cuando por fin alcanzó al sacerdote, lo sujetó por la túnica y rugió:

—¡Me obligaste!

El hombre de la túnica emitió un sonido extraño, entre la risa y el alivio. Luego el golpe final. El cuerpo del sacerdote cayó sobre el altar, inmóvil.

El silencio que siguió fue denso, casi tangible. Solo el goteo de la sangre rompía el aire. El hombre respiraba con dificultad. Se tambaleó, buscó apoyo y sus dedos tocaron un interruptor en la pared, activándolo.

La luz cruda y amarilla se abalanzó sobre la sala, desgarró la oscuridad y reveló una escena de horror que superaba cualquier pesadilla. El hombre permaneció paralizado, con el cuerpo tembloroso, empapado en sudor y en otra cosa más viscosa. Se tomó unos segundos para asimilar su entorno, forzaba su mente a confrontar la verdad que había estado escondida tras el velo de su propia histeria.

No se hallaba en una iglesia.

Era la sala de ceremonias de un sótano privado, una cámara vasta, tapiada, cuyas paredes de piedra no estaban revestidas de cal y fe, sino cubiertas por tapices con motivos intrincados, espirales y símbolos esotéricos desconocidos que le revolvían el estómago. Los muebles no eran bancos ni confesionarios, sino pedestales oscuros y atriles de hierro forjado llenos de grabados profanos.

El aire no olía a incienso y humedad rancia, sino a sudor, a algo metálico y a la bilis que ascendía por su propia garganta.

Lo primero que hizo fue buscar la silueta que había confundido con la Pasión. Se giró con lentitud hacia la pared principal, donde la luz ahora se proyectaba sin piedad.

No era un Crucifijo. La efigie era colosal, pero no representaba el sacrificio de Cristo. En su lugar, había una criatura alada, de rostro feroz y cuernos retorcidos, con garras afiladas y una expresión de furia milenaria. No había corona de espinas, sino un yelmo ceremonial. No había un madero, sino una columna de basalto oscuro. La figura extendía sus alas en un gesto de dominación absoluta, con un cetro en una mano y lo que parecía ser una espada flamígera en la otra.

Bajo la efigie, grabadas en letras antiguas, unas runas que no entendía, pero cuyo significado se clavó en su mente como una puñalada. En la base de la estatua, una inscripción en un latín distinto, más antiguo y pagano, se hizo legible: «Abaddon, Exterior» (Abaddon, El Destructor).

Su mirada cayó sobre los cuerpos. Los «acólitos» yacían retorcidos y destrozados, sus vestimentas no eran las de fieles enlutados, sino túnicas de seda negra bordadas con los mismos símbolos esotéricos de los tapices. Eran miembros de una secta, los seguidores de ese demonio alado.

Y el sacerdote. El hombre que había recitado el latín yacía sobre el altar, su túnica oscura abierta por el forcejeo. Ahora se veían los detalles. No era una sotana; era un traje ceremonial, pesado y costoso, adornado con joyas oscuras y amuletos que colgaban de un cinturón trenzado. El rostro, antes una sombra de piedad, era el de un hombre de unos cincuenta años, de mirada fanática y aterrorizada en la muerte.

Luego, el libro.

Se acercó al atril de hierro. El tomo no era la Santa Biblia. Era un volumen encuadernado en lo que parecía ser piel curtida, con cierres de plata oxidados. Lo abrió con un dedo tembloroso. Las páginas estaban llenas de diagramas de círculos, sigilos y tinta roja, escritas en latín macabro y jeroglíficos que parecían moverse.

Un Grimorio. Un libro de magia negra, de invocaciones.

La pieza final del rompecabezas, la más nauseabunda, estaba en su propio rostro. Se llevó la mano a la cara. El líquido espeso y grasoso no había sido agua bendita. El cuenco, tirado ahora junto al cuerpo de la mujer, estaba vacío y manchado por dentro con una sustancia oscura y coagulada.

El olor lo golpeó con fuerza. Ese almizcle rancio que había confundido con el incienso... no era otra cosa que sangre animal. El líquido caliente que había manchado su piel era sangre fresca, lanzada como parte del rito. Un sacrificio o, más probable, una unción.

Todo se condensó en un único y terrible momento de claridad: el ritual no había sido un exorcismo para expulsar a un demonio; había sido un ritual de invocación para que un demonio tomara posesión de un huésped.

Él no era la víctima inocente de un accidente de coche que había perdido la memoria y había sido confundido con un endemoniado. No. Él había sido el cuerpo sacrificado, el contenedor preparado por esta secta para recibir a su señor. La amnesia no había sido causada por un golpe; había sido la limpieza ritual de la mente para dejar un vacío, un receptáculo.

Y el sacerdote no se había aterrorizado de él. En el último instante, su grito no había sido de pánico, sino de jubilosa satisfacción. Había presenciado el éxito de su ritual. Había visto a su deidad tomar conciencia.

El hombre miró sus propias manos. Estaban manchadas de la sangre de los cultistas, de sus propios sirvientes, la sangre del primer acto de su nueva existencia.

Un calor sofocante, en su totalidad ajeno al ambiente frío de la sala, comenzó a irradiar de su pecho, un fuego negro y voraz que devoraba la humanidad restante. Las ataduras en sus tobillos se rompieron con un simple movimiento tenso, no por su fuerza, sino por la liberación de una potencia que no podía ser contenida por simple cáñamo.

La conciencia del hombre amnésico, el recipiente, se desvaneció como el vapor. Lo que quedó fue la Entidad.

Abadon, el Destructor.

Y Abadon, al mirar la estatuilla de sí mismo en la pared, sonrió por primera vez. Una sonrisa que no era humana, una fisura de gozo malvado que estiró su rostro y reveló algo mucho más afilado que dientes humanos.

Comprendió que su llegada al mundo había sido sellada. Los cultistas lo habían llamado, y él había respondido. El primer acto de la invasión fue la purga de sus sirvientes; ya no los necesitaba.

El Destructor, ahora alojado en un cuerpo mundano, se dirigió hacia la puerta de la sala de rituales. El candelabro, al pasar a su lado, se apagó de golpe, como si la luz no pudiera soportar su presencia.

Un pensamiento final y helado cruzó lo que quedaba de la mente del huésped, un lamento ahogado bajo el peso de la nueva conciencia: «He creído que luchaba contra la posesión. Pero la posesión ya había ocurrido».

Abadon abrió la pesada puerta de madera y subió los escalones hacia la mansión, hacia el mundo exterior. El relato de

los hombres y el orden humano terminaba. Era el momento de desplegar al mundo su mensaje de destrucción.

LA ELEGIDA DEL TZISCAO

Gabriel de la Torre M.

MÉXICO

Dicen en Naha', un poblado lacandón escondido entre la selva y las montañas de Chiapas, que hay silencios que no vienen de Dios, sino de la montaña.

Que cuando el viento deja de moverse y las ceibas se quedan inmóviles, alguien camina entre los árboles en busca de un alma que le responda.

Eso lo repetía la abuela Chonita, la más vieja de la comunidad, mientras tejía sus telares y miraba con desconfianza hacia el extremo del bosque que bordea el Lago Tzisco, donde el agua es tan profunda que parece de obsidiana y el eco devuelve hasta el suspiro más pequeño.

Lorena nunca creyó en esas cosas.

Tenía diecisiete años, la risa fácil y un modo de caminar que hacía sonar las pulseras de chaquiras en su muñeca. Vivía con sus padres en una casita de madera sobre el sendero que baja hasta el Tzisco.

Su madre solía advertirle:

—No te acerques sola al agua cuando cae la tarde. Él anda allí.

Lorena se reía.

—¿El quién? ¿El fantasma de la montaña?

—El que no es hombre —susurraba la madre, persignándose—. El que mira.

Fue un domingo de junio cuando todo cambió.

En Naha' celebraban la fiesta del maíz nuevo: tambores, risas, niños correteando, mesas con pozol frío, tamales untados de chilmol y mujeres hilando flores de papel para los altares.

Lorena se escabulló antes del anochecer para ver a Danilo, su novio: un muchacho moreno, de brazos fuertes, que trabajaba la milpa con su padre. Él la esperaba bajo un chicozapote, cerca del sendero que conduce al lago.

—Tu mamá va a matarme si sabe que te veo aquí —bromeó Danilo, acariciándole la mejilla.

—Entonces no le digas —rio Lorena.

Se sentaron en una piedra grande, miraban cómo la luz naranja se reflejaba en el agua quieta. Un olor a tierra mojada llegó desde el fondo de la selva.

El viento dejó de moverse.

—¿Oíste eso? —preguntó Danilo, inquieto.

—No oí nada.

—Ese silencio... no es normal.

Lorena tomó su mano.

—No empieces con cosas.

Pero una sombra cruzó entre los árboles. Ligera. Demasiado alta para ser un venado.

La figura se detuvo al borde del agua.

—Vámonos —susurró Danilo, jalándola.

Lorena no se movió. Algo —no miedo, algo más profundo— la sostenía en su sitio.

El rumor del agua se volvió un murmullo grave.

Los grillos callaron.

El aire se espesó, como si la selva contuviera el aliento.

La figura avanzó un paso.

La luna iluminó un fragmento de su rostro:

Unos ojos azules, azules como un cielo que se deshace en silencio.

No eran ojos humanos.

Había fuego en ellos.

Había tristeza.

Había hambre.

Danilo retrocedió, aterrado.

—¡Lorena, no lo veas! ¡Es él! ¡El de las historias! ¡El que se lleva a la gente!

Ella dio un paso adelante. No quería hacerlo. No lo decidió.

Su cuerpo la traicionaba mientras una punzada de fiebre subía por sus piernas.

—No me mires... —susurró aquella sombra, con una voz hecha de viento viejo.

Pero ya era tarde.

Danilo gritó.

La levantó en brazos.

Intentó arrancarla hacia el pueblo, pero la fiebre ya la consumía por dentro.

Lorena cayó de rodillas.

La sombra retrocedió, como si temiera su propio efecto.

Danilo corrió con ella por el sendero. Al llegar a la comunidad, los perros ladraban sin motivo y las mujeres salían con lámparas de petróleo.

La mamá de Lorena gritó al verla.

—¡Las fiebres del monte! ¡Dios santo!

El curandero llegó con ramas de ruda y copal encendido.

Miró a la muchacha y negó con la cabeza.

—No se cura lo que viene de él. Solo podemos evitar que vuelva al bosque.

Lorena no habló más.

A veces se levantaba como empujada por un sueño y corría hacia la puerta, hacia la selva, hacia el lago oscuro.

Los hombres tuvieron que sujetarla.

Tres días después, la fiebre ya no la mataría, pero la había vaciado por dentro.

Sus ojos seguían abiertos, miraban hacia donde vio aquellos ojos azules.

—Él la está llamando —decía la abuela Chonita—. La montaña no suelta lo que toca.

La familia tomó una decisión terrible.

La amarraron.

Primero las muñecas.

Luego los tobillos.

Después, cadenas a los barrotes de la ventana, para evitar que se arrojara hacia la selva.

Lorena no gritaba.

Solo murmuraba, como un rezo roto:

él... él... él...

Dicen en Naha' que por las noches se escucha el tintineo de cadenas y la respiración de una mujer que ya no está viva del todo.

Que cuando la luna se vuelve roja sobre el Lago Tziscoa, ella se pone de pie frente a la ventana y mira hacia la selva, como si esperara que la sombra volviera por ella.

Y algunos juran haber visto al Montañés lacandón, alto y silencioso, recortado contra los árboles... que mira la casa donde Lorena aún espera.

Porque la selva nunca olvida lo que toca.

Y lo que la montaña marca...

ya no regresa a ser humano.

EL GUSANO ASTRAL

Sebastián Benavides

ECUADOR

Siempre me reí de los fantasmas. De las brujas. De los demonios. Mi nombre es Sebastián, y fui el campeón de la lógica fría, el bastión del «si no lo veo, no existe». Mi esposa, Mia, navegaba por los senderos oscuros de la magia, hablaba con dioses olvidados y demonios innombrables. Yo la amaba, sí, pero su fe era para mí una poesía exótica, un juego de niños.

Hasta aquella noche.

La noche en que la Muerte se sentó a mi mesa, me clavó sus ojos vacíos y me ofreció su propia carne como banquete. La noche en que vi a la Muerte, no como una metáfora, sino como una presencia sólida, fría y con sabor a tumba. La noche en que mi escepticismo no se rompió; fue casi despojado de mi cuerpo y luego se pudrió por completo.

Y créeme, desde entonces, cada vez que cierro los ojos, siento el aliento gélido de su cráneo sobre mi cara. Y escucho, con perfecta claridad, el eco de su promesa.

La tarde comenzó con el preámbulo de lo mundano. Un martes cualquiera, la lluvia fina tamborileaba contra los cristales de nuestra casa en la ciudad. El olor a café y a canela se mezclaba con el aroma a incienso de sándalo que Mia quemaba en su altar. Ella, mi Mia, con su cabello tan negro como la noche sin luna y sus ojos que veían más allá de lo visible, estaba sentada frente a mí, con una sonrisa enigmática que siempre me hacía sentir torpe y ciego.

Yo, Sebastián, era su opuesto. Un ingeniero Comercial, mi universo era binario, lógico, comprobable. Cada vez que Mia hablaba de Hécate o Lilith, del Maestro Satán o de la Santa Muerte, yo asentía con una sonrisa indulgente, como quien escucha a un niño hablar de sus amigos imaginarios. Era su «camino de la mano izquierda», como ella lo llamaba, su sendero de empoderamiento, de conexión con energías primarias. Para mí, era un pasatiempo fascinante, un folclore moderno. Una bonita excentricidad.

Esa noche, cenábamos pollo asado, patatas. La comodidad de lo cotidiano. En la pantalla del televisor, un podcast paranormal. Un joven, con la voz impostada del «experto», hablaba con una seriedad que me producía un cosquilleo de diversión en el estómago. Disertaba sobre pactos con entidades oscuras, sobre la Santa Muerte, sobre rituales. Me sentía ya un poco indispuerto, una ligera náusea que atribuí a la cena pesada.

El joven del podcast, con un énfasis teatral, comenzó a describir un ritual específico. Sus palabras resonaron en la sala como un eco forzado: «...Y en el ritual se habla de cerdos. La entidad toma la forma de un cerdo, una manifestación primigenia de lo oscuro... ».

Fue en ese instante preciso, en el momento exacto en que la palabra «cerdo» abandonó sus labios, cuando mi universo lógico se partió en dos.

No fue una punzada. Fue un retorrijón. Un nudo gélido que se formó en la boca de mi estómago, como si algo, dentro de mí, hubiese cobrado vida. Se expandió, retorciéndose por mis intestinos, una sensación de putrefacción que no provenía de mi comida, sino de una fuente mucho más profunda y aberrante. Como si un gusano blanco gigante excavara túneles en mi propia carne y liberaba un hedor invisible de carroña.

El dolor subió. No era digestivo. Era una garra helada que me apretó el corazón con una fuerza sobrenatural. Mi pecho se

oprimió. Sentí como mi corazón, ese incansable musculo que me había acompañado en cada latido de mi vida, se detuvo. No una arritmia; una parada absoluta. Un vacío, un silencio atronador en el centro de mi ser.

Un disparo de oscuridad. Así lo describiría.

Una explosión de negrura que brotó de mi pecho y ascendió, veloz y fulminante, hacia mi cabeza. Todo lo que veía se volvió negro. No la oscuridad de cerrar los ojos. No el desmayo convencional. Era una oscuridad activa, una presencia que me envolvía y me devoraba. La conciencia se aferraba a un hilo, pero mis sentidos físicos se apagaban.

En esa negrura, en ese abismo personal, las voces se alzaron. No venían de mis oídos. Resonaban en el vacío de mi mente, guturales, profundas, como el arrastre de rocas en un abismo. No hablaban idioma alguno, sino en la cadencia de la desesperación, el lamento de las almas perdidas, una letanía indistinta de murmullos en latín.

Y entonces, en esa fracción de segundo donde mi cuerpo era un mero recipiente, una voz clara, aunque gutural, perforó el velo: «¿Ahora sí crees?».

Le siguió una cascada de risas malévolas, secas y reptilianas, que vibraron en mi cráneo. Sabía que no estaba solo. Una entidad del bajo astral, atraída por la vibración de mi escepticismo y el umbral abierto por las palabras del podcast, se había abalanzado sobre mí, intentaba reclamar mi cuerpo, mi mente, mi alma. Querían una posesión. Un nuevo hogar.

Y en medio de esas risas, como un flash de luz blanca que rasgó la oscuridad, la vi.

Se cernía sobre mí. Su silueta era alta, etérea y, a la vez muy sólida. No había rostro, solo un cráneo, blanco y pulido como la porcelana más antigua, pero inmenso, gigantesco, que llenaba mi universo. Las cuencas vacías de sus ojos me miraban de forma

fija, no con maldad, sino con una indiferencia absoluta, con la frialdad de mil inviernos cósmicos. La parca misma, el Ángel de la Muerte, en todo su esplendor desolador.

Pero entonces, otra imagen, superpuesta y salvadora, irrumpió. El rostro de la Santa Muerte. No el cráneo que me reclamaba, sino el rostro familiar de la entidad con la que Lilith trabaja. Su sonrisa era compasiva, sus ojos profundos y protectores. Se acercó a mí, no para reclamarme, sino para interponerse, para alejar al Ángel de la Muerte que ya me tragaba. Era ella, con sus poderes ancestrales, quien detenía la invasión. ¡Me salvó!

La oscuridad, de manera repentina, no me devoraba; bajó. Se retractó, como un humo negro y denso que se drenaba de mi cabeza y pecho, para dejar a su paso un frío insoportable. Sudaba frío. Mi respiración era un jadeo desesperado. Los escalofríos me recorrían el cuerpo como pequeños insectos helados. Mi corazón, con un ruido sordo, reinició su marcha, pero ahora con un ritmo errático y asustado.

Caí al suelo, desplomado. Mia, mi esposa, ya estaba a mi lado. Sus manos, cálidas y firmes, me sostenían. Sus ojos, antes enigmáticos, ahora eran faros de urgencia y una profunda comprensión.

«¿Qué ha pasado, Sebastián? ¡Tus ojos... tus ojos estaban negros!»

Recuerdo su voz, pero apenas podía procesar las palabras. La verdad estaba allí, fresca, grabada a fuego en mi cerebro. La vi. A la Muerte. Y a la Santa Muerte.

Pero el horror no había terminado. Lilith, con una ferocidad que nunca le había visto, no dudó. Susurró palabras que sonaban a sánscrito y a sangre, invocaciones que venían de su sendero izquierdo. Sus manos se alzaron.

—¿Cómo te llamas? —Su voz era un latigazo—. ¿Crees en Dios?

Luego, con sus dedos, dibujó una cruz en mi frente, su mirada clavada en la mía.

—¿Te quema, criatura? ¡Abandona este cuerpo de inmediato!

En ese instante, sentí cómo mi frente ardía. No un calor físico, sino una quemadura espiritual que intentaba purgar lo que se había anclado en mí. Mi autocontrol, ese bastión de ingeniero que siempre me había salvado de los errores de cálculo, se aferró a la última chispa de mi identidad. Luché. Luché contra la voz del parásito, contra la risa de la oscuridad. Sentí que quemaba, sí, pero no me doblegué. Y esa resistencia, ese último vestigio de mi voluntad, fue suficiente. El agarre del ente se aflojó.

Después de la descarga de diarrea, de la debilidad que me arrastró a la cama, Lilith me confirmó lo que ya sabía. Me había exorcizado. Su conexión con las Deidades, su valentía inquebrantable, había expulsado lo que quería poseerme.

Mientras yacía, con el corazón aún desbocado, mis ojos se posaron en la televisión. Estaba apagada. O eso creía. La pantalla, que segundos antes estaba en negro, se encendió de golpe. No en un programa, no en un noticiero. Solo estática. La imagen granulada, el sonido sibilante y blanco, el ruido de la no-información. Y en la esquina superior, un número parpadeante: 44.

Cuarenta y cuatro. El escalofrío que me recorrió no era solo por el frío. Era por la implicación.

Desde aquella noche, el mundo ya no es binario. Ni lógico. Mi armadura de escepticismo no solo se ha caído; ha sido pulverizada, quemada en la batalla por mi propia alma. El hedor a tumba que sentí en mi interior, el frío del cráneo de la Muerte, las voces guturales en latín, la burla del «¿Ahora sí crees?», el

número 44 parpadeante en la estática... todo es real. Demasiado real.

Mia ya no es una excentricidad. Es mi ancla en un universo que se ha vuelto vasto, misterioso y terrorífico. Sus «dones especiales», sus «energías», su conexión con Hécate, Lilith, Satanás, Lucifer, Ra y la Santa Muerte, no son un juego. Son el tejido de una realidad más profunda y peligrosa de lo que jamás imaginé. Ella me arrancó de las garras de la posesión, del umbral de la muerte.

Ahora la miro con un respeto que bordea el miedo reverencial. Ella, con su sabiduría de las sombras, ve los hilos invisibles que mueven el mundo. Yo, el ingeniero, veo el número hardware y software. Ella ve el sistema operativo y las entidades que lo corrompen.

Mi corazón sigue latiendo, pero ya no es el mismo. Lleva la cicatriz del instante en que se detuvo, el eco del disparo de oscuridad. Mis ojos, Mia dijo que los vio negros. Y yo sé por qué. Vieron lo que no debía verse.

Duelmo con la luz encendida. No puedo dejar de escuchar. El susurro del viento me parece un eco de las voces guturales. El número 44 se ha convertido en una obsesión. Cada vez que lo veo, el frío me recorre.

No he abandonado del todo la lógica, pero ahora sé que la lógica es solo una pequeña isla en un océano de misterio. He cruzado el umbral. He visto a la Muerte a los ojos, he sentido el intento de posesión de una entidad del bajo astral, y su mirada indiferente me ha enseñado que hay verdades que no necesitan ser creídas para ser reales. Solo necesitan ser vividas. Y resistidas.

Y ahora, con cada amanecer, me pregunto: ¿Cuándo regresará el Ángel de la Muerte? ¿Cuándo volverá a reclamar lo que casi se lleva? ¿O la entidad del bajo astral buscará una

segunda oportunidad? Porque sé que no fue una ilusión, ni un sueño, ni un ataque de pánico. Fue una advertencia.

La Muerte me miró a los ojos, un demonio intentó robar mi cuerpo, y ambos me sonrieron con sus mandíbulas vacías. Y yo, el escéptico, el hombre de ciencia, solo pude sentir cómo el Gusano Blanco de la verdad se retorció en mis entrañas, al devorar cada vestigio de mi antigua incredulidad.

Ahora sé que el universo es más grande y más oscuro de lo que mi pequeña mente lógica podía concebir. Y cada día, rezo, no al dios de los libros, sino a la Santa Muerte que me salvó, y a las Deidades con las que Mia comparte sus secretos. Rezo porque sé que, en las sombras de este mundo, hay cosas que no necesitan ser vistas para existir.

Y ellas, ahora, me han visto a mí.

CUERPO SOBRE CUERPO

N. Soler

CUBA

Caridad siempre había sido de esas que no hacen escándalo con la religión, ni la llevan a cada conversación. Creía en lo suyo sin necesidad de contarlo. A sus veintisiete años trabajaba en una cafetería del barrio y ayudaba a su madre con los mandados, la casa, la vida. Pero desde hacía meses sentía algo extraño: un cansancio que no era físico, una presión detrás de la nuca, como si alguien respirara cerquita sin tocarla.

Su madrina espiritual, Dalia, fue la primera en notarlo.

—Tu sombra está pesada —le dijo una tarde—. Hay que hacerte obra.

Caridad asintió. Conocía a Dalia desde niña y confiaba en ella. No era de esas personas que viven de meter miedo y cuando hablaba, era porque veía.

La limpia se haría en la casa de Ayo, un babalao fuerte, pero no muy claro, con un carácter seco y brusco. Evaristo, se encargaría de tocar el tambor y marcar el ritmo de la ceremonia. Dalia le había advertido que entre Ayo y Evaristo había un roce viejo, una rivalidad silenciosa que nadie sabía bien cómo empezó. Tenía que ver con envidias y con el orgullo de ver quién conocía más de santos que el otro.

Caridad llegó el día acordado. Ayo la recibió serio, sin sonrisa, con la mirada que parecía analizar el cuerpo más que la cara. Evaristo preparaba los tambores con movimientos pausados, como si cada golpe de cuero fuera un pensamiento.

—Tú no hables mucho hoy —le susurró Dalia, colocándole un pañuelo blanco en la cabeza—. Tú solo escucha, siente, deja que pase lo que tenga que pasar.

La casa estaba llena de olor a aguardiente, albahaca y humo suave de tabaco. La luz amarillenta hacía un paisaje de sombras que se movían con lentitud en las paredes. Habían puesto una mesa con velas, cascarilla, cocos, agua y flores blancas.

Caridad se sentó en el centro. El tambor empezó. El ritmo se instaló en su pecho antes de que pudiera darse cuenta. No era música para escuchar; era música para que el cuerpo obedeciera. El aire se volvió denso. Ayo comenzó a rezar en voz baja, palabras antiguas, que parecían traer algo desde lejos.

Cerró los ojos. Sintió el calor subir por las piernas, por la espalda, hasta la nuca. El tambor aumentó. El aire se arremolinó. Alguien habló, pero no sonaba como alguien en la habitación. Era más profundo, más hondo, más atrás.

Caridad respiró hondo y el cuerpo se le puso rígido.

—Ya viene el muerto —dijo alguien.

Pero algo no estaba bien. Su respiración se aceleró y el cuello se le dobló hacia atrás como si un hilo invisible la tirara desde el aire. La mandíbula se le trabó, sus dedos comenzaron a torcerse y el sudor le corrió por la frente.

—No es su santo —dijo Dalia ahogada, sosteniéndole la mano—. No es su santo, Ayo.

Ayo no respondió. Solo rezo, más fuerte. Evaristo detuvo el tambor.

—¡Te dije que no estaba preparada! —gritó, y rompió el silencio.

—¡No interrumpas la ceremonia! —escupió Ayo—. ¡Ella fue escogida!

—¿Escogida para qué?

El cuerpo de Caridad empezó a temblar. Primero suave, luego violento. El temblor le sacudía los hombros, el torso, las piernas, como si quisiera salirse de sí misma. La cabeza se le inclinó hacia un lado, demasiado, más de lo que una articulación permite sin dolor, y sin embargo no gritaba. De su garganta salió una risa baja, una risa que no era suya. La habitación se quedó sin aire.

—No lo llamaste tú —susurró Dalia, mirando a Ayo con miedo—. Lo llamó tu soberbia.

Ayo le lanzó una mirada fría.

—Ella está montada —dijo—. Hay que dejar que se manifieste.

Pero Caridad no estaba montada por un santo. Lo que estaba dentro tenía hambre y Evaristo se dio cuenta primero.

— Eso vino de donde nadie quiere nombrar. —murmuró.

Caridad abrió los ojos. Estaban negros. No vidriosos, no distantes: negros, como si toda la pupila hubiera tomado el ojo entero. Se puso de pie con movimientos lentos, quebrados, pero sin perder equilibrio.

—Ayo... —pronunció con voz ronca—. Tú me llamaste.

Ayo dio un paso atrás.

—Yo llamé al santo —dijo, con firmeza forzada.

La risa volvió, profunda.

—Tú llamaste lo que quisiste.

El cuarto parecía cerrar las paredes. Dalia lloraba en silencio. Evaristo bajó la mirada, sabía lo que tenía que hacer: un exorcismo. Sin gritos ni agua bendita. Se trataba de sostener el

cuerpo para que no se destruyera, de enfrentar la sombra sin romper el espíritu y se preparó en silencio.

Dalia sostuvo a Caridad desde atrás, abrazándola. Evaristo marcó el tambor más suave, más lento, como para llamar a algo bueno. Ayo dudó. Era la primera vez que dudaba frente a otros.

Caridad hablaba con voz partida.

—Me dejaron entrar. Él me dejó entrar.

Evaristo golpeó el tambor fuerte.

—¡Caridad, escucha mi voz! —gritó—. ¡Tú estás aquí todavía!

El cuerpo se arqueó. Ahora sí fue Caridad la que gritó. Un grito humano, profundo, desgarrado, como quien vuelve a sentir el propio cuerpo después de perderlo.

Dalia apretó.

—No te suelto, mi niña, no te suelto...

Evaristo cantó. No para la entidad, sino para Caridad. Un canto Viejo, suave, lleno de casa, de pan, de agua, de patio mojado y voces que calman. El cuerpo de Caridad cayó de rodillas. Los dedos volvieron a su forma. La espalda se relajó. El aire volvió a moverse. Cuando abrió los ojos, eran sus ojos marrones, húmedos, vivos.

Pero algo le había quedado. Una marca fina, apenas visible, como una sombra que recorría la piel del cuello hacia la clavícula. No dolía, no ardía. Solo estaba.

Ayo se apartó, derrotado. Evaristo lo miró sin decir palabra. Sabía que la envidia había sido la grieta por donde lo otro entró.

Dalia ayudó a Caridad a levantarse.

—Ya pasó —susurró.

Caridad, todavía temblando, respiró hondo.

—Lo sentí. Estaba muy cerca. Como si hubiera estado esperándome desde antes.

—No era para ti —respondió Dalia—. Era para él.

Ayo bajó la cabeza. Nadie más habló.

Caridad salió de la casa en la madrugada. El aire estaba fresco, el cielo oscuro pero apacible. Caminó despacio. Sentía su cuerpo, aunque no del todo igual que antes. Había algo más profundo ahora. Una comprensión que no pidió.

Sabía que nunca volvería a entrar a una ceremonia sin asegurarse de quién llamaba, quién recibía y qué puerta se abría. La fe seguía ahí, pero ahora venía acompañada de respeto y de un silencio nuevo.

Nunca volvió a hablar de aquella noche. Pero cada vez que escuchaba un tambor, podía sentir, detrás de la música, un eco oscuro. Un eco que le recordaba algo simple: no todas las entidades que responden a un llamado vienen de donde uno espera. Y el cuerpo, cuando se abre, se abre de verdad.

LA NIÑA DEL CRUCUFITO

Aldo Alexis Orozco Mendoza

MÉXICO

Cuando quise escribir las crónicas de mi amigo, recordé un caso que sucedió en 1989. El subinspector Rivas, desde luego, me hizo una llamada aquella mañana al no poderse comunicar con mi amigo, el asesor policial Juan José Jiménez, quien aseguraba «no creer en fantasmas». Él no contestaba y el caos se apoderó del pueblo de Vilarello. Un sacerdote había sido hallado muerto en el convento de San Lorenzo. La escena sugería un ritual y había una menor involucrada, me pidieron buscar a mi amigo y partir de inmediato.

El convento era una construcción del siglo XVII, y en sus minaretes descansaban centinelas que cuidaban desde lo alto, todo construido con roca labrada y ventanas estrechas. Mi amigo no quiso hablar durante el camino, y sólo salió de su mutismo para presentar religioso respeto a la madre superiora, sor Inés, quien, devastada, habló con una mezcla de culpa y el miedo, una por no haber podido salvar al padre, y otra, por pensar en que sería la siguiente.

—El padre Elías murió durante un exorcismo—dijo—. Y, la niña... Dios la salve. El padre sólo quería salvar su alma.

Mi camarada me miró, y nos dirigimos hasta donde la niña, llamada Clara, de once años. Fue acogida por el convento tras la muerte de sus padres en un incendio. Dos semanas pasaron desde sus episodios de agresividad, insomnio y glosolalia, por lo que el padre Elías resolvió llevar a cabo un exorcismo. La niña tenía la mirada perdida con ojos dilatados, piel pálida y perdió su capacidad de hablar, según sor Inés, el demonio no había podido salir de su cuerpo y todavía estaba ahí, a la espera de emerger y

cobrar una nueva víctima. Volteé la mirada, la niña me causaba enternecimiento, pero no así a mi compinche. Presto, arrancó el crucifijo que colgaba del cuello de la madre superiora y lo presentó con todo su esplendor ante la mirada perdida de la niña. Ella se sobresaltó, y gruñó como una bestia acorralada, ¿sugestión?, ¿un demonio? Eso pensaba, mientras veía cómo el ímpetu de la niña se apagaba conforme se alejaba la cruz.

El cuerpo del padre Elías yacía en la sacristía. Tenía el cuello roto y cubierto de múltiples mordidas, su rostro estaba congelado con un grito. A su alrededor había sal esparcida en cinco montones, al lado de una cama de plumas manchada de sangre, había crucifijos volcados hacia arriba, una torpe representación de Jesucristo crucificado por medio de un dibujo infantil, y palabras en latín mal conjugado. El cuerpo del padre no sugería nada más, a excepción de un pequeño frasco que se encontraba entre los restos de una lámpara rota. Una etiqueta lo rodeaba de lado a lado. NRX, decía. Mi amigo pensó en que sería agua bendita, o un medicamento usado por el padre, o por la niña, pero no lo reconoció, así que quedó guardado como evidencia. Aún le quedaba un poco de líquido incoloro. Después de dos horas de rondar por el castillo que pasaba por convento, y de analizar la escena del crimen que ofrecía pocas respuestas, pidió a sor Inés quedarse a solas con Clara para interrogarla, pero ella se negó de manera rotunda con las siguientes palabras:

—Si se queda mucho tiempo con el demonio, lo poseerá a usted. No sabe nada de las fuerzas contra las que se está enfrentado.

Pero mi amigo no iba a declinar. Estuvo ahí dentro por dos días enteros, siendo vigilado a través de la mirilla de la puerta por varios de los ministros eclesiásticos, y claro, por mí mismo. Analizaba los dibujos en la pared, los reescribía en sus propias notas y suspiraba frases inconexas que no fuimos capaces de desvelar. La niña no se movía, miraba hacia lontananza, desde su pequeña habitación había una ventana que apuntaba hacia una

colina donde había un castillo. A veces, me daba cuenta de que Jiménez iba acercándose a la niña con los crucifijos para ser atacado por ella después, acción que se detenía cuando él los apartaba y los dejaba fuera de su vista. En ningún momento pudimos escuchar algún intento de conversación entre ambos, él preguntaba y ella callaba, y así continuó por mucho tiempo.

No pude mantenerme despierto por todo ese tiempo, y caí rendido ante un repentino sueño. Confiaba en que los sacerdotes del convento mantuvieran la guardia mientras dormía, pero, todos fuimos despertados de golpe por un estertor de agonía proveniente de la habitación. Desenfundé mi arma, una pequeña pistola que guardaba siempre en el bolsillo, y entré con una patada en la puerta, detrás de mí, los sacerdotes se cubrían los oídos. Juan José Jiménez, mi amigo de hacía tanto tiempo, estaba en el suelo, contorsionándose como un enfermo, se arrastraba y encajaba las uñas en el entramado de maderos que conformaban el piso, para dejar unas finas líneas en las que figuraba una calca exacta de las imágenes creadas por la niña en la pared. De su boca, manaba un líquido pestilente que se combinaba con su saliva, y con una consistencia pastosa y comenzó a gritar, miraba al cielo, manoteaba como si quisiera maldecirlo:

—¡Vox mea non est mea!

Palabras en latín. Empezaba a creer que de verdad mi amigo había sido poseído por el mismo mal que aquejaba a la niña que ahora yacía tumbada en su cama, deliraba, lamentándose, con sus extremidades endurecidas como las de un cadáver tras varios días de descomposición. Sin embargo, era mi amigo quien más sufría, hacía el intento por levantarse, y al no poder, gritaba y su agonía rompió su garganta, sangrante, sangre que se mezclaba con los líquidos efervescentes, repetía palabras en latín que estaban escritas en las paredes, y la niña lo acompañaba en coro. Recé, no sé cuántas veces lo hice mientras veía, incapaz de actuar, al hombre con el que había participado en tantos casos y resuelto tantos crímenes, sabía que mi devoto rezo jamás

alcanzaría el negro corazón de mi amigo quien, a juzgar sus palabras «las apariciones divinas me son indiferentes, yo uso la lógica y la razón», enunciadas cuando lo invitaba, por cortesía, a misa los domingos, mucho menos tocarían alguna fibra sensible en el alma de un demonio. Después, entró un sacerdote de apellido Portilla y la madre superiora que se habían decidido a realizarle un exorcismo, así como los que el padre Elías le hizo a Clara. Mi amigo seguía en agonía, hacía intentos por levantarse, metía las manos en los entresijos del suelo, y de su boca brotaba espuma blanca, jabonosa, como si estuviera infectado de rabia, en sus ojos, cuencas vacías, blancuzcas, enraizadas a venas inyectadas en sangre. Gemía, señalaba su brazo derecho, sólo yo pude verlo. El padre Portilla puso un crucifijo frente a Jiménez sin hacerlo reaccionar lo más mínimo, no había tenido la misma respuesta que la niña, cuya enajenación la llevó a esconderse debajo de la cama al ver la cruz del padre. Mi amigo, en un arranque de coraje, gritó:

—¡Mi pecho! En mi pecho se encuentra... —y calló de manera súbita, babeaba como un perro.

Yo empezaba a darme cuenta de que quizá quería decirnos algo, mientras que los canónigos aseguraron que aquellas palabras eran señal de una verdadera posesión demoniaca. Entonces, llamó a algunos sacristanes que esperaban con anticipación y entre todos consiguieron levantar a mi amigo, dejándolo caer en la cama. Los seminaristas agarraron sus brazos y piernas para inmovilizarlo. El padre Portilla comenzó a leer un pasaje del Evangelio de San Juan, pedía al demonio que dijera su nombre y el propósito de la posesión. Jiménez respondió.

—¡En mi pecho!

—¡Sabemos que estás ahí, demonio! —exclamó el sacerdote, al tiempo que colocaba la cruz de madera sobre la cabeza del detective—. ¡Sal de ahí y dinos tus intenciones!

Jiménez hacía una demostración de fuerza, desembarazándose de uno de los seminaristas, pero al poco tiempo lo volvieron a neutralizar.

—¡Cama, cuidado, debajo! —vociferó mi amigo.

Portilla roció con agua bendita todo el cuerpo del poseído y le gritó frente a frente:

—¡Sal de ahí!

—¡No! ¡Cuidado!

Yo lo entendí, habían olvidado a Clara que estaba oculta debajo de la cama. De pronto, un bulto blanco atravesó la oscuridad y se abalanzó sobre el padre Portilla. Era la niña, gritaba como si algo le doliera, lo mandaba a callar con una voz gruesa proveniente de una boca pestilente, no quería escuchar otro ritual como aquel. Llevaba un cuchillo de cocina en la mano, del que había hecho acopio quién sabe cuándo, y estaba decidida a apuñalarle. Sin embargo, ahí estaba yo, que me había puesto en medio de la refriega, empujé al padre y la niña cayó al suelo, desprendiéndose del cuchillo. La niña se calmó cuando todo quedó en silencio. El exorcismo había sido el motivo por el cual perdió la cabeza, pero, la pregunta quedaba en el aire, ¿por qué a mi amigo no le sucedió de tal forma si estaba siendo aquejado por el mismo mal?

Con el pasar de las horas, Jiménez se recuperaba, yo convencí a los hombres de fe que me dejaran a solas con él y con la niña, la cual, se sumió en una melancolía de la que tardaría en sanar. Entonces, cuando mi amigo alcanzó una lucidez mental comparable a la que tenía antes del incidente, convocó a los sacerdotes y comentó haber resuelto el caso. Su explicación fue la siguiente:

—Los demonios no existen, como tampoco existe nada de lo que creen, y se los voy a demostrar —se sentó en el borde de la cama mientras fumaba un cigarrillo—. En una de las gavetas de

la habitación encontré una agenda donde el padre Elías registraba fechas en las que sólo aparecía un sí o un no, y dibujos, que son iguales a los mismos que la niña dibujaba en las paredes, conservé la libreta y durante mi trance pedí que la registraran, pero no entendían que estaba en mi bolsillo interior del pecho. Esa sugestión no podía ser causada por un residente del infierno, sino, por una sustancia, la misma que me inyecté yo en el brazo derecho, justo en el lugar donde advertí una herida en la niña, dicha sustancia se encontraba en la escena del crimen recibía el nombre de NRX, una irrisoria cantidad que a mí apenas consiguió provocarme un efecto pasajero, estoy seguro que los días marcados en la agenda, son los días en que Elías inyectaba a la niña y le mostraba las imágenes que temía, sometiéndola a rituales que sólo la estimulaban más de la cuenta. El crimen del padre Elías fue provocado por una niña exaltada por una sobredosis de droga, así como estuvo cerca el padre Portilla de morir también, gracias a mi compinche que entendió mis súplicas es que no está con San Pedro, pero el verdadero crimen del padre Elías fue experimentar con esta niña que debería curarse en unos días. Una cosa más, la sustancia, estoy seguro de que proviene del principio activo de la flor Deturaferox, plantadas por el padre en el jardín del monasterio. Pueden ver las plantas desde la ventana. Es una neurotoxina que provoca delirios y alucinaciones que, aunadas a una sugestión en cuanto a lo religioso, creó una paranoia en la mente de la jovencita, poniéndose eufórica cada que un exorcismo era llevado a cabo. No podemos juzgar a Clara, pues ella fue víctima de un cruel crimen, aunque haya matado al padre, no lo recordará. Pero de todo esto queda sólo una pregunta: ¿cuál fue el motivo del padre Elías para cometer semejante crueldad? Quizá la frase con la que culminó su *magnus opus* en la libreta pueda darnos una pista. «La ciencia abrirá las puertas del cielo».

Y con ello, mi amigo cerró el caso, registrándolo como «muerte durante un exorcismo», no obstante, no creía que estuviera en realidad cerrado. Todavía quedaba alguien suelto.

LA GAPILLA DE SAN ELIAS

Julio César Aguilar

MÉXICO

La primera vez que el padre Ramírez escuchó aquel nombre, sintió que el aire de la sacristía se espesaba, como si el polvo olvidado de siglos le pesara en los pulmones. «San Elías», dijo la joven con voz apagada, y sus ojos, de un gris deslavado, parecían mirar más allá de la piedra húmeda. «Mi hermano no duerme desde que entró allí», añadió.

Era una capilla abandonada en la ladera norte del valle, cerrada desde los años de la guerra. Los habitantes del pueblo repetían historias de luces azules y sombras que se movían sin origen, de un cántico que se oía cuando el viento cruzaba sus muros rotos. Pero lo que aquella mujer describía no era solo miedo: era posesión.

El padre Ramírez dudaba. Hacía veinte años que no practicaba un exorcismo. Desde el último, cuando la muchacha de Monteripa murió entre sus manos con los ojos blancos y la lengua convertida en una cruz de músculo, había jurado no volver a invocar el ritual. Aun así, algo en el temblor de la mujer lo convenció.

Esa misma tarde, subió a la colina con el breviario negro y una linterna de carburo.

A medida que ascendía, la neblina se espesaba. El sendero estaba cubierto de hojas podridas y huesos de pájaro. El templo emergió como un cadáver entre árboles desnudos. El campanario se mantenía en pie, inclinado, con la cruz oxidada como una herida abierta en el cielo.

El padre empujó la puerta. Crujió como madera húmeda. Dentro, el aire olía a cera rancia y a algo más, un hedor leve pero persistente, como de carne quemada.

En un rincón, el muchacho —el hermano— estaba atado a una silla. Sus labios estaban resecos y su cabello, empapado en sudor, le cubría los ojos. Respiraba acelerado, con un silbido que parecía el graznido de un cuervo.

—Se llama Tomás —susurró la hermana desde la puerta—. No me deja acercarme. Dice que el que habla por su boca me matará.

El padre se arrodilló frente al muchacho. Sentía la presencia de algo invisible que rondaba la nave: un frío que no provenía del viento.

Recitó una oración breve y lanzó unas gotas de agua bendita. Tomás se rio. No con voz humana, sino con un sonido grave y antiguo, como si la piedra misma de la capilla hablara.

—Esto no servirá, sacerdote —dijo el cuerpo—. Él ya no está aquí.

El eco de esa frase pareció quedarse suspendido en el aire. El sacerdote abrió el libro y empezó el exorcismo según el rito romano. Pero a medida que pronunciaba los versículos, la voz del muchacho iba deformándose en una letanía paralela. Las palabras en latín se mezclaban con sílabas ininteligibles.

La linterna titiló. Sombras movedizas cruzaron las paredes, aunque no había nadie más. La hermana salió presurosa, aterrada, y el padre sintió que lo abandonaba toda ayuda humana.

Continuó el rezo, ahora de rodillas, hasta que el muchacho gritó con tanta fuerza que el aire se quebró. Su boca se abrió más de lo posible, y una neblina oscura, casi líquida, salió de su garganta. Era una forma sin contorno, pero con movimiento propio, como humo que respirara.

El padre levantó la cruz. Su voz temblaba.

—Por la sangre del Cordero, te ordeno que salgas de esta criatura.

El humo retrocedió, luego avanzó de nuevo, envolviéndolo. El sacerdote sintió que sus rodillas se hundían en la piedra húmeda, como si lo tragara la tierra. Una voz, esta vez dentro de su cabeza, habló con calma.

—Tú me llamaste hace años. ¿Ya me olvidaste?

El corazón del padre se detuvo un instante. Recordó a la joven de Monteripa, su rostro retorcido al morir. Recordó cómo aquella vez el demonio, antes de irse, había pronunciado su nombre. Era el mismo.

El fuego de la linterna se extinguió. Solo quedaba una luz azulada en lo alto, que no tenía origen ni sombra. Todo se volvió silencio, excepto la respiración del padre, cada vez más rápida.

Entonces, una carcajada profunda resonó en el techo. De entre las grietas comenzó a filtrarse agua negra. Goteaba sobre el altar y dibujaba símbolos semejantes a letras. El sacerdote comprendió que aquel lugar no había sido clausurado, sino sellado.

El exorcismo debía hacerse allí, donde el mal había nacido. Por eso la criatura lo había atraído.

Permaneció firme, al tiempo que sujetaba la cruz con ambas manos. Rezó de nuevo y entrecortaba las palabras. De pronto, el muchacho gritó:

—No soy yo quien teme, padre. ¡Es usted!

El cuerpo empezó a temblar de manera violenta hasta que las cuerdas se rompieron. Cayó al suelo y se arrastró hacia él, moviéndose con una agilidad de insecto. El sacerdote retrocedió,

tropezó y cayó de espaldas. Sintió que algo helado le tocaba el cuello.

—¿Por qué volviste a hablarme? —susurró la voz.

El padre comprendió que el demonio no buscaba al joven, sino a él. El exorcismo anterior había quedado incompleto.

A duras penas, murmuró las palabras finales del rito. Las pronunció mientras el suelo temblaba y la campana oxidada, en lo alto, comenzó a sonar sola. Con cada tintineo, el espíritu rugía, y su densidad disminuía, volviéndose un humo translúcido.

El padre gritó la última línea del rito.

Una fuerza invisible lo lanzó contra la pared. Todo se volvió blanco.

Cuando abrió los ojos, la capilla estaba en silencio. La luz de la mañana se filtraba por un boquete del techo. Tomás yacía en el suelo, dormido, con una expresión de paz. La hermana había vuelto y lloraba sobre él.

El padre Ramírez intentó ponerse de pie, pero algo en su pecho dolía. Miró su sotana: estaba cubierta de ceniza. Y en el suelo, a su alrededor, había marcas negras en forma de manos que parecían salir, no entrar, del cuerpo.

Aun así, sonrió de con debilidad. El exorcismo había concluido.

Cuando descendió al valle, nadie lo esperaba. La niebla se había disipado. El sol parecía nuevo. Pero a medida que caminaba, notó que las sombras de los árboles se movían con él, como si lo siguieran.

Esa noche, sentado en su habitación, abrió su breviario y encontró algo entre las páginas: una pluma negra, húmeda, que no recordaba haber guardado. La sostuvo entre los dedos y escuchó, muy lejos, el sonido de una campana.

Pensó que era el viento, hasta que la pluma se movió, como si respirara.

La dejó sobre el escritorio y empezó a rezar. Pero las palabras ya no le salían. Su voz se quebraba, y cada sílaba parecía responderle desde el rincón más oscuro del cuarto.

La campana volvió a sonar, más cerca ahora.

En el espejo de la pared vio su reflejo, aunque no se movía al ritmo de su cuerpo. El reflejo sonreía.

Entonces comprendió que lo que había salido del muchacho no había desaparecido. Solo había cambiado de casa.

La pluma tembló, y del tintero brotó un hilo de tinta que comenzó a escribir solo sobre el escritorio:

«Al final, me diste tu voz».

El padre Ramírez intentó gritar, pero de su boca no salió sonido. Tomó la cruz, pero esta se volvió líquida en su mano. El aire se tornó espeso, y el reflejo del espejo susurró su nombre una vez más.

Esa fue la última noche que alguien lo vio.

Semanas después, la capilla de San Elías volvió a cerrarse. En el altar, entre los escombros, los aldeanos hallaron un breviario abierto y una pluma negra que aún goteaba tinta. En la pared del fondo, escrito con la misma sustancia, un mensaje:

«Lo que se exorciza no se expulsa. Se transfiere».

Cada vez que el viento baja por el valle, algunos dicen escuchar una voz que reza, cansada y furiosa, que no pide perdón ni salvación, sino silencio.

JACINTO EN EL INFIERNO

Francisco Javier de la Fuente

MÉXICO

Doña Conchita caminaba apresurada por las lodosas calles del ranchito del Mezquite en Nuevo León. La tarde ya decaía en colores grises y naranjas; para anticipar otra oscura noche sin luna, acudía al llamado de su comadre Asunción, que le había pedido ayudar a su ahijado Jacinto, mientras saltaba piedras y lodo. Casi al llegar empezó a recordar todo lo que le había contado sobre él, y los últimos acontecimientos a su alrededor. Ese niño vivaz solía meterse en muchos problemas por su carácter travieso y aventurero.

Siempre corría entre las milpas y las nopaleras, para cazar ratones o buscar perritos de las praderas, solía alejarse más allá del estanque de agua y meterse entre los cerros; a veces con un grupo ruidoso de amigos o en ocasiones solo. Regresaba al anochecer con el morral cargado de piedritas extrañas, semillas, caracoles... Todo lo que llamaba su atención lo coleccionaba en repisas que él mismo había puesto en el jacal donde vivía con su madre.

Aquella noche Jacinto regresó ya tarde. Su mamá lo esperaba preocupada.

—¿Dónde has estado?! ¡Me tenías con el Jesús en la boca, chamaco! —incredó enojada su madre.

—Perdón, se me hizo un poco tarde. Exploraba la cueva que te conté el otro día y se me fue el tiempo.

—¿Tú solo? Te dije que no lo hicieras, Jacinto. Puede ser peligroso, ¡que te vaya a salir un animal!

—Sí, mamá, perdón. Ya no vuelvo a ir. Me voy a dormir, estoy cansado.

—¿No piensas cenar? Te dejé frijoles con nopalitos.

—No, mamá, gracias. Tengo mucho sueño. Buenas noches.

El pequeño se dirigió a su camastro en el mismo cuarto que compartía con su madre, solo separados por una cortina cosida de retazos de telas viejas. Allí, a su lado, las repisas con su colección de objetos. Se sentó en el lecho y sacó de su morral una pequeña estatuilla de barro que representaba una figura humana sin rostro. La había encontrado en la cueva, y sintió de inmediato una gran fascinación por ella. A esta no la pondría con los otros objetos; esta pieza era especial. La envolvió en una hoja arrancada de su cuaderno y la ocultó bajo la cama. Se recostó y de inmediato cayó en un profundo sueño.

A partir de esa noche todo empezó a cambiar. El niño se volvió retraído, callado, con una expresión en su rostro como de sabiduría, pero con un dejo de angustia que resultaba indescifrable para quienes lo conocían. A veces se le veía caminar por los solares del ranchito y, de un momento a otro, de manera inexplicable, ya andaba por la orilla del estanque, como si desapareciera y apareciera en otro sitio.

Se portaba obediente y tranquilo con su madre. Entonces, un día ocurrió el primer milagro. Fue en la casa de don Remigio, cuando esta se incendió por una veladora que dejó prendida. Los vecinos lo sacaron con quemaduras graves y, por su avanzada edad, temieron lo peor. Entonces apareció Jacinto a toda prisa. El solitario don Remigio había sido muy bueno con él desde que era muy chico: lo dejaba cortar tunas de su nopalera y le contaba historias mientras el niño comía una tras otra, hasta que el viejo le decía:

—Ya, Jacinto, deja de comer tantas tunas o te vas a tapar.

Ese día el pequeño parecía ser el más calmado de todos. Llegó, abrazó a su amigo, lo besó en la frente... y él despertó. Todos vieron entonces cómo sus quemaduras desaparecían como si jamás hubieran existido.

—¡Es un milagro, es un milagro! —exclamaron consternados.

La voz se corrió de inmediato por los ranchos y poblados vecinos: en el Mezquite había un niño milagroso, el niño que había salvado a don Remigio de una muerte segura. Y no solo lo había curado; ahora gozaba de una excelente salud. Salía muy temprano a pastorear sus chivas con la agilidad y la energía de un hombre de treinta años, y él ya tenía setenta.

Como era de esperarse, mucha gente empezó a buscar a Jacinto para que los curara. Aunque a su madre no le agradaba mucho la situación, los dejaba pasar. Y fue así como curó a un niño de asma, a doña Gregoria de sus reumas; Hipólito el panadero se olvidó de sus cataratas; incluso un muchacho que trajeron desde el rancho de Navidad, y que había sido atacado por la polio, volvió a caminar con normalidad.

Asunción, sin asimilar muy bien lo que ocurría, aceptaba los humildes regalos que la gente le daba en pago por el milagro recibido: una chiva, quesos, una gallina ponedora, un ato de leña... Lo que podían. Algunos eran tan pobres que solo besaban las manos de Jacinto y se iban agradecidos. Pero un día todo cambió.

Un olor a flores muy penetrante se empezó a sentir en el jacal. Por las noches, Asunción escuchaba al niño platicar en voz baja con alguien, pero cuando apartaba la cortina, este dormía de manera profunda. Después, el aroma floral fue sustituido por olor a podredumbre, y las voces nocturnas, por repentinas risotadas que producían espanto.

Hasta esa noche en que su madre, al apartar otra vez la cortina, lo encontró sentado mirándola de forma fija con ojos muy abiertos. Sostenía la figura de barro entre sus manos y su expresión era fría y ausente, como si su mirada traspasara a su mamá para ver algo o a alguien detrás de ella.

—Jacinto, Jacinto, ¡¿qué tienes, hijo mío?! —preguntó angustiada.

Un grito de espanto escapó de Asunción al ver salir una cucaracha de la nariz del niño. La mujer salió presurosa y no pudo volver a entrar en la precaria vivienda. Pasó la noche sentada afuera, mientras oía las voces y carcajadas que salían de ella. Permaneció allí la mañana siguiente sin atreverse a entrar, congelada de miedo y sin saber qué hacer. Al final, ya avanzada la tarde, decidió buscar ayuda y se presentó en la casa vecina más cercana.

—Felipa, por favor dígame a su chamaquito que vaya a buscar a mi comadre Concha. ¡Que a su ahijado se le ha metido el diablo! ¡Que le diga que corra a ayudarme; solo ella puede! Ella sabe de nahuales y esas cosas.

En todo esto pensaba doña Conchita de camino para ver a su comadre. Ella en efecto sabía de yerbas, limpias, males de ojo y curaciones. Pero sacar un diablo, ¡eso era harina de otro costal! Aun así, no podía dejar sola a la comadre y menos a su ahijado, ese niño tan bueno.

Al estar frente a la puerta, tragó saliva y la abrió... Lo que encontró jamás pudo haberlo imaginado, y nunca lo olvidaría. El interior de la casa estaba helado; su comadre, de rodillas, lloraba, gritaba y sin poder apartar la vista de Jacinto, que en medio de la habitación flotaba en el aire con los brazos en cruz. Voces incomprensibles se escuchaban a la par de risas y gritos de agonía, sin saberse su procedencia.

—¡Santa madre de Dios! ¿Qué es esto, comadre?

—¡Ayúdelo, comadre, Ayúdelo por favor! —respondió Asunción con esperanza.

—Y ahora ¿qué hago? —murmuró para sí doña Conchita.

Al recobrar un poco la compostura, pudo notar entonces la estatuilla de barro que flotaba sobre la cabeza de Jacinto.

—Allí estás, demonio, ya te vi...

Tomó su morral, sacó una imagen de san Benito, la besó y la colocó en el piso junto a un atado de ruda y otro de romero. Mientras sostenía en sus manos un crucifijo y un frasco con agua bendita, se posicionó frente al niño, que seguía en el aire con la vista en la nada.

—Señor, ayúdame. ¡Demonio, dime quién eres! En el nombre de Cristo Jesús, ¡di cómo te llamas! Por su sangre poderosa yo te conmino: ¡Revélate!, ¡revélate!

En el momento de invocar al Hijo de Dios cesaron las voces y las risas. En un silencio repentino, como si el tiempo se paralizara, Asunción y Conchita se miraron con estupor sin entender bien lo ocurrido. El cuerpo de Jacinto seguía inmóvil y aún suspendido en el aire. Entonces, esa voz de ultratumba, ronca y ajena a la del niño, les heló aún más la sangre.

—Yo soy Yohualtzin, el espíritu de la noche, mensajero de las regiones oscuras y guardián de los lugares sagrados. Y este niño ahora es mío.

—Yohualtzin... Yo te conozco. ¡Suéltalo, engendro! No te pertenece. ¿Por qué lo tomas como tuyo? —increpó doña Conchita al demonio.

—¡Ahora es mío! Profanó un lugar sagrado en el que ningún mortal debió poner un pie, y tiene su castigo.

—¡Devuélvemelo! ¡Déjame hablar con mi hijo, por favor! —intervino Asunción.

—Ja ja ja... Sí, puedo concederte eso...

El cuerpo de Jacinto exhaló un hondo suspiro y sus ojos parecieron recobrar el brillo vital.

—Mamá, mamá, ¿dónde estás? Quiero irme de aquí, quiero volver a casa. Llévame a casa... —pidió Jacinto con voz débil.

—¡Hijo, aquí estoy!

—¡Dónde, mamá, dónde! No puedo verte.

—Enfrente tuyo, hijo. ¿No me ves? ¿Dónde estás tú? —preguntó la angustiada mujer sin imaginar la respuesta.

—Estoy... estoy en el infierno, mamá. ¡Estoy en el infierno! ¡Y me quemo! ¡Ayúdame!

El corazón de Asunción pareció congelarse en su pecho al escuchar esas palabras.

—¡Hijo! ¡Comadre, haga algo!

Sin pensarlo mucho, doña Concha destapó de inmediato el agua bendita para rociarla sobre el cuerpo de Jacinto, y salpicó también la estatuilla de barro, mientras invocaba la ayuda de Dios.

—¡Vete, maldito demonio! ¡Libera al inocente!

Un rugido como de león herido, seguido de una carcajada perversa, fue la respuesta. Todo sucedió con rapidez: entre gritos demoniacos, el cuerpo de Jacinto cayó al piso y el ídolo de barro, que aún permanecía en el aire, explotó en un estruendo, deshaciéndose en mil pedazos. Mientras Asunción se arrojaba sobre el cuerpo del niño, la comadre Conchita, al punto del desmayo, con piernas temblorosas miró impávida la escena sin dar crédito a lo ocurrido, para al fin caer también de rodillas.

Jacinto yacía inerte con los ojos abiertos y sin responder a los llamados angustiados de su madre, que intentaba hacerlo reaccionar de manera infructuosa.

—¡Jacinto, qué tienes! Comadre, revíselo por favor. Dígame qué tiene mi niño.

—Espérese, comadre, déjeme ver... Parece estar bien, respira, pero no reacciona, no responde. Mire, lo pellizco y no hace nada. —La verdad le llegó a la mente como agua helada.

—¡Ay, no!...

El corazón de Asunción pareció detenerse ante la angustia. Doña Conchita hizo los últimos intentos por lograr que Jacinto reaccionara, pero el niño solo miraba a la nada.

—Comadre, tienes que ser fuerte... Tu hijo está vivo, su cuerpo vive, pero... no tiene alma. Jacinto sigue en el infierno.

Asunción entonces se desvaneció, incapaz de soportar más.

Se dice que el niño vivió un par de semanas en ese estado. Lo llevaron a un centro de salud en la ciudad de Saltillo, donde se consumió hasta apagarse de manera definitiva. Y en el cementerio del rancho, allí tras la lomita, un par de tumbas —la de Jacinto y la de Asunción— quedaron como mudos testimonios de esta historia.

EL CORAZÓN DE LAROK

Francisco Araya Pizarro

CHILE

Nadie sabía con exactitud por qué Larok había sido abandonado. Los archivos decían que la colonia original fracasó por causas ambientales; rumores más antiguos aseguraban que algo en el aire devoraba la cordura humana. Pero cuando Lyta Santorini recibió la autorización para aterrizar allí, sospechó que la verdad debía ser mucho más oscura. Las autoridades evitaban el tema con una insistencia enfermiza, y nadie respondía con claridad porque aquel planeta, antaño prometedor, se había convertido en espacio prohibido. Lyta no viajaba sola. El androide K-47, conocido como Rhom, era su acompañante asignado. Tenía un semblante inquietante para ser una máquina: su rostro sin facciones aparentes cambiaba de forma ligera según los campos electromagnéticos circundantes, como si reaccionara con expresiones fantasmales. Algunos técnicos decían que estaba defectuoso; otros, que era el dispositivo perfecto para un mundo plagado de interferencias anómalas. Cuando la nave descendió sobre la superficie, Larok mostró su carácter de inmediato. Tormentas rojizas golpeaban la cabina con electricidad en forma de filamentos lumínicos, serpientes de cobre en el cielo. El suelo vibraba como si algo enorme respirara debajo. No era una metáfora: Lyta sintió el pulso en la planta de los pies.

—Este planeta late —susurró, como si temiera que algo pudiera escucharla.

—Emite una señal rítmica —corrigió Rhom—, pero no tiene origen definido. No es tectónico. No es mecánico. No es vida conocida.

Lyta tragó saliva. No era la primera vez que sentía miedo, pero nunca había experimentado un temor tan... antiguo. Los primeros pasos en Larok parecían caminar sobre el borde de un templo derrumbado. La atmósfera densa distorsionaba los sonidos. A veces, las voces parecían ahogarse en su propia garganta. Otras, se amplificaban con un eco que no debería existir en un valle abierto.

Y entonces, el cielo se rasgó con una bandada de aves oscuras.

Cientos, quizá miles. Negras como un eclipse y con un destello rojo intenso en el pecho, tan brillante que parecía sangre recién abierta. Descendieron en una formación en espiral, como si respondieran a un llamado invisible bajo la tierra. No graznaban. No emitían sonido. Pero cuando batían las alas, el aire cambiaba de color.

—Loikares —murmuró Lyta, sacaba su visor—. La leyenda decía que custodiaban el corazón del mundo.

—Registro un patrón —advirtió Rhom—. No es luz. Es un lenguaje.

Lyta nunca alcanzó a procesar la frase, porque entonces lo vio: entre todas las aves, una se movía distinta. Su pecho no solo brillaba; ardía. Su fulgor rojo se intensificaba y disminuía como el latido de un corazón gigantesco.

La criatura se posó frente a ellos. No tenía miedo. No tenía prisa.

Y Lyta, de pronto, escuchó una voz dentro de su mente:

«Vuelve».

No fue una palabra. Fue una intrusión.

Lyta cayó de rodillas, respiraba como si alguien le hubiera arrancado el aire.

Rhom levantó su cabeza metálica, bastante perturbado.

—He detectado... ondas dentro de tu cerebro. Como si algo hubiese... abierto una puerta.

Lyta miró a la criatura. El fulgor rojo pulsaba como si respondiera a su respiración. Y por un instante, vio un destello más profundo: una ciudad enterrada, esqueletos clavados en el suelo como raíces humanas, y sobre ellos, una bandada de aves rojas que suspiraban en el aire, inmóviles, observándolo todo.

No era una visión. Era memoria. Y no era suya.

—Quiere que lo sigamos —dijo Rhom, con un tono que parecía humano a pesar de no tener garganta.

La Loikar Roja —así la llamó Lyta— se internó entre las grietas del terreno. El aire se volvió más pesado, como si la atmósfera se espesara con cada metro descendido. La luz no llegaba desde arriba, sino de abajo, producto de una fosforescencia rojiza proveniente de la roca. A cada paso, la sensación era peor. Como si el aire los observara. Como si algo bajo la tierra hubiera despertado al sentirlos llegar.

—Las señales son intensas aquí —dijo Rhom, al inclinar la cabeza—. Algo emite un pulso de baja frecuencia, pero no parece natural.

—Quizás sea lo que destruyó la colonia original —propuso Lyta.

—Quizás —respondió Rhom—. O quizás la colonia intentó destruirlo y fracasó.

Mientras bajaban, Lyta sintió que cada respiración la acercaba a una verdad que no quería descubrir. La grieta al final se abrió en una caverna gigantesca. La Loikar Roja se posó sobre una columna derrumbada. A su alrededor, cientos de restos humanos estaban dispuestos como si hubieran caído en un ritual perverso. Algunos cuerpos tenían las manos puestas para cubrir el pecho, como si hubieran intentado impedir que algo escapara de su interior. Otros tenían el tórax abierto desde adentro. Lyta sintió cómo se le helaba el estómago.

—No murieron por asfixia. Ni por radiación. Ni por hambre —diagnosticó Rhom, arrodillándose frente a un esqueleto—. Sus corazones fueron... desintegrados desde el interior. Como si una fuerza hubiera... aspirado su pulso vital.

Lyta se acercó a la Loikar Roja. Ella sabía que la criatura quería mostrarle algo. Y cuando su mirada se cruzó con el fulgor del ave, sintió otra intrusión: Un sacerdote vestido con traje presurizado rezaba sobre una máquina metálica. Detrás de él, las aves formaban un círculo. El cura gritaba, suplicaba a una fuerza invisible que dejara de latir. Luego, silencio.

Y el sacerdote abrió su propio pecho con las manos. Lyta gritó y la visión se rompió.

—Lo que viste no fue recuerdo humano —dijo Rhom—. Fue... un residuo. Como un eco espiritual atrapado en ondas electromagnéticas.

Lyta no creyó en espíritus. Pero aquel lugar olía a ritual antiguo, a exorcismo fallido. Y la máquina que se alzaba en el centro de la caverna —un artefacto esférico, abierto como una flor de metal oxidado— parecía un altar profano.

—¿Qué es eso? —preguntó Lyta, incapaz de apartar la mirada.

—Un generador biotemporal —contestó Rhom—. Busca sincronizar la vida con la vibración del planeta. La colonia quiso controlarlo.

—Y las aves... —Lyta comprendió, aterrada—. Las aves impidieron que lo hicieran.

Rhom asintió.

—Son antenas vivientes. Conductoras de la vibración planetaria. Lo que aquí intentaron fue un exorcismo tecnológico. Y fracasaron.

La Loikar Roja aseguró, no fue sonido. Fue un golpe dentro del pecho de Lyta.

El canto de la Loikar Roja activó algo en la máquina. Luz rojiza se expandió por los paneles metálicos, como venas encendiéndose después de siglos dormidas. Rhom retrocedió de inmediato.

—No deberíamos estar aquí —advirtió—. Ese dispositivo está... vivo.

Lyta sintió que la caverna respiraba. La luz roja palpitaba como si fuera sangre que circulaba. Y las demás aves comenzaron a acercarse, cada una con su pechera roja que latía al unísono.

—Lyta —murmuró Rhom—. Esta configuración no es natural. Realizas un... rito. No puedo explicarlo de otra manera.

Lyta retrocedió, pero era tarde. El aire a su alrededor se volvió espeso, casi sólido. Sintió cómo algo invisible intentaba hundirse en su pecho. Un latido que no era suyo golpeó su corazón. La Loikar Roja se volvió hacia ella.

—Entrégate.

Lyta cayó al suelo y se convulsionó. Sintió como si manos invisibles buscaran abrir su tórax desde adentro. Sus arterias ardían. El calor subía por su cuello. Y entre las sombras, vio al sacerdote muerto levantarse de su tumba de huesos. No era en realidad él; era un residuo atrapado en la memoria del planeta. Pero su rostro deformado por el espanto la observaba con una mezcla de súplica y condena.

—¡Lyta! —gritó Rhom.

La Loikar Roja avanzó hacia ella. Cada latido era un golpe de martillo dentro de la mente de Lyta. Cada pulso, una orden.

—Somos el corazón. Tú, la llave. Abre.

Lyta sintió que su corazón estaba a punto de explotar.

—¡No! —forzó y apretó los dientes—. ¡No soy su sacerdotisa!

La onda se quebró. La Loikar Roja emitió un chillido y sus plumas brillaron de forma peligrosa, como brasas al viento. Rhom se interpuso y lanzó un pulso electromagnético que desestabilizó la atmósfera de la caverna. El ritual se interrumpió.

—No volveremos a entrar ahí —jadeó Lyta, levantándose con dificultad—. Lo que habita esa máquina no debe despertar nunca más.

Pero el destino no les dio descanso.

Algo más los había detectado.

Horas después, una señal remota activada de manera accidental por la máquina alcanzó el espacio. Y en el cielo rojizo,

apareció una nave enorme, negra, con las insignias del Archivo Gris, una organización que Lyta creía disuelta.

—Nos siguieron —murmuró—. O estaban esperando que alguien cometiera el mismo error que la primera colonia.

Rhom analizó la nave.

—Han desplegado unidades de captura. Buscan a la Loikar Roja.

Drones descendieron como langostas metálicas. Las aves loicares comenzaron a gritar —esta vez sí, a gritar— con un sonido tan agudo que rompía las rocas. Pero los drones avanzaban igual y lanzaban redes eléctricas.

Una tras otra, las aves caían al suelo y se convulsionaban.

Solo la Loikar Roja permanecía en pie.

Su luz roja ya no era un destello; era un incendio.

—Lyta —advirtió Rhom—. Se ha activado el corazón de Larok.

El cielo se oscureció. El suelo vibró como si algo gigantesco quisiera salir desde las profundidades. La Loikar Roja abrió las alas y emitió un pulso tan intenso que el aire se quebró como vidrio.

Los drones explotaron en pleno vuelo.

La nave del Archivo Gris comenzó a perder estabilidad.

Lyta sintió que el pulso del planeta atravesaba su pecho.

—Nos pide elegir —aseguró, con la voz temblorosa.

Rhom sabía lo que debía hacer. La máquina biotemporal — el supuesto corazón del mundo— tenía una secuencia de liberación que la fusionaría con el planeta y sellaba su energía para siempre. Pero eso significaba aislar para siempre a Larok: ninguna nave podría localizarlo de nuevo.

Un exorcismo a escala planetaria.

—Si activo esto —dijo Rhom—, Larok desaparecerá de los mapas humanos. Será un mundo inaccesible... pero seguro.

Lyta miró a la Loikar Roja. La criatura la miraba también. No había maldad en sus ojos. Solo un peso antiguo, como si cargara con el dolor de siglos.

—Hazlo —susurró.

Rhom activó la secuencia. La máquina rugió. Las aves restantes levantaron vuelo, para formar un remolino rojo que ascendió hacia la superficie.

El pulso final estalló. Un silencio absoluto envolvió el planeta. La nave del Archivo Gris se desintegró, como si nunca hubiera existido.

Lyta cayó al suelo, agotada. Cuando levantó la vista, la Loikar Roja estaba sobre su pecho, mirándola por última vez. Su luz disminuyó... disminuyó...

Y se apagó.

Pasaron los años. Lyta nunca abandonó Larok. No podía. Nadie sabía dónde estaba el planeta ahora, perdido entre los pliegues electromagnéticos que lo protegían. Rhom, con el tiempo, se apagó también. Su energía híbrida no resistió la vibración constante. Lyta vivió sola en una cabaña construida con restos de la nave, frente a un acantilado de cobre que respiraba

con el pulso del mundo. A veces, al caer la noche, veía bandadas de aves negras que cruzaban el cielo, para formar símbolos incomprensibles. Y algunas noches, solo algunas, una pequeña Loikar Roja se posaba en su ventana. No era la misma; ninguna lo era. Pero el brillo en su pecho aún latía igual. El corazón del mundo había sobrevivido. Y también la mujer que lo salvó, atrapada para siempre en el planeta que necesitaba un exorcismo eterno.

UN SACO DE TIERRA

Víctor Hugo Sánchez Sierra

MÉXICO

El Ermitaño era una figura enigmática en pueblo. Lo conocíamos por habitar en una Ermita a orillas del río que badea nuestra pequeña comunidad. Pero ¿quién era aquel hombre?, era un asunto muy diferente, ya que nadie nos atrevíamos a preguntar su nombre.

Su rostro curtido, con cicatrices viejas y barba espesa le daban un aire respetable, hasta temido; sabíamos que trabajaba encomendándose a Dios. ¿Qué cargo tenía en la iglesia? Lo desconocíamos; tan solo sabíamos que se había enfrentado a fantasmas, vampiros y... demonios.

La cruz de plata que colgaba de su cuello y su atuendo rasgado de monje bastaban para que creyéramos en las historias que nos contaba en la taberna de Los Tres Potrillos.

Siempre que llegaba al pueblo, después de alguna misión que le encomendaba la Iglesia, sabíamos que esa noche debíamos reunirnos los hombres en la taberna. No para beber. Sino para escuchar de la última hazaña del Ermitaño.

Si la historia era amena, y omitíamos ciertas partes, se la contábamos a nuestras esposas e hijos. Pero si el tema era más lúgubre, la reservábamos para nosotros.

¿Cómo sabíamos que la historia era real? Sencillo: el Ermitaño siempre nos enseñaba un objeto que confirmaba su travesía, a veces se trataba de una alhaja, una daga o un trozo de tela.

Nos lo entregaba al inicio de su historia y lo pasábamos de mano en mano. Al final del relato, se lo devolvíamos. Lo que hacía

con aquella pieza era un completo misterio. Nos gustaba imaginar que lo destruía o lo enviaba al Papado. Lo cierto es que, como muchas otras cosas, no nos atrevíamos a preguntarle.

Entre esas reglas, estaba prohibido que interrumpiéramos su relato, que bebiéramos mientras él hablaba y que rezáramos antes y después de la historia. Como un escudo ante lo que descubríamos del Mundo Oscuro. Recuerdo que fue a finales de noviembre del año 1240 de Nuestro Señor, cuando regresó el Ermitaño con un semblante doliente. Sabíamos que había triunfado en su cruzada ya que regresaba con vida. Pero al parecer, esta historia no la compartiríamos con nuestras familias.

El Ermitaño llegó a su pequeña morada. Desmontó de su caballo y se hincó ante el río. Para mojarse el rostro y beber un poco de agua. También aprovechó para llorar.

Por la tarde nos encontrábamos en Los Tres Potrillos esperábamos a que llegara para contarnos su hazaña. Esta vez tardó más de lo habitual, lo que sembraba en todos un aire de temor.

Poco después del ocaso, la puerta de roble se abrió y entró el Ermitaño con buen semblante; aunque por dentro estaba abatido.

Sin decir palabra alguna, el tabernero le entregó un tarro de cerveza y puerco con pan. El Ermitaño sólo asintió y le entregó un pequeño saco.

El tabernero lo abrió con miedo y respeto. Sabía que tenía en sus manos un objeto valioso y tétrico.

—Es un saco de tierra —Admitió con cierto temor.

—Tierra de un sepulcro —Soltó el Ermitaño. Se incorporó y recitamos juntos un Padre Nuestro. Después, se sentó y comenzó su relato mientras el tabernero nos mostraba el bulto.

—El Padre Armando me mandó llamar a Villa Dorada. Un caso urgente de exorcismo para atender.

»Cuando llegué, el Padre me atendió y explicó que un par de saqueadores de tumbas habían encontrado en un cementerio local, los restos de una lápida escrita en algún lenguaje ya olvidado por el hombre. Tal vez vikingos, o incluso druidas que hubieran tallado aquella lápida. Lo cierto es que no les importó. Para ellos sólo intensificaba más sus deseos de encontrar alguna ofrenda funeraria de valor.

»Con gran esfuerzo, removieron la losa y un nauseabundo hedor los asaltó. Como si mil cuerpos en putrefacción fueran desenterrados. Esperaron un considerable tiempo hasta que el hedor se disipó. Una vez que el aroma fue tolerable, se aventuraron al interior de la tumba. En él sólo encontraron un esqueleto en alguna extraña posición antinatural de entierro —Hizo silencio para comprobar que todos escuchábamos—. Se preguntarán si el pobre desgraciado fue enterrado vivo... y tienen razón.

»En un dedo del esqueleto encontraron un curioso anillo de metal negro con una inscripción imposible de leer. Era lo único que había en aquel maldito sitio. Uno de los saqueadores, Juan, dudó en robarlo. Pero Luis, su amigo, lo vio como el mejor tesoro que jamás hubiera imaginado.

»Regresaron por la noche a sus casas. Y con ellos descendió una espesa y pútrida neblina a Villa Dorada. Aquellos infelices habían llevado consigo a un demonio. Uno poderoso perteneciente a los días antiguos de la humanidad.

»En la noche, Luis contempló aquel anillo. Sabía que lo podría vender a un excelente precio al mismo Rey. El fino trabajo del grabado, el curioso metal... esa pieza lo sacaría de la pobreza. Dudó en probárselo, pero al final sucumbió a la tentación. Lo colocó en su dedo y sintió cómo el anillo lo apresaba. Como si no

quisiera soltarse de su extremidad. De manera inmediata escuchó una voz en su mente que lo felicitaba por su decisión.

»Asustado por esa reacción, intentó quitarse la infame alhaja, pero aquella entidad apresó aun más su carne. Entonces, al perder toda voluntad que yacía en su cuerpo, fue poseído por el demonio que habitaba en el anillo.

—¿Qué ocurre, Luis? —Le preguntó su amigo. Pero una voz grave, rasposa y oscura contestó en su lugar.

—Luis ya no existe más. ¡Sólo existo yo!

»Al pronunciar su nombre, todas las velas de la pequeña casa se apagaron. Juan se persignó y salió al único lugar que había como refugio: la Santa Iglesia del Padre Armando.

»Juan me dijo que a medida que corría por las calles de Villa Dorada, el cuerpo de su amigo lo perseguía a cuatro patas y hacía ruidos de animal. Mientras avanzaba hacia la Iglesia, las farolas se apagaban y los perros lanzaban alaridos de dolor.

»El pobre hombre corrió tanto como pudo hasta que llegó a las puertas de la Iglesia. Las atravesó y justo cuando se sentía a salvo, sintió una horrible punzada de dolor en su hombro. El cuerpo de Luis lo había mordido en el momento en el que había cruzado el pórtico.

»Juan se giró y sólo vio cómo el cuerpo de Luis se incendiaba hasta convertirse en una pira humeante. El cuerpo en llamas cayó de rodillas y así permaneció hasta que las brasas cesaron. Después, sólo quedó un montículo amorfo de huesos calcinados.

»Pasó una eternidad hasta que el desgraciado de Juan comprendió que, lo que había vivido, no era un sueño. Sino una terrible realidad. Se incorporó y sintió un ardor abrumador en su hombro. Se llevó la mano y sintió una cálida humedad.

—¿Quién se atreve a entrar de esa forma a la casa de Dios?! —Escuchó decir al Padre Armando de entre las sombras.

—Soy Juan, Padre, y se persignó...

»El Padre Armando me dijo que la voz de Juan cambió de manera abrupta a otra que no le pertenecía:

«¡Al fin he logrado entrar a este ridículo santuario!»

El Ermitaño hizo una pausa para contemplar nuestros petrificados rostros. Dejó que estas últimas palabras hicieran eco en nuestra mente y después dio un trago a su cerveza para proseguir:

—Saben que la posesión demoníaca lleva más tiempo si está en un Templo del Señor, así que Juan tuvo intervalos de conciencia en los siguientes días donde pudo narrarle su historia al Padre Armando. Al final del séptimo día llegué yo para realizar el exorcismo pertinente.

»Lo primero que me entregaron fue el anillo. Lo toqué y sentí que me quemaba la piel. Sin duda, todavía había maldad en aquel objeto. Pero no le di mucha importancia. Pasé a la capilla donde tenían amarrado a Juan.

»El pobre hombre, al verme, sonrió agradecido por mi presencia. Pero enseguida su mirada se volvió oscura y con una voz antinatural me empezó a insultar. Yo reí confiado de la fe y voluntad que nuestro Señor ha puesto en mí, así que me persigné y procedí a hacer el exorcismo.

»Los siguientes dos días recé para ahuyentar al demonio. Un exorcismo normal tarda unas cuantas horas. pero este... este era un demonio mayor. En los intervalos de término de rezo, Juan recuperaba su cuerpo y me hablaba. Se disculpaba y arrepentía de lo que había hecho. Al final del tercer día todos estábamos exhaustos. En un breve momento de cordura, Juan me pidió que

lo confesara. Sabía que estaba próximo a perder su vida y quería partir en paz.

»Yo me rehusé. No podía perder ante un ser de las tinieblas. Ustedes saben que nunca me he rendido y que no podía permitir que esta vez un demonio triunfara —El Ermitaño vio su plato de comida, con la mirada perdida en algún punto distante y reconsideró sus palabras—. Admito que he pecado de soberbia por lo que acabo de confesar. Pero ha sido en nombre de un bien mayor. El Padre Armando me pidió que atendiera la súplica de Juan y accedí.

»Cuando el moribundo terminó de confesar y arrepentirse de sus pecados, me pidió una última y aterradora voluntad.

»El Padre Armando y yo dudamos en llevarla a cabo, pero en lo profundo de nuestra alma sabíamos que era la única forma en la que podíamos liberar al mundo de ese demonio. Nos persignamos y con gran pesar, hicimos lo que nuestro torturado amigo nos había pedido: lo amordazamos y llevamos a caballo hasta la fosa abierta donde días antes habían desenterrado a aquel terrible mal.

—¡No! ¡No pueden volver a sepultarme! —Gritó el demonio cuando se dio cuenta de nuestro plan. Forcejeó hasta que al fin pudimos colocarle el anillo en su fría mano.

El Ermitaño hizo un nuevo silencio y bajó la vista. Se secó varias veces las lágrimas y, después de un largo tiempo, con voz entrecortada terminó su relato:

—Enterramos vivo a Juan. Con gran esfuerzo cerramos la lápida y enterramos lo mejor que pudimos la tumba. El Padre Armando y yo no nos atrevimos a cruzar palabra alguna. Escuchábamos gritos en el sepulcro, pero coincidíamos con Juan: si el demonio estaba anclado a su cuerpo, la única forma de detenerlo era sepultándolo otra vez junto con el anillo que, una vez muerto su portador, regresaría al interior del objeto.

La taberna siguió en silencio total. ¡Y yo tenía entre mis manos tierra del sepulcro de un hombre enterrado vivo!

El Ermitaño se levantó y en un susurro recitó un Padre Nuestro. Todos nos unimos al coro y al final de la plegaria nos dijo:

—Benditos aquellos que jamás han conocido a la maldad misma. Y bienaventurados los que viven para hablar de ella.

Amén.

DANI

Maryto

MÉXICO

Las risas y el humo de los cigarrillos invadían el ambiente por igual. Parecía mentira que aquellos jóvenes fueran la próxima generación de médicos.

Un poco apartado de los demás, Gerardo Cuevas observaba fastidiado la escena. Siempre había sido algo retraído; gustaba más de su soledad que de la compañía de los demás. Tal vez por eso le era tan fácil asimilar los conocimientos: era, de hecho, uno de los mejores promedios, justo después del presumido de Javier Durán, a quien su padre todo le ponía en bandeja de plata.

Gerardo tamborileaba los dedos sobre la mesa con impaciencia. Esperaba, por cortesía, que alguno de sus compañeros se retirara primero, para no ser él el aguafiestas, al menos no ese día. Por fin, Selena y Arturo se pusieron de pie, dispuestos a abandonar la convivencia. No es que tuvieran intención de ir a casa, pero salir de la sala de doctores ya contaba.

Gerardo esperó con esfuerzo un minuto más y se levantó de su asiento, despidiéndose de todos. Con paso veloz se dirigió al área de casilleros y comenzó a meter sus cosas en la maleta. Por fin, después de meses sin ver a su familia, podría ir a casa para las vacaciones. Gerardo y sus compañeros hacían su servicio social en aquel hospital en las afueras de la ciudad. Al regresar de las vacaciones, solo les restaban unos meses para terminar y poder tramitar su cédula profesional.

Unas horas después, Gerardo llegaba a su casa. Jesús y Lucía, sus hermanos más pequeños —de 2 y 6 años respectivamente—, corrieron a abrazarlo apenas lo vieron bajar

del taxi. Benjamín, su otro hermano, un adolescente de 16, fue a bajar la maleta de la cajuela. Aún con sus hermanitos en brazos, Gerardo entró en la casa; ahí esperaban su madre, Rocío, y su padrastro, Ricardo.

Entre risas y pláticas, el joven comenzó a sacar cosas de su maleta, pues había llevado regalos para todos. De pronto, al sacar sus uniformes sucios, Jesús abrió asombrado los ojos y se quedó hipnotizado por unos segundos. Enseguida se echó a reír, como si hubiera visto lo más genial del mundo, y aún entre risas se dirigió a la recámara que compartía con su hermana Lucía.

Lo ocurrido les pareció extraño, pero no demasiado para un pequeño de su edad, que lo mismo llora que ríe sin razón aparente.

Más tarde, el silencio reinaba en la casa; todos dormían de manera profunda. De pronto, el sonido de una canción infantil a todo volumen los despertó. Alarmado, Ricardo se dirigió de inmediato a la sala, de donde provenía la música. Sentado en el piso, feliz ante la pantalla de la televisión, se encontraba Jesús.

Rocío, que venía detrás de su esposo, se apresuró a encender la luz y apagar el televisor. El chiquillo, que aún no hablaba mucho, se limitó a demostrar su descontento con patadas y golpes en el piso, mientras repetía:

—No, no, no.

Todos se quedaron extrañados ante el suceso, pues el pequeño aún no sabía encender el aparato. Fue difícil para la familia volver a conciliar el sueño.

Al día siguiente, el control remoto de la televisión no aparecía por ninguna parte. Por más que revolvieron toda la casa, no pudieron hallarlo. Sin embargo, al mediodía, cuando todos estaban en la cocina, la televisión volvió a encenderse a un volumen muy alto, en un canal de dibujos animados.

Esta vez, Jesús estaba con la familia y, divertido, señalaba hacia la sala mientras decía:

—Nene, nene.

Con esfuerzo, Ricardo mantuvo la calma, apagó de nuevo la televisión y guardó el control remoto en la alacena. Al instante, como respuesta, la licuadora se encendió sola.

El resto de la tarde, la familia aún trataba de entender lo ocurrido. El único al que parecía divertirle aquella situación era a Jesús. Pero lo más extraño aún estaba por venir: durante la cena, Lucía, que ya había terminado, pidió permiso para ir a su cuarto a jugar con la muñeca que Gerardo le había regalado. Apenas entró la niña en la habitación, volvió de prisa y gritaba aterrada:

—¡Mamá, mamá, alguien brinca en mi cama!

De inmediato, todos corrieron a ver. En efecto, la cama se hundía en el centro con cierto ritmo, como si alguien saltara sobre ella. Incluso se escuchaba una risa infantil, aunque no se veía a nadie.

Presas del pánico, Ricardo y Rocío decidieron sacar a la familia de la casa, al menos por esa noche.

Al día siguiente, Rocío fue a buscar a una buena amiga de la familia: «nana Julieta», como todos la llamaban de forma cariñosa. Ella era una mujer de cierta edad, medio bruja, psíquica y curandera. Había estudiado muchas cosas a lo largo de su vida.

Julieta revisó la casa centímetro a centímetro, en busca del fantasma que asustaba a sus amigos. Minutos después, con semblante preocupado, salió a hablar con ellos.

—Tú has estado en un hospital, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose a Gerardo.

—Así es —respondió preocupado.

—Ahí hay un niño que todos creen que está enfermo de su mente. Pero no es así: en realidad, el cuerpo de este chiquillo está ocupado por un espíritu maligno. Y ahora, su alma vaga por el hospital, pero ahora se encuentra aquí, en tu casa.

—¿Y qué hacemos al respecto? —preguntó Ricardo, preocupado por el bienestar de su familia.

—Es importante, Gerardo, que empaques todo lo que trajiste, para que este pequeño vuelva contigo al hospital. Y una vez allá, asegúrate de que reciba ayuda para liberarse. Se llama Daniel.

Presuroso, Gerardo cumplió las indicaciones de Julieta. Pero decir y hacer son cosas muy distintas. La parte fácil fue hacer que el espíritu de Daniel volviera al hospital con él. Lo complicado fue convencer al director del hospital de que el niño, recluido desde hacía meses en el ala de psiquiatría, no estaba loco, sino poseído.

Ante la incredulidad del doctor Molina, director del hospital, Gerardo decidió ir con la familia de Daniel. La abuela de este, la señora Úrsula Galán —una mujer muy religiosa—, puso al doctor al tanto de la situación de su nieto: le contó cómo todo había comenzado con un juguete encontrado en una venta de segunda mano, un muñeco del cual Daniel no quería separarse y del que aseguraba que le contaba cosas. También le relató el cambio de personalidad del niño: empezando con rabietas incontrolables hasta llegar a la agresión física contra sus padres, con lamentables resultados.

Desde entonces, el pequeño había sido internado en aquel hospital bajo el diagnóstico de trastorno bipolar. Pues lo mismo tenía explosiones de furia —en las que gritaba groserías y trataba de dañar a quien se acercara— que se sumergía en largos momentos de letargo, con la mirada clavada en la pared.

Doña Úrsula, que siempre había sospechado que algo más estaba pasando, no dudó en respaldar a Gerardo.

Ya con el apoyo de un familiar, al director Molina no le quedó más que otorgarle al caso de Daniel el beneficio de la duda y mandaron llamar a un sacerdote.

Después de una minuciosa revisión, el clérigo determinó que, en efecto, se trataba de un caso de posesión demoníaca. Hicieron falta unos días más para que el exorcismo fuera autorizado, pero finalmente lo lograron.

Para tal efecto, se requería la presencia de un médico que monitoreara el estado de salud del pequeño. Aunque Gerardo insistió mucho en participar, el director Molina designó a Javier Durán para asistir al sacerdote.

Ese día, Javier entró primero en la habitación del niño. Este se encontraba sedado y atado a la cama con fuertes correas en piernas y brazos. Su rostro lucía una extrema palidez, apenas contrastada por las profundas ojeras que rodeaban sus ojos. Los labios, agrietados por la resequedad, y algunos arañazos en sus mejillas —que él mismo se había hecho y que no parecían sanar—

Con mano temblorosa, el doctor colocó los dispositivos que indicarían los signos vitales de Daniel. Enseguida revisó la intravenosa por la cual pasarían más sedantes en caso de necesitarlos.

Sin abrir los ojos, Daniel sonrió de forma macabra. Al notarlo, Javier dio un paso hacia atrás, nervioso.

—Listo —dijo el doctor al sacerdote Gabriel Luna, quien había sido designado para el exorcismo.

En cuanto el padre Gabriel entró en la habitación, Daniel abrió los ojos.

—Vaya —le dijo con una voz gruesa y aterradora—, hasta que por fin viniste.

El sacerdote, experimentado en esos rituales, sabía perfectamente que no debía interactuar con el demonio, así que de inmediato trazó la señal de la cruz sobre sí mismo y luego en el aire hacia Daniel. Acto seguido, comenzó a recitar el ritual del exorcismo.

El niño reía de forma burlona, sin inmutarse en lo más mínimo. Fue entonces cuando el padre sacó una pequeña botella con agua bendita y comenzó a rociarla sobre el poseído. De inmediato, comenzaron a marcarse en su piel heridas que levantaban humo, como si aquel líquido santo le quemara.

Daniel empezó a gritar con una voz ronca que sonaba con eco, mientras se retorció de dolor. De pronto, su cuerpo se tensó y sus ojos se pusieron en blanco. El monitor clínico dejó de emitir su constante pitido para quedarse en un zumbido estático que indicaba la falta de signos vitales.

—¡Tiene un paro cardíaco! —dijo Javier, y corrió a auxiliar al pequeño.

El sacerdote dejó de rociar el agua bendita, pero siguió recitando las plegarias. En cuanto el doctor Durán se acercó a Daniel, este abrió los ojos y, con un grito ensordecedor, lo lanzó contra la pared.

Gerardo, que veía todo desde afuera, decidió entrar a ayudar al notar que su colega había quedado inconsciente y sangraba. Con rapidez, lo sacó de la habitación para que fuera atendido y volvió a apoyar al sacerdote.

Nunca había presenciado un exorcismo, pero desde pequeño había sido educado para creer en un ser supremo y benévolo que, en definitiva, no permitiría que un pequeño siguiera en esa situación. Así que, poniendo toda su fe, comenzó a responder lo mejor que pudo a las plegarias del sacerdote.

Al comienzo, Daniel aún reía, volteando de cuando en cuando a ver a Gerardo, haciendo que el monitor clínico marcara de forma irregular. Pero cuando el doctor Cuevas cerró los ojos, concentrándose en las oraciones, dejó de hacerlo. Entonces, el chico lanzó una especie de gruñido que hizo retumbar la habitación, y se desató un fuerte viento que comenzó a revolver todo a su alrededor.

El padre Gabriel y el doctor Cuevas temblaban de frío sin suspender el exorcismo; no iban a permitir que el demonio ganara. El sacerdote volvió a rociar agua bendita.

—¡El Señor te manda abandonar este cuerpo!

Poco a poco, el viento se calmó. Daniel dejó de reír y, de repente, una gran bocanada de humo negro y pestilente salió de su boca. El pequeño cayó inconsciente; su semblante se veía diferente. Aunque con algunas heridas aún, ya no se veían rastros de maldad en él.

Daniel estuvo en coma un par de días más; su recuperación fue lenta, pero completa.

EL HUESPED

María Balbina López

ESPAÑA

Llego a la casa al caer la tarde. La familia me recibe con miradas que mezclan temor y súplica. No necesitan explicarme nada; sus rostros lo cuentan por sí solos. Me habían llamado porque creían que su hija estaba poseída, aunque mi experiencia me había enseñado que muchas veces el verdadero mal no se encuentra en los cuerpos, sino aquello que se oculta fuera de la vista.

Antes de subir a la habitación de la niña, apoyo la mano en la pared del pasillo. Cierro los ojos. Pienso en los años dedicados a este oficio, en las madrugadas interminables, en los cursos que prometían respuestas y solo dejaron preguntas, en el miedo que fingí no tener en otros exorcismos. Nadie te prepara para el silencio que precede al horror.

La puerta del dormitorio está entreabierta. Un olor agrio, a vomito fermentado, se escapa hacia el pasillo. Al entrar, siento el aire espeso, cargado con la sensación de que alguien me observa.

La niña descansa sobre la cama en una postura rígida. Sus ojos claros me atraviesan. No habla. No lo necesita. Esa expresión fija, cortante, parece conocer mis temores y anticipar cada uno de mis gestos.

Coloco el misal sobre la mesa sin mirarla. Ordeno los objetos con calma, y sigo el ritual aprendido: el crucifijo, el agua bendita, la estola. En este oficio, hasta una mosca puede romper la concentración.

Ella no se mueve. Pero al pronunciar su nombre, levanta apenas los ojos. Ese mínimo gesto basta para helarme la sangre.

Comienzo las oraciones en voz baja, como si cada palabra arrastrara su propio peso. Las frases se desprenden de mis labios y resuenan en la habitación. Ninguna logra disipar el aire viciado que rodea todo el lugar. La quietud es apenas un maldito disfraz.

Entonces ríe. El sonido no corresponde a su edad. No es una risa infantil, sino un gruñido que parece ascender desde un lugar profundo y oscuro. Me detengo. Y por primera vez, escucho la voz: no sale de su boca, sino que se incrusta en mi mente. Se burla de mí, de mis pensamientos.

—Roberto... No hacen falta presentaciones, ¿verdad?

El frío me muerde los huesos. Respiro con calma fingida y continúo el ritual, sin conceder respuesta. La voz insiste. Ya no es un murmullo: es nítida, incisiva. Susurra cosas que nadie debería saber: mis dudas, mis pecados ocultos, las noches en que mi fe tambaleó, los nombres que prefería haber olvidado. Cada oración se quiebra entre mis dientes y revela mi fragilidad.

La familia observa desde el marco de la puerta. Se aferran entre sí, temblorosos, esforzándose por comprender aquello que los supera. Les dedico una sonrisa pobre, un intento torpe de consuelo, pero sé que no basta. El mal no está solo en la niña. Se filtra por las paredes. Las vigas crujen. Algo oscuro rezuma entre las rendijas. La penumbra se mueve... con deliberada intención.

Recito durante un largo rato. Trazo signos de cruz; esparzo agua bendita que se evapora antes de tocar el suelo; sostengo el crucifijo con firmeza. La niña cambia de voz, de postura. Sus movimientos parecen teatrales, se alternan entre fragilidad y violencia contenida. Su respiración se acelera. Y de pronto... se detiene.

La habitación se distorsiona. No sé si es un engaño de mis sentidos o es real. El techo parece descender, las paredes se abren y luego se cierran. La luz parpadea con violencia. El aire vibra a mi alrededor, toda gira en torno a mí.

—Roberto... —susurra otra vez—. Déjate de tonterías. No eres santo. Nunca lo has sido.

La voz me obliga a mirarme. A ver lo que escondí bajo la alfombra de la fe: mis miserias, mi soberbia, mis noches vacías, mis deseos vergonzosos, mis silencios. Un espejo cruel que devuelve solo debilidad.

Quiero gritar que calle, pero apenas emito un susurro. La posesión ya no es física: es un desgaste calculado. Un despojo, una estrategia para quebrar mi voluntad hasta desnudarla.

El clímax se acerca cuando la niña se queda quieta. El silencio se queda atrapado en el aire. De repente, abre los labios y la voz que emerge de la garganta no es suya... tampoco del demonio.

Es la mía.

—Libérame. Después decidiré qué parte te dejo.

El corazón golpea mi pecho. Mi fe vacila. Veo a su familia implorar. El peso de la decisión cae sobre mí como una losa. No puedo retroceder, no ahora. Cada respiración se vuelve una lucha.

Decido actuar. Con un grito que nace del fondo de mis entrañas, ordeno al demonio que abandone ese cuerpo. La cama se sacude con furia. La cruz gira con lentitud, como una brújula desorientada. Un viento helado atraviesa la habitación. La niña grita palabras irreconocibles. De pronto, sus ojos se vuelven opacos. Luego cae al suelo, exhausta. Viva.

Creo que todo ha terminado.

Me acerco.

Entonces sonrío.

Sus pequeñas manos se cierran alrededor de mi cuello con una fuerza descomunal. El aire abandona mis pulmones. Rasguño, pataleo, intento zafarme sin éxito. Una sombra invade mi visión. Justo antes de desmayarme, consigo empujarla, tropiezo y caigo sobre la mesita de noche. El golpe me atraviesa el costado con un dolor punzante. Algo se rompe dentro de mí.

Me levanto con dificultad.

Las risas llenan la habitación. No provienen de un lugar concreto. Rebotan en las paredes, en el techo, en el interior de mi cabeza.

Retomo las oraciones, ahora en voz alta. Mi voz tiembla, pero no se quiebra. Trazo la señal de la cruz sobre su pecho. El cuerpo de la niña se arquea con violencia. La cama se eleva unos centímetros y cae repetidas veces con estrépito.

Pronuncio el mandato con la poca autoridad que me queda. Exijo obediencia.

No ocurre nada.

La carcajada regresa, más cercana, más íntima.

—No basta, Roberto. Nunca bastó.

El demonio no quiere súplicas, ni fórmulas, ni rezos vacíos. Quiere que enfrente aquello que he negado toda mi vida. Me arrodillo. No ante la niña, sino ante lo que siento dentro.

Y confieso. Grito lo que nunca dije. Arranco los velos que cubren mis miserias. Digo el nombre del demonio, el mío, sin sotana, sin máscaras. Cuando me incorporo, me siento más ligero, o quizá es la ilusión exacta que él quiere provocar.

Repito el mandato por tercera vez.

El alarido que brota de la garganta de la niña no parece de este mundo. Las paredes tiemblan. La oscuridad se agita, nos envuelve y luego desaparece.

La niña cae al suelo, libre al fin.

El silencio que sigue no es paz. Es ausencia.

La familia corre hacia ella. La abrazan, lloran, me cogen de las manos para agradecérmelo, aunque apenas siento el contacto. Me apoyo en la pared y dejo que el aire entre en mis pulmones como puede. He vencido, pero algo se ha quedado atrás, o dentro, o sobre mí... no lo sé.

Cuando miro mis manos, descubro un borde oscuro que no estaba antes. No es suciedad. No es sangre. Es... otra cosa. Un contorno apenas visible que insiste en quedarse. El demonio ha huido... y antes de marcharse, me ha señalado, como enemigo. Eso no lo había hecho jamás.

Salgo al exterior bajo la noche cerrada. El frío se cuele bajo mi gabardina y eriza mi piel. La luna llena me observa desde arriba, testigo de lo ocurrido.

Camino hacia el coche. Cada paso me recuerda que mi fe, sigue en pie, aunque marcada por grietas invisibles. La niña está a salvo, su familia también, pero sé que el mal no desaparece: solo cambia de huésped.

Arranco el coche. En el retrovisor, mis manos vuelven a mostrar ese trazo oscuro, y por un instante me parece que se mueve. Parpadeo, no cambia...o quizás sí.

He sobrevivido. Pero algo en mí ha cambiado para siempre.

Mientras avanzo por la carretera desierta, regresan los recuerdos del exorcismo: mi voz imitada por aquella garganta ajena, el frío que mordió mis huesos, la risa perversa que aún vibra en mis oídos. La oscuridad me observa. Desde lejos. Como

si aguardara. Esa bestia puede cruzarse conmigo en cualquier momento.

Aun así, todo ha acabado bien. Podría decir que la batalla terminó, pero sé que para él solo fue un aviso. Un mensaje dejado en mi piel.

La vida sigue, pero ahora tiene un precio. Lo pagaré cada noche, en cada silencio, en cada pensamiento que no controlo por completo.

Continúo la marcha bajo la luna. Conduzco con la certeza de que esto no ha terminado. Me ha marcado. Y el demonio no lo hace por capricho, sino para recordar que volverá.

LA MAIDICIÓN DE MAMÁ ESPE

J. Azeem Amezcua

MÉXICO

Al final, ganó Mamá Esperanza, o eso cree el pueblo respecto a la muerte olor azufre de Don Refugio, un aroma tóxico que se mantuvo por varios días en todo el pueblo. Nadie quiere culpar a sus poco más de noventa años ni a sus problemas de salud, porque él era brujo. Y nadie quiere problemas con su señora.

Desde antes de casarse con Mamá Espe, él era el encargado de proporcionar alivio a enfermedades físicas o espirituales gracias al conocimiento que heredó de su madre y su abuelo, sabiduría que nadie más recibió. Era tan poderoso como oscuro. Aunque fue su esposa, solo él podía cortar de tajo el problema si hubiera querido. Ganó el diablo.

Por las noches, ella bajaba y levitaba hasta el borde del río. Lloraba y se lamentaba, pero también gritaba enfurecida, como si la ira contenida fuera a explotar para acabar con todo el pueblo. Lo más aterrador era cuando se reía, tan ajena a su delicado cuerpo octogenario. Como si más de una persona se carcajeara, o tuviera un altavoz en la garganta.

Provocaba un miedo espectral en los niños; algo veían solo ellos desde su inocencia, pero no tenían valor para decirlo.

Muchos son los hombres que murieron a la luz de la luna —ninguno era inocente— mientras ella pasaba con su canto. Borrachos, irresponsables y, sus favoritos, los mujeriegos. Siempre ahogados, aunque nadie le vio jamás utilizar sus manos. Si algún testigo se atrevía a insinuar algo, era sobre sus ojos tornándose rojos o sus manos que parecían quebrarse en cada hueso mientras señalaba a las víctimas.

Si Don Refugio no lograba detenerla o no intentaba hacerlo, ella entraba a recorrer las pocas calles que componían el pueblo, un rincón de paz y de leyendas junto al Tamasopo. Algo buscaba; su andar no era aleatorio. Olfateaba el aire, que tras su paso hedía.

La maldición de Mamá Espe empezó desde la boda con Don Refugio. No fue católica: se metieron en el bosque para consagrarse a algo más siniestro. Ella era tan joven y virginal, pero regresó con algo distinto que nadie podía identificar, tal vez solo esa independencia a medias de esposa de pueblo. Nadie podía diferenciar si era amada o mera asistente del brujo. No tuvieron hijos, aunque no fue por falta de intentos: aquello que vivía dentro de ella disfrutó todas las noches de juventud de su hombre. Se alimentó de la pasión como si fueran pequeños frutos fáciles de arrancar.

Para otros tantos, la verdad es que la maldición comenzó después, ya con bastantes años de matrimonio. Una tarde nublada, de las pocas que tenía libres, Mamá Espe caminó hasta el río. Pasmada en la orilla, vio a Don Refugio que arrebatava la inocencia de una joven, y exhalaba exceso de lujuria. Conocía cada gesto de su marido; reconoció su entrega carnal.

El río, aunque fluía sin estancarse en el pueblo por ningún motivo, tenía en su agua la misteriosa vibración de algo prehispánico que daba la bendición de los dioses al lugar. El dolor que provocó a Mamá Esperanza generó una grieta espiritual en ella, tanto que todos hablaban de eso por semanas. Desde ese momento, dejó de ser acompañante o asistente de Don Refugio; su papel se tornó demasiado activo.

Cuando las noches eran más frías o más oscuras, el susurro teatral de ella invitaba al toque de queda. Hasta en los muros se podía sentir un ligero cosquilleo, como si presintieran aproximarse el paso de esa entidad. Todos los residentes se encerraban, sin importar que la noche apenas estuviera por comenzar. Los

turistas incrédulos, jóvenes que hasta lo tomaban como reto, eran los menos afortunados.

Si se encontraban con Mamá Espe, abandonaban el pueblo y susurraban palabras en lenguas extrañas, incomprensibles para cualquiera. Como si un poco de lo que cargaba la mujer se fuera con ellos a expandir la oscuridad en el mundo.

Solo un hombre salía de su casona si no tenía otras ocupaciones, como el exceso de alcohol o de lujuria. El brujo recorría con orgullo las calles para intentar demostrar dominio sobre su esposa y, en parte, defender al pueblo. Algunas velas, oraciones católicas pronunciadas en latín y hasta verter un poco de sangre, hasta que Mamá Espe se desvanecía en sus brazos y era devuelta a su prisión. A veces quedaban cicatrices del enfrentamiento en la tierra, que se retorció bajo los pies de la mujer como si quisiera abrirse para regresar al infierno o liberar a sus hermanos.

Don Refugio murió sin tener el perdón de la mujer; tal vez la maldición se hubiera acabado, aunque tampoco él intentó pedirlo. Porque no solo era debilitar su voluntad: era pagar el precio de tantos tratos que tenía pendientes con diferentes entidades.

Una noche en que más había bebido el brujo, quiso demostrar su poder y enseñarle algunos trucos a una joven colombiana que lo cautivó. Sin coincidencias, Mamá Esperanza adelantó su paseo con más ira que de costumbre. Sus gritos enfurecidos entraron en cada casita, cada tienda y hasta el fondo de la capillita.

Se habla del aroma y la presión en el aire que había entre el escándalo de la esposa enfurecida. Fue tanto el rencor que algunas personas salieron a observar el reclamo de la mujer. Entonces, sombras malignas emergieron de la tierra, su objetivo era Don Refugio; sin embargo, aprovechaba la debilidad de las víctimas, varias personas sufrieron las consecuencias. El brujo alcanzó a ver cómo actuaban raro: vomitaban sin parar, se

arañaban la piel con desesperación. Una escena memorable para el pueblo, con testimonios que aún pasa de generación en generación.

El agua del río se contaminó, la cosecha se secó. Surgieron enfermedades extrañas que no discriminaban ni a las mujeres: la piel les cambiaba de color y las venas se resaltaban tanto que parecían dibujar el mismo río. Muchos murieron mientras el rencor ajeno consumía hasta el aire, gritaban palabras que no se entendían, tal vez por ser ajenas al idioma o por el dolor de los pacientes que ni el mismo Don Refugio podía salvar.

El brujo intentó cambiar, pero de su esposa ya no quedaba nada. Solo la ira de un demonio que ya no sentía motivos para contenerse. Durante varias semanas hizo trabajos en diferentes casas, tanto como la energía a su edad se lo permitió. Sin embargo, no fue suficiente: el veneno seguía ahí, amenazaba al pueblo con la extinción, alimentándose lento de cada persona, como si algo se negara a abandonar esos cuerpos enfermos.

Cada noche, a pesar de terminar cansado, intentaba recuperar el alma de Mamá Esperanza. Acudía hasta la capilla del pueblo, donde varios hombres de fe habían logrado capturar a la mujer. Una iglesia sencilla junto al río. Pero el brujo solo recibía burlas y rencor.

Hasta que una noche, de rodillas en la puerta de la capilla, se consagró por completo a otro poder. La mayoría de los que cuentan la historia dicen que, en ese lugar, sacrificó su alma al poder máximo para expiar sus pecados, pero también para liberar al que alguna vez fue el amor de su vida. Unos cuantos aseguran que solo fue a pedirle perdón.

Días después, Don Refugio falleció en su casa. Nadie cree que fue por ser una persona mayor ni que encontró la satisfacción que esperaba. Todos supieron de su última noche con vida porque la risa de Mamá Espe se metió en todas las cabezas: a nadie dejaron dormir las carcajadas continuas hasta que salió el sol.

La muerte que llegó con las sombras terminó. Las enfermedades misteriosas se curaron, el agua recuperó su color, los retoños verdes nacieron en los campos. Fatigados y con la inspiración que da el nuevo día, abrieron las puertas de la capilla para enfrentar al demonio sin importar las consecuencias.

Solo encontraron el cuerpo sin vida de la mujer. Ya no tenía los rasgos distorsionados que asustaban a la gente en las calles; en su rostro anciano solo había paz. Pero los demonios no mueren: cambian de recipiente. Hay algo que se mantiene adherido al río y aún ahoga a los hombres. También se escuchan gritos, lloros y, sobre todo, una risa muy característica y aterradora.

EL HUESPED Y LA ESPECTADORA

Rosa Blanca

MÉXICO

Mis ojos se posaban sobre la enorme tabla de madera color café, donde el alfabeto coexistía con un juego antiguo, cuyo nombre se había perdido entre las sombras de tiempos remotos. Un frío que no provenía del aire se extendía por mis huesos, un frío que susurraba secretos del vacío. Mi corazón saltaba dentro del pecho, quería escapar de las costillas, y aun así, un oscuro deleite me acompañaba en la cercanía de aquel limbo donde lo desconocido se mezclaba con lo blasfemo, aquello que los antiguos domingos de misa solo susurraban con miedo. Una mano dominante rozaba el oráculo, acompañada por otras tres que, como la suya, guiaban la pieza hacia la inscripción «sí». Una palabra diminuta, al parecer insignificante, que abría la cúspide de lo oscuro, mancillaba la luz y trazaba caminos hacia abismos prohibidos. Sonrisas espectrales en los rostros de mis compañeras revelaban ruina y vacío; ninguna retrocedía, ninguna dudaba. Marina, cabello negro azabache, mejillas salpicadas de pecas y migas de pan; Citlalli, atea, portadora del juego de perdición, cabellos rojos como la manzana prohibida; y Josefina, de ojos dulces y mirada traicionera, permanecían a mi lado.

—¿Cuándo voy a morir? —susurró Citlalli.

Los relatos de mi abuela habían advertido con voz firme: «Nunca juegues, nunca preguntes».

Aquella advertencia, ignorada, selló nuestro destino. El oráculo se movía con lentitud inexorable. Cada articulación helada, cada nervio tenso, cada fibra de mi piel erizada anunciaba

lo inevitable. Cada sílaba de la tabla predecía: «mañana». Citlalli reía, aseguraba que la tabla solo blasfemaba, mientras mis ojos recorrían la tabla y luego la observaban. Dedos temblorosos, espectadora muda de lo insensato, veía el oráculo avanzar hacia la pregunta de Marina, y yo permanecía callada, testigo de nuestra condena consumada. Al concluir el acto, mis pies helados siguieron el camino a casa. Tumbada sobre el colchón, mirada vacía, pensamiento fragmentado: advertencia ignorada, blasfemia invocada. El corazón saltaba; los párpados cayeron, y el sueño profundo me atrapó, conducía hacia un destino imposible de comprender.

Desperté en una sala hospitalaria. Mi cuerpo yacía encadenado sobre una camilla. Pánico mudo. Soledad absoluta. El aire era un filo de hielo. Una mujer apareció: cabello canoso, rostro quemado, cicatrices profundas como cuchillos que se habían vuelto maquillaje. Manos huesudas, largas y precisas, como agujas. Paso lento, presencia ominosa. El dolor me consumió. Cada hueso se estiraba y crujía como cera en manos de un dios cruel. Mis globos oculares arrancados, mi lengua desvanecida, mi alma expuesta al frío y a la oscuridad. Lágrimas recorrían mis mejillas, pero ya no tenían consuelo; mis pupilas humanas cedieron ante un abismo que devoraba todo vestigio de mí misma. La mujer canosa tomó mi envase corporal y, en silencio, me convertí en espectadora de mi propia existencia. Al abrir los ojos, ya en mi cuarto, no hallé alivio. Sombras en las esquinas me observaban: ojos que no parpadeaban, masas de carne que se alargaban y contraían, restos de vértebras y globos oculares incrustados. El hedor a carne putrefacta impregnaba el aire. Comprendí que el castigo de la blasfemia nunca se retiraba; permanecía, silencioso e interminable.

Mi cuerpo comenzó a actuar sin mí. Caminaba, hablaba, ejecutaba lo que yo nunca podía. Yo era solo espectadora de una vida que ya no me pertenecía. Cada acción reflejaba astucia y crueldad, la mirada de un zorro que sonreía mientras el mundo se

rendía ante su voluntad. Los días transcurrían lentos y densos. La paciencia se convirtió en herramienta de mi huésped, y la primera víctima fue Imelda, la que siempre se burlaba de mi peso y lanzaba palabras venenosas. Ahora, bajo el control de mi cuerpo, fue sometida a un duelo privado de fuerza; los golpes resonaban en el aire hasta que al final cedió, entregaba sus manos como precio, obedecía por miedo y dolor. Josefina, enamorada y traicionera, fue la siguiente. Me arrojó al suelo y se regocijó con mi humillación. Mi huésped, sin misericordia, condujo su venganza con precisión cruel: sedujo a su novio, quien, al ser rechazado, terminó con su propia existencia. Luego, la preciosa cara de Josefina fue marcada por cortes; la lengua recibió el mismo tratamiento. La belleza humana transformada en silencio absoluto. Marina, mi compañera en lo blasfemo, pagó por sus actos de burla y traición: los intentos de amistad que yo había buscado se deshicieron bajo la voluntad de mi huésped. La hundió en un agujero de desechos y agua, sumida en la humillación y el miedo, su cuerpo desaparecido, su existencia borrada. Citlalli, la atrevida, la que había osado preguntar por la muerte y reír ante lo prohibido, recibió su propio juicio macabro. Mi huésped la condujo hacia un laberinto de espejos y sombras donde cada reflejo deformaba su cuerpo y rostro, multiplicaba de forma infinita su agonía. La risa que la había acompañado se convirtió en un eco interminable de sus gritos, mientras sus cabellos rojos se consumían en ceniza y sus ojos reflejaban la eternidad de la condena. Cada intento de escapar la devolvía al mismo reflejo, y cada reflejo la miraba con desprecio y terror, hasta que su esencia se disolvió en una sombra perpetua, atrapada en un tiempo que no existía.

Cada acto era ejecutado sin mí, pero yo veía, consciente y atrapada en la impotencia de una mirada que ahora solo observaba. Sombras y criaturas de carne poblaban el mundo, un escenario donde el silencio no castigaba, pero la violencia era ley. Mi cuerpo, ajeno y despiadado, terminaba con cualquiera que osara perturbar su camino, y yo seguía siendo lo que siempre fui:

espectadora de la tragedia que había invocado. En la soledad de esa conciencia comprendí la terrible verdad: la blasfemia no solo trae castigo; otorga autonomía a lo oscuro. La vida que una vez llamé mía se convirtió en un instrumento de juicio, un eco de mi propia incapacidad. Yo, atrapada entre conciencia y carne, solo podía mirar, consciente del precio, del horror y del destino que jamás debería haber invocado. En este mundo, donde la luz nunca regresaba, donde la sangre y la sombra reinaban, comprendí que la verdadera maldición no estaba en la muerte de las demás, sino en la pérdida de mi propia voluntad, mientras mi cuerpo aún escribía la sentencia de quienes alguna vez fueron mis compañeras: Imelda, Josefina, Marina y Citlalli, atrapada para siempre entre reflejos deformes y gritos silenciados, testimonio perpetuo de la blasfemia que había desatado.

OTRA VEZ, HERMANA BLANCA

Jorge Gallo García

MÉXICO

La tranquilidad de saborear una taza de té a mediodía se rompió con una de sus constantes «visitas»: esos seres errantes y descarnados que rondan el plano de la carne y la vida. Nada fuera de lo común para quien se autonabraba «Hermana Blanca».

Por lo general, duraban solo unos segundos. En ciertas ocasiones entraba en un leve trance, cerraba los ojos y comenzaba la comunicación.

—¿Qué quieres? —preguntaba con tono firme, cargado de hartazgo e indiferencia.

—¡No encuentro la luz para el descanso eterno! ¡Ayúdame!

—¡Voy a rezar y a encender una veladora! Pero ya vete y déjame en paz...

Eso era lo que Blanca hacía a diario. En una mesa de la sala tenía imágenes y figuras de santos, velas encendidas y, por las tardes, rezaba.

—... Por el descanso eterno de esas almas errantes —decía antes de terminar—. Que encuentren la luz y dejen de vagar... Amén.

Pero esa vez fue diferente: «la visita» aún estaba con vida. No era un ente descarnado.

Blanca tomó con lentitud otro sorbo de té. Con un remolino de imágenes en la cabeza, caminó hacia la vieja silla mecedora donde solía dormirar después de comer, cerró los ojos y, con una

vocecilla apenas audible, apretó labios y párpados, intentó comunicarse.

—¡Ayúdame, por favor! —dijo una voz hueca y entrecortada—. ¡No me quiere dejar...!

—¿Quién eres? —preguntó Blanca al tiempo que apretaba los dientes, mientras sentía la mente girar como en una centrifugadora.

—¡No quiero irme con él! —suplicó la voz, como salida de un tronco hueco—. Me quiere llevar consigo. Dile que me deje en paz...

Blanca abrió los ojos de golpe y volvió a situarse en la sala. Los músculos se le engarrotaron, las manos se cerraron; los dedos, ya de por sí rígidos, quedaron tiesos como carrizos. Permaneció inmóvil un rato, respiraba con dificultad, hasta que poco a poco se recuperó.

Pasó la lengua por los labios secos, para intentar reunir saliva, y con pasos lentos se acercó al pequeño altar. Se inclinó ante las figuras de los santos y comenzó a rezar.

—Señor, me diste este don. Sé que es alguien vivo porque siento su energía, pero ayúdame a dar con él. Dame sabiduría para saber cómo ayudarlo y fortaleza para enfrentar lo que viene...

Las llamas de las veladoras parecían comprender sus plegarias y respondían con un constante tintineo.

La noche trajo vívidas imágenes mientras dormitaba: una casa típica de trabajador de clase media baja, en uno de los tantos fraccionamientos de la ciudad. Dos pisos, pintada de ocre con verde oscuro alrededor de las ventanas; una pequeña reja negra abierta, un patio para estacionar el auto y, sobre todo, una pesada sensación de que alguien pedía ayuda a gritos desde allí.

Luego vinieron alucinaciones auditivas: voces de hombres que gritaban mientras golpeaban láminas de metal con martillos. Al final, ya entrada la madrugada y antes de conciliar el sueño, oyó risas de niños alegres. En segundos comprendió por qué: vio la entrada a un salón de fiestas infantiles. Paredes de tonos vivos y contrastantes, el dibujo de un popular dinosaurio morado de televisión y una puerta abierta que dejaba ver una alberca de pelotas y juegos infantiles.

Las visiones siempre la agotaban. A sus casi sesenta años, el contacto con seres descarnados le consumía toda la energía. Sintió el cuerpo como si cargara lingotes de plomo, los brazos pesados, los ojos que apenas podía mantener abiertos. Aun así, tuvo fuerzas para tomar una libreta y anotar cada detalle: dibujó un bosquejo de la casa, los colores, todo lo que recordaba. Cuando terminó, cerró la libreta, se persignó y se fue a la cama con intención de descansar.

La despertó un leve dolor de cabeza y la boca seca, con sabor pastoso, como si hubiera fumado en exceso la noche anterior. Abrió la ventana: el sol brillaba con fuerza y el calor del mediodía ya le hacía brotar sudor en el cuello y las sienes.

Miró el viejo reloj despertador de campanillas: marcaba quince minutos después de las once.

Pesada, como si hubiera bailado toda la noche en una fiesta, caminó hasta la cafetera y se sirvió una taza de café negro bien cargado para espabilarse.

Tras desayunar, volvió al altar, encendió una veladora y un par de varitas de incienso, rezó y luego habló en voz media con esas presencias que no podía explicar pero que sabía que la escuchaban y guiaban.

—Sé que necesitan mi ayuda —dijo, como si en realidad dialogara con alguien frente a ella—. Denme sabiduría para conducirme bien y que sea lo que Dios quiera.

Su mente, después de tantos intentos, se había bloqueado. No lograba ubicar el salón de fiestas infantiles, que intuía era el punto de partida para encontrar a esa alma atormentada.

Decidió salir a caminar por el parque de la colonia para ordenar ideas. Al volver la cabeza vio a una adolescente absorta en su móvil, sentada en una banca, ajena al mundo. Entonces se le ocurrió la solución.

—¡Voy a buscar el salón por internet!

No le llevó más de veinte minutos. Revisó con detenimiento fotos de redes sociales y promocionales hasta elegir tres locales que coincidían con sus visiones: fachadas de colores brillantes, el simpático dinosaurio morado. Anotó las direcciones en su vieja libreta de cubierta imitación piel verde, miró la hora, repasó de forma mental sus pendientes y decidió que al día siguiente iría en busca de esa alma.

Esperó a que el sol bajara un poco; el calor dentro de su auto compacto hacía agotador cualquier trayecto. Se puso gafas oscuras, arrancó y salió hacia la primera visita.

Eran poco más de cinco kilómetros. Pronto descartó el lugar: el salón estaba en el segundo piso de una plaza comercial de tres plantas. Abajo, un gimnasio con grandes cristales; arriba, una escuela. Aparcó, subió para confirmar y salió convencida.

—Es un hecho que no es aquí —pensó al encender el motor—. Es una avenida principal y no hay taller de láminas.

Todo cambió en el segundo sitio. El salón estaba en una calle secundaria, detrás de una enorme barda pintada de colores vivos con el dinosaurio morado. Se asomó: allí estaban la alberca de pelotas y los juegos.

Salió a la calle y caminó unos metros. De pronto oyó golpes de martillo sobre láminas y voces masculinas que gritaban: un depósito de chatarras donde jóvenes desmantelaban autos viejos.

El corazón le latió más rápido. Sabía que estaba cerca. Recorrió la zona con la mirada hasta dar con la entrada de un pequeño fraccionamiento de casas idénticas: dos pisos, patio justo para un auto.

Se dejó guiar como por un imán. Recorrió un par de calles hasta pasar frente a la vivienda de sus visiones. Un joven de no más de dieciséis años estaba sentado en el pasto, rascaba la tierra; a unos pasos, una mujer mayor, su abuela.

—¿Qué quieres aquí? —dijo el muchacho con voz ronca y hueca, amenazante—. ¡Vieja estúpida! No me vas a sacar de aquí, ja, ja, ja...

—¿Cómo le hablas así a la señora? —replicó la abuela, disculpándolo mientras él arrojaba puños de tierra.

—¡Ahora me pertenece...!

—No se preocupe —dijo Blanca al sentir la fuerte presencia de una entidad negativa, aunque básica—. Sé lo que le pasa a este muchacho.

—Desde hace poco más de una semana está muy extraño —explicó la abuela—. De repente se pone violento, vulgar, iracundo. Me exige alcohol y tabaco...

—Tranquila, por favor. No es él quien habla ahora. Su nieto está poseído por un ente del bajo astral... Lo puedo sentir.

—¿Qué dice? —preguntó la mujer con risa nerviosa—. No logro entender.

—Si me permite explicarle y me da unos minutos...

Por fortuna, la abuela, desesperada por la situación, aceptó la ayuda.

Blanca llamaría a Sebastián, un joven sacerdote conocido —en realidad seminarista que había terminado teología pero no

se ordenó porque prefería la práctica de exorcismos, algo mal visto en la Iglesia—. Juntos habían expulsado antes entes del bajo astral: almas atormentadas de borrachos, lujuriosos o avaros, aferradas a la materia, en busca de cuerpos para continuar su existencia.

El camino sería similar: obligar al ente a revelar su identidad y propósito —casi seguro apoderarse del cuerpo—, evaluar su poder y decidir el ritual de expulsión.

Tenía que hablar con Sebastián, ponerse de acuerdo e ir en busca del poseído para comenzar el rito.

MIL KILÓMETROS AL AVERNO

Ferreol von Schreiber Beckenbauer

COLOMBIA

El chamán pronunció la última oración que liberaría a la única hija del comerciante de la malignidad de aquella moto, cuyo motor rugía cual bestia maldita y sus farolas emitían el mismísimo brillo del hades. Amarrada de cadenas la motocicleta se encabritó como un dragón y de sus pistones y culata se desprendió un humo negro, sus cadenas y embragues despidieron una flama espectral y del escape surgió una risotada aterradora que paralizó a los presentes cuando una sombra se elevó en los aires y los ojos de la niña quedaron en blanco. Luego, la joven vio a su padre y le reconoció...

—Debo señalar que la historia me la refirió uno de los presentes en el ritual de liberación. Por otra parte, el comerciante es una persona de bien, muy reconocido en el pueblo por sus diversos negocios. No es rico, pero gana lo suficiente para llevar una vida modesta.

—No puede negar que la historia es inverosímil, casi de locos. Aunque mis conversaciones suelen girar en torno a mujeres, fútbol, y hasta política, ¡y eso ya es bastante! Aquellos que me conocen saben que odio la política y detesto a los políticos. Ellos son parásitos de la sociedad (su receptor esgrimió una pícaro sonrisa). Pero su relato ha despertado mi macabra curiosidad.

—Pues déjeme empezar por el principio. Porque toda historia siempre tiene un principio.

»Este señor comerciante tenía una hija que pronto cumpliría la mayoría de edad. La muchacha era vigorosa, risueña, altiva, de un espíritu indomable que abrazaba la libertad de expresión en

cualquiera de sus variantes. La chica estudiaba administración en una universidad reconocida de la capital provincial, era el orgullo de su padre, la luz de sus ojos, así que había decidido agasajarla con algún obsequio de su interés para su cumpleaños.

»Una fiesta, un collar, un anillo, o quizás un nuevo celular inteligente, aunque la sugerencia de la niña le tomó por sorpresa: «¡Una moto!». Expresó sin dejar de sentir incertidumbre y pánico por los reiterativos accidentes de esos aparatejos que solía escuchar en las noticias. Como era de esperarse el señor intento por todos los medios de persuadir a la chica que cambiara de parecer; pero la joven estaba firme en su postura y nada ni nadie iban hacerle cambiar.

»En parte los argumentos de la hija tenían sentido, ahorraría en pasajes que era el rublo que rompía su bolsillo; pero, y su tranquilidad, que pasaría con la inquietud del alma en vilo por saber que la luz de sus ojos podría sufrir un accidente y hasta... Entonces, le hizo prometer que efectuaría los cursos de conducción vial, además de respetar las normas de tránsito, que para su juicio constituían el factor principal de accidentalidad.

»El comerciante se dio a la tarea de buscar el dichoso aparato, una eléctrica le pareció la más adecuada, su hija la rechazó con una rotunda negación, advirtiéndole que si iba comprar una lentejuelas de esas mejor que le regalará una bicicleta y se economizaba la factura de luz; luego, pensó en una scooter, ya sabe esas motocicletas que sólo requiere apretar el acelerador para que ande, como era de esperarse ni siquiera quiso verla.

»Desesperado, al borde de tirar la toalla y tragando la amargura de su dichoso regalo de cumpleaños, sin entender los gustos de la hija, optó por invitarla al parque del centro donde de manera habitual un comisionista versado en estos vehículos tenía su oficina al aire libre bajo los almendros. Hablaron, la niña le expuso sus requerimientos: que acelerara a mil, que hiciera un

sonido que anunciara su presencia, y que tuviera exquisitos acabados.

»Llevándolos a un patio-taller el comisionista les ofreció una moto Ax100 negra, con manubrios, radios y tubo de escape niquelados. Toda una belleza. Su padre no le convino, pero harto de una búsqueda infructífera aceptó el precio; se firmó el contrato de compra-venta y la motocicleta fue de manera legal propiedad de su hija. Tras la expedición de la licencia, entre otros requisitos, la chica al fin pudo conducir su moto.

»He aquí que a partir de ahora empezaré a relatar una serie de hechos extraños y sobrenaturales que usted juzgará por su cuenta. Lo primero, como siempre se hace al comprar un vehículo, fue tanquearlo de gasolina. En la estación observó que la aguja del medidor estaba baja, andaba en reserva; le solicitó al promotor que echara veinte mil de combustible, para su sorpresa la aguja ni se inmutó, compró otros veinte mil y la aguja siguió pegada al fondo. Pensó que tal vez estaba rota, y sin darle importancia arrancó a gran velocidad en su Ax negra.

»Ya en la carretera sintió el tanque de la moto liviano, casi vacío, no podía entenderlo, así que decidió orillarse y revisar, podría ser una fuga. Al abrir la tapa e iluminar el interior con la linterna del celular no vio el fondo, literalmente; la chica dijo que la luz se perdía en una inmensa oscuridad, al mover la moto para que la gasolina salpicara no consiguió emitir su reflejo, el tanque estaba limpio. Sólo veía ese espacio negro que se extendía hasta los confines de la nada, era como una pequeña fisura por la cual espiar los entresijos de la realidad, aquello que vedan nuestros sentidos; no podía explicarlo, pero sintió en su cabeza que esa masa uniforme la llamaba, la invitaba unirse a ella; y entre más acercaba su rostro la oscuridad crecía, hasta que oyó unas voces dentro del tanque, al retirarse se cortó con el borde y unas gotas de sangre cayeron dentro. La moto aceleró sin ella conducirla, sus luces parpadearon, y un ronquido gutural, cavernoso, abominable, que le arrugó la piel escapó por el tubo.

»El segundo acontecimiento extraordinario es que el vehículo nunca lo hallaba en el lugar donde lo parqueaba. En una ocasión pensó que la moto la habían hurtado del estacionamiento de la universidad, angustiada corrió a la portería a dar el aviso cuando cerca de un roble la descubrió; tuvo la impresión que la observaba, que las farolas y direccionales eran ojos lascivos que espulgaban su alma; una sensación de ser vigilada no la abandonaba de noche y día; creía ver la silueta de la Ax100 en cada esquina, al doblar un pasaje, por las ventanas de la aulas de clase, la incomodidad era tal que aduras penas si podía concentrarse en sus estudios; luego, dice ella, vinieron las visiones.

»Poco dormía y cuando por fin lograba conciliar el sueño, unas siniestras visiones venían al tormento. Contó que se veía en la Ax transitar en la carretera, el aire que acariciaba su rostro, el runruneo del motor anunciaba su presencia, una pasión de libertad la extasiaba, la dominaba, volaba como los pájaros al viento, el paisaje en la periferia dejaba atrás árboles, casas, montañas, personas. El horizonte se iba ocultaba, la noche venía a su encuentro, y la Ax aceleraba y los cilindros rugían, los pistones subían y bajaban con la premura de los murciélagos al asecho.

»De pronto, el panorama se escurrió como si los colores vivos de la naturaleza hubieran sido manchados por una tinta alquitranada apestosa; una postal tétrica en que los frondosos y verdes árboles fueron sustituidos por raquítricos troncos pelados, el pasto sembrado de ceniza humeante, y a cada costado gente despreciable caminaban sin rumbo perdidos entre aullares de lamentos, con los cueros pegados a su huesos, los estómagos hinchados de gusanos. La niña dice que esa gente la vio y corrieron hacia ella, al tiempo que la moto aumentó su velocidad, se tiraban para atraparla y ella quería despertar, pero estaba sujeta al manubrio, no podía zafarse. Sus manos comenzaron a ser absorbidas por el manillar, sus pies desaparecían y sus

muslos eran tragados por la motocicleta. Desesperada, al borde del llanto, gritó y despertó del mal sueño, para caer en un matorral.

»La policía la encontró desorientada a 218 kilómetros, en Malambo, a unas cuatro horas desde la capital. Los médicos la examinaron; no tenía golpes ni fracturas, solo detectaron un terrible insomnio. No recordaba haber realizado ese trayecto, sólo recordaba acostarse a dormir. Como era obvio, su padre buscó al comisionista para deshacer el trato y devolver el vehículo que guardó en una bodega; no consiguió dar con su paradero y su teléfono caía en buzón.

»Aunque tal impase era el menor de sus problemas. La policía le informó que la motocicleta cuya matrícula terminaba en 13, se había visto envuelta en varios siniestros durante los sucesivos dueños que acumulaba, en total cinco. El comerciante pidió la dirección de su último poseedor para negociar con él la moto, los agentes se negaron, pues él y los otros propietarios estaban muertos. La noticia le cayó como un baldado de agua fría a la tribulada alma del padre. Su hija se había salvado de milagro.

»Ahora he de narrar lo más horrendo y perturbador de la historia. Cuando la chica se enteró que su padre iba a deshacerse de su moto, la Ax100 niquelada, se desgarró el pijama, tiró de sus largos cabellos, y gritó cual loca poseída por una rabia desquiciada. Y vea usted, durante su aterrador berrinche los objetos caían de sus lugares habituales: los cuadros se hicieron añicos, los muebles se movían como empujados por una fuerza invisible, los vasos volaban por los aires; en fin, nadie sabía qué sucedía, atónitos ateridos se dedicaban a contemplar con espanto la actitud frenética de la niña, hasta que..., hasta que se detuvo, al mirar a los presentes con los ojos blancos sin expresividad al igual que una muerta, abrió su boca y dijo: «¡A 1000 km al averno!».

»Y comenzó a vomitar un líquido espeso negro que se derramó por su mentón, empapó la pijama, y formó un charco en

la cerámica. Después alguien señalaría que se trataba de aceite de carburador quemado.

»Esperen, aquí no acaba los misteriosos eventos. En pleno frenesí su padre recibió varias llamadas a su número, preocupado por la situación que experimentaba la luz de sus ojos las ignoró. Ya restablecida la situación devolvió la llamada, era uno de sus trabajadores, asustado, podía sentir el temblor de su cuerpo en cada palabra; le dijo que la moto estaba poseída, había iniciado su marcha sola, sin nadie que empujara el crank para encenderla; aceleraba y se estrellaba contra la puerta enrollable, contra las paredes, contra las cajas y el runrunear de su motor se escuchaba feroz, tosco, acerbo, en otras palabras, el gruñido de un monstruo. Todo esto sucedió según lograron establecer durante el ataque de posesión de la chica.

»La situación empeoró con las semanas, la niña permanecía sedada, por recomendación médica; un psiquiatra dictaminó que se trataba de esquizofrenia, aun cuando no había antecedentes en la familia. Hablaba en galimatías lenguas, su rostro otrora dócil adquirió las cadavéricas facciones de los enfermos, en la habitación se instaló una gelidez de muerte. Una noche tocaron el timbre, al abrir la esposa del comerciante se topó con un hombre bajo, vestido de ruana blanca, alpargatas y sombrero vueltiao. Dijo: «¡He venido a sacar el mal de esta casa!». El chaman con tono autoritario propinó ordenes de abrir ventanas, quemar salvia, y orar con fe. En seguida preguntó: «¿Dónde guardan el objeto maldito?».

El comerciante desesperado por salvar a su hija, siguió sus instrucciones y llevó a la chica a la bodega donde estaba encerrada la Ax100. Bueno, el resto ya lo conoces.

—¡Ja Ja Ja! No se puede negar que su anécdota es para reír. ¡Una moto poseída por espíritus malignos! Y que fue de ese objeto maldito, la moto.

—Asómese por la ventana, allí está parada en la zona de parqueo.

—¡Vaya! En verdad es hermosa. En muy linda, cierto. Se ve que alcanza gran potencia, que revoluciona a mil. ¿En cuánto la vende?

—Por un módico precio es suya (sus ojos brillaron como los de una zarigüeya en la noche, y una sonrisa codiciosa hizo más grande su rostro). Aquí traigo conmigo el contrato de compra-venta...

GAMILA

Rosaura Béjar Hernández

MÉXICO

Un viernes 13 nació Camila, una niña de piel tersa y blanca, nariz respingada y ojos vivaces que parecían buscar algo invisible.

Los primeros años transcurrieron sin novedad aparente, pero días después de cumplir seis años, su carácter alegre se transformó en una quietud absoluta. Ya no jugaba como antes.

En la clase de doctrina católica que impartía la hermana Adelaida en el Colegio de Santa Mónica, se evidenció el cambio: algo había muerto de golpe en ella.

La clase comenzó con la oración: «Dulce Madre, no te alejes, tu vista de mí no apartes... ».

En ese momento, Camila emitió un ruido gutural acompañado de gestos exagerados y extraños que aterrizaron a todos. El padre le ordenó salir; ella respondió en una lengua desconocida que hizo que el silencio cayera como un manto pesado.

Entonces, un cuervo irrumpió a través del vitral que representaba la Santísima Trinidad. El ave lo atravesó como si fuera una telaraña, y los trozos de vidrio cayeron como cenizas profanas. La criatura alada se posó en el frágil brazo extendido de Camila, que señalaba hacia el altar mayor.

Los niños chillaban con los ojos desorbitados, mientras la hermana y el padre rezaban de rodillas, aferrados a los crucifijos que colgaban de sus pechos. En sus miradas se asomaba un desierto estéril.

Tras varios minutos de tensión, Camila cayó desmayada en un sueño profundo, en estado de coma. La llevaron al hospital y le realizaron numerosos estudios, sin encontrar causa alguna para su condición.

Una mañana llegó el obispo Manolo, de regreso de España, donde había tomado un curso sobre exorcismos y posesiones demoníacas. Al enterarse de lo ocurrido, pidió permiso a los padres para visitarla. Ellos accedieron, agradecidos por su interés.

Al entrar en la habitación, Manolo se acercó con paso lento pero firme, la mirada decidida y la oración en los labios.

Camila comenzó a convulsionar con los ojos cerrados, la mandíbula apretada y los dientes que rechinaban. Su cuerpo rígido se encogía y estiraba como si estuviera a punto de romperse.

El obispo colocó su mano en la frente de la niña y recitó una alabanza. Poco a poco, el cuerpo de Camila se relajó. Despertó del coma.

Los médicos, alertados por las alarmas, llegaron perplejos. Manolo rezó unas oraciones más y se retiró, pero dejaba un ambiente sombrío.

Días después se programó el exorcismo. El obispo y los sacerdotes prepararon el ritual. Llegó la comitiva; los padres de Camila los recibieron con gratitud y esperanza.

Manolo, al frente, vestido con sotana negra, sobrepelliz blanco y estola morada, llevaba la Biblia en la mano y los tranquilizó:

—No se preocupen, estamos preparados —dijo, sin comprometerse demasiado.

—No podemos soportar más —gritó la madre entre sollozos ahogados—. ¡Tiene rasguños, mordidas y arañazos en todo el cuerpo!

Los clérigos, armados con los objetos litúrgicos y su fe silenciosa, los miraron con compasión. Entraron en silencio al cuarto del hospital, donde el olor a desinfectante hería el olfato.

Al cruzar la puerta, Manolo inició el ritual:

—*In nómine Patris, et Filii, et Spíritus Sancti.*

Camila abrió los ojos. Ya no eran los de aquella niña inocente: estaban inyectados en sangre, llenos de malicia, reto y una pasión contenida en ese pequeño cuerpo.

Los representantes de la Iglesia entonaron en coro el Ritual Romano. Camila se mostraba inquieta y volteaba hacia todos lados en busca de refugio.

—*Exórcizámus te, omnis immúndus spíritus, omnis satánica potéstas...*

Camila se contorsionaba y escupía pequeñas maldiciones en diferentes idiomas. Su cuerpo levitó, con los brazos abiertos en cruz. En medio del caos, dos sacerdotes de fe más débil fueron arrojados contra la pared.

—*Omnis incúrsio infernális adversárij, omnis légio, omnis congregátio et sécta diabólica...*

Las pequeñas manos de Camila, rígidas como garras, presentaban estigmas sangrantes.

De pronto, ¡Camila se carcajeaba! Ponía en duda la fe de los presentes. Manolo se aferró al crucifijo bendito y rezó con devoción la letanía:

—*Ave María, grátia plena, Dóminus tecum,
benedícta tu in muliéribus...*

El ambiente se llenó de un aroma podrido, como si el aliento de siglos de maldad se condensara en esa habitación.

—*Ergo, draco malédicte et omnis légio diabólica, adjurámus te...*

Los ojos de Camila giraban descontrolados, su pelo se erizaba y sus manos batallaban coléricas contra un ser invisible.

Los padres lloraban y rezaban de rodillas, imploraban clemencia al Creador por su hija amada.

Manolo intentó acercarse; una presencia siniestra se manifestó y le bloqueó el paso, a la vez que cambiaba la personalidad de la niña.

El obispo contuvo a los sacerdotes, basándose en las admoniciones bíblicas. Camila emitía aullidos lastimeros que hacían vibrar los cristales.

Las apariciones cesaron, pero dejaron un olor a incertidumbre.

Los sacerdotes, sudorosos y exhaustos, se miraban unos a otros, al tiempo que fijaban la vista en el cuerpo de Camila. Sabían que vivía porque los monitores retomaron su ritmo normal.

El obispo Manolo se retiró, pero dejó un vacío y un silencio depredador, como si el mal se hubiera ocultado por temor.

Los médicos y enfermeras revisaron sus signos vitales: todo en orden, como si nada hubiera sucedido, salvo las lágrimas negras que corrían por el demacrado rostro de la niña.

Los padres agradecieron al obispo y a los presentes. El ambiente se sentía limpio; del cuerpo de Camila emanaba una luz que nadie dudó en interpretar como triunfo: Satanás y su jauría de demonios habían sido vencidos.

Pasaron cuarenta años. Camila fue elegida como la primera presidenta mujer del país. Pero en la ceremonia de investidura, cuando le colocaron la banda presidencial, sonrió de una manera perturbadora.

POSESIÓN

Francisca Ramírez López

MÉXICO

Los jóvenes estaban inquietos, se respiraba un ambiente cargado, casi hostil. Era imposible no notarlo, sobre todo en los de tercero C.

Me dije para mis adentros: «Va a ser un día complicado». Estaba muy segura.

Era jueves, cinco de la mañana. Como cada día laboral, desperté temprano. La mañana transcurrió con prisa: me bañé rápido, preparé tortas de frijoles con queso para mis hijos y para mí, les dejé el cereal servido en los platos, tendí la cama, tomé mi mochila con la libreta de temas, las listas de asistencia, el libro de apoyo y unas copias con una dinámica que tenía preparada.

Salí a las seis y media para llegar con diez minutos de sobra y recibir a mis alumnos, adolescentes de entre catorce y dieciséis años, llenos de esa energía incontenible propia de su edad.

Ya en la formación matutina supe cómo vendría el día. Son tan transparentes que todo lo llevan escrito en la cara; esa mañana se les veía tensos, nerviosos. Saludé y sonreí como siempre, trataba de transmitir calma.

Aquel jueves 13 de noviembre de 2005, después de la bienvenida y los avisos de rutina, cada quien se dirigió a su salón. Yo ya había revisado las listas: me tocaba tercero C, un grupo por lo general inquieto de treinta y seis alumnos. Desde el primer día del ciclo escolar noté que había un pequeño núcleo de cinco muchachos que parecían incómodos en clase. Decían de manera abierta que la escuela no les interesaba, aunque no tenían opción de no estar ahí. Siempre andaban juntos, inseparables. El salón

quedaba a tres metros de coordinación y a cuatro de dirección, así que cualquier ruido llegaba rápido.

Entramos entre el habitual bullicio de sentarse, guardar mochilas, sacar libreta y libro. Aproveché el breve silencio para empezar. A propósito, nunca les había dicho que la materia que impartía era Religión; suena raro, lo sé, pero en una institución católica salesiana esa asignatura es pilar fundamental. Estudiamos las cinco grandes religiones monoteístas —islam, judaísmo, cristianismo— y también las orientales: hinduismo y budismo. La congregación tiene como patrono a San Juan Bosco, aunque se llame salesiana y no bosconiana porque Don Bosco admiraba de forma profunda a San Francisco de Sales, el doctor de la amabilidad, autor de la Filotea y otros libros de consejos espirituales cotidianos. Nacido en el siglo XVII —no en el VI, error común—, Francisco de Sales enseñaba que se puede y se debe amar a Dios en las cosas sencillas del día a día. Ese fue el modelo que Don Bosco tomó para su apostolado con jóvenes que viven en la calle.

Apenas llevaba unos minutos de clase cuando, del lado izquierdo del salón, empezaron a moverse con violencia los mesabancos individuales. Se escuchó un estruendo, como si alguien los lanzara. Vi al grupito de cinco: uno de ellos estaba en el suelo, retorciéndose, mientras los otros intentaban sujetarlo. De pronto lanzó patadas con una fuerza descomunal, sobrehumana. Cuatro compañeros no podían con él. De su garganta salió una voz ronca, gutural, que gritaba palabras ininteligibles, como en otro idioma antiguo, y que ponía la piel de gallina.

Los demás alumnos se agolparon, unos asustados, otros curiosos. Les ordené salir; solo quedó uno de los amigos íntimos y los otros tres del núcleo. Estos últimos salieron despavoridos, aunque el que se quedó gritaba: «¡Regresen, regresen!». Envió a un alumno a buscar a la asesora y a otro al doctor. El compañero que quedaba me impedía acercarme; el joven poseído movía la cabeza con tanta violencia que se golpeaba contra el piso. De

repente sus ojos se pusieron en blanco. Supe entonces que no era una convulsión: vociferaba en esa lengua desconocida y escupía espuma.

Llegaron casi al instante la asesora, el doctor, el coordinador y el padre director de la preparatoria, que por fortuna es exorcista entrenado. Ya estaban reunidos porque habían recibido avisos de que algo extraño ocurría en la institución.

Mientras atendían a mi alumno, saqué del salón a los pocos que quedaban. Una vez afuera, les pedí que hiciéramos cadena de oración por su compañero. Desde dentro se oía al sacerdote:

—*Vade retro, Satanás!* (¡Sal de este cuerpo!). Siempre llevan agua bendita en botella con aspersor. La asesora salió diciendo:

—El demonio es mendaz.

Y detrás venía el alumno que se había quedado dentro y no quería abandonar a su amigo.

—Está con toda su fuerza dentro de él —me susurró.

De pronto se oyó un grito desgarrador y luego solo los rezos del padre y las respuestas de quienes permanecían en el salón.

El maestro siguiente se llevó al grupo completo a la cancha de deportes. Yo tomé a los cuatro amigos del joven poseído — que ahora temblaba, pálido y conmocionado— y los llevé al salón contiguo a coordinación. El que había permanecido más tiempo dentro empezó a repetirles a los otros, muy nervioso:

—No hablamos, vamos todos juntos, unión, unión.

Y dos palabras en latín que no entendí. Cuando intentaron irse, llegó el padre director acompañado de la asesora.

—Vamos, muchachos, acompáñenme.

Me retiré; ya era hora de mi clase con segundo B. Di la clase temblorosa. Al terminar, la asesora me esperaba:

—Te llama el director.

Ese día ya no tenía más clases.

En dirección nos reunimos varios directivos, la asesora y yo, en silencio tenso, esperábamos al padre que había practicado el exorcismo con impresionante entereza. Estaba reunido con los papás del alumno afectado y con el director general. En el pasillo aguardaban los padres de los otros cinco chicos. Para entonces la escuela ya estaba vacía.

A la pregunta:

—¿Qué sabes, maestra? —vacilé antes de responder:

—Desde el inicio del ciclo han estado raros. Participan poco, la semana pasada les recogí unos dibujos llenos de insultos y palabras altisonantes.

—¿Y por qué no dijiste nada antes?

—Sí pasé reporte a la asesora; además, no entregaban trabajos.

—¿Quiénes son exactamente?

—Cinco que siempre están juntos, se sientan juntos, comen juntos, salen juntos. Hoy, cuando ustedes llegaron, el que se quedó dentro les gritó a los otros:

—No hablamos, vamos todos juntos, unión, unión.

Y unas frases en latín que no entendí.

—¿Has hablado con ellos?

—Solo los saludo y reviso sus libretas como a todos.

—¿En tu clase trabajan?

—Lo mínimo. Usan palabras clave, se autodenominan «seres poderosos».

—¿Hay más involucrados?

—Que yo sepa, no.

La asesora explicó que llevaban meses que invocando espíritus. Se reunían en casas donde los papás no estaban, para practicar sesiones espiritistas desde hacía tiempo.

El padre director aclaró: —¿Espíritus o al demonio? Este es muy sutil; no se manifiesta de golpe, atrapa poco a poco. Es el rey de la mentira: separa, infecta, arrebatata almas. No teman, no salta de un cuerpo a otro así nomás; es un proceso largo y peligroso, pero les atrae sobre todo a los jóvenes. Uno de sus mayores triunfos es que no crean en él o que le tengan pánico.

Estábamos en coordinación cuando se oyó gritar:

—¡Los voy a demandar!

Era la mamá del joven exorcizado, que estaba con el psicólogo, el psiquiatra, el médico y el director general. Entró furiosa y preguntó con qué derecho habían exorcizado a su hijo sin su permiso. Solo el papá había aparecido antes en juntas.

La señora iba vestida de negro, con piercings en ceja, nariz y boca, tatuajes de colores en cuello, brazos y piernas visibles, cabello rojo encendido y despeinado, maquillaje cargado. Estaba tan alterada que nos quedamos mudos.

De pronto se escuchó un golpe seco y un alarido. Salimos de inmediato. Con horror vimos al joven —hijo de esa señora— que corría por el pasillo con pies y manos en el suelo, pero boca arriba, como un animal poseído. La madre gritó y corrió tras él. El muchacho estaba a punto de lanzarse del segundo piso cuando su papá, que subía las escaleras, se le arrojó encima. El joven lo lanzó varios metros por los aires. Iba a atacar a su madre cuando

los dos sacerdotes lo sometieron con crucifijo, rosario y agua bendita que sacaron con rapidez. Cayó desmayado. Lo levantaron y lo llevaron al salón más cercano, donde se reunieron los especialistas.

En dirección ya estaban los papás de los otros cuatro muchachos con la asesora y el subdirector.

Cuál sería mi sorpresa cuando el que parecía el líder del grupo salió comportándose de forma extraña, como si algo lo impulsara. Corrí tras él. Bajamos las escaleras. Lo que vi me heló la sangre: unos veinte alumnos de distintos grupos lo esperaban abajo. Solo les dijo:

—No hablamos, vamos todos juntos, unión, unión.

Y las mismas palabras en latín. El padre director, que me había visto correr, nos siguió y lo oyó todo. Nos miramos con rostros de incredulidad, desolación y espanto: aquello era una red mucho más grande de lo imaginado.

Mientras, el joven poseído, ya más calmado pero aterrado, abrazaba a sus papás con lágrimas en los ojos. Repetía que oía voces constantes:

—Mátate, córtate.

Y que veía sombras todo el tiempo. Lo evaluaban el médico y el psiquiatra.

En dirección, los otros padres preguntaban angustiados por el cambio de conducta reciente de sus hijos.

Abajo, llevamos a los veinte alumnos a un salón para que explicaran qué pasaba. De pronto el líder los dispersó y gritó:

—¡Ellos son los malos, nos quieren dominar, corran!

El director llamó al guardia:

—¡No dejes salir a nadie!

Hizo otras dos llamadas. Intentábamos reunir a los chicos que corrían despavoridos por el patio. Los papás, afuera, extrañados porque no salían y la puerta estaba cerrada.

Llegaron cuatro asesores más, dos sacerdotes de la congregación, hasta el contador y su esposa. Con gran coordinación lograron agrupar a todos los alumnos. Lo extraño: nunca encontramos al que creíamos el iniciador.

Los días siguientes, sin respuesta alguna, ese alumno desapareció. Dieciséis años, piel morena, ojos y cabello negros abundantes, mirada profunda, cara simétrica, ceja poblada, boca bien definida. Nadie sabe nada de él. La que era su supuesta casa lleva cincuenta años habitada por un matrimonio de adultos mayores.

Los alumnos entrevistados insisten en que «nosotros lo desaparecimos porque él les reveló la verdad y la verdadera libertad».

LA ÚLTIMA ORACIÓN

Karla María Barillas

GUATEMALA

El reloj de la iglesia dio la medianoche con un tañido grave, tan profundo que pareció resonar bajo la tierra. La lluvia se había detenido hacía una hora, pero el aire seguía cargado de humedad, de ese olor agrio que queda cuando el cielo llora. El padre Andrés ajustó su sotana, respiró hondo y cruzó el umbral de la vieja casa de los Martínez.

La puerta chirrió como si se quejara, y el interior lo recibió con un aliento helado. El piso de madera crujía a cada paso, los cuadros antiguos parecían mirarlo desde las sombras, y en un rincón, una vela solitaria temblaba con una llama amarillenta, insuficiente para romper la oscuridad.

La familia esperaba en la sala. El rostro de doña Clara estaba desencajado, sus manos apretaban un rosario con fuerza. Detrás de ella, su esposo mantenía la cabeza baja, los ojos fijos en el suelo. En el centro, Mariana —la hija menor— se mecía de forma lenta sobre sus rodillas, con el cabello cubriéndose el rostro.

—Padre, por favor... —suplicó Clara con voz temblorosa—. Desde hace tres noches no duerme. Habla con alguien, pero no hay nadie. Y cuando le rezamos, grita...

Andrés la observó en silencio. Mariana levantó la cabeza. Sus ojos no reflejaban la luz: eran pozos negros, como si el alma se hubiera retirado a un rincón lejano.

—¿Mariana? —preguntó con suavidad.

La muchacha sonrió, mostraba unos dientes teñidos de sombra. La sonrisa no era suya. —¿Padre... por qué vienes a

interrumpirme? —preguntó una voz que parecía provenir del fondo de la casa, grave, ajena al cuerpo que la contenía.

Andrés sintió un escalofrío subiéndole por la espalda. Sacó su crucifijo y lo sostuvo en alto. —En el nombre de Dios Todopoderoso, te ordeno que salgas de este cuerpo.

El aire se volvió espeso, casi sólido. Un trueno lejano estremeció las ventanas. Mariana gritó con tal fuerza que las velas se apagaron. La oscuridad los envolvió.

En la penumbra, algo se movía. Un susurro, luego otro, como si voces invisibles repitieran al unísono las oraciones del sacerdote, mirándolo con burla.

—No puedes —murmuró aquella voz—. Ella me pertenece...

El padre Andrés retrocedió un paso. Su respiración se hizo audible. —En el nombre de Cristo, te lo ordeno —insistió, al tiempo que rociaba agua bendita.

Las gotas chispeaban al caer sobre la piel de Mariana, y dejaban un olor metálico, como si la carne misma se quemara. La joven se arqueó hacia atrás, los ojos en blanco, la voz deformada por algo que no era humano.

—Padre... —susurró con tono casi dulce—. ¿Puedo contarte un secreto?

El sacerdote dudó, pero no dejó de rezar. —Fui yo quien abrió la puerta. El pacto no fue de ella... fue mío. Ahora estamos atrapados los dos.

Andrés sintió un vacío helado en el estómago. El demonio usaba recuerdos ajenos, o tal vez, los suyos. Durante un segundo, recordó a Lucía, su hermana muerta años atrás, y el día en que había prometido a Dios servirle si sobrevivía. Aquella voz sonaba demasiado parecida.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Las paredes vibraron. Los retratos antiguos se torcieron como si las figuras dentro de ellos se movieran. Un espejo se quebró en mil pedazos, reflejaba sombras que se arrastraban como humo.

—No puedes vencerme, Andrés —dijo la entidad, ahora usando su nombre—. Todo lo que digas me alimenta.

El sacerdote cerró los ojos y comenzó el rezo del *Ritual Romanum*. Su voz temblaba, pero continuó. A cada palabra, el viento se levantaba más fuerte, haciendo que las cortinas ondearan como almas atrapadas.

—No estás sola, Mariana —dijo entre jadeos—. Dios está contigo.

La joven soltó una carcajada que no pertenecía a este mundo. Las velas volvieron a encenderse sin que nadie las tocara y ardieron con una luz azulada. La sombra detrás de Mariana se alzó, alta, con brazos imposibles que tocaban el techo.

Andrés sacó un pequeño frasco de agua bendita y trazó un círculo a su alrededor. —Aquí no tienes poder —dijo, su voz firme de nuevo.

—Todos creen eso... hasta que escuchan su verdadero nombre —replicó la sombra.

El sacerdote alzó el crucifijo. —Por el poder de Cristo, ¡te lo ordeno! ¡Sal de este cuerpo y vuelve al abismo del que viniste!

El grito que siguió pareció desgarrar la noche. Las luces estallaron, el aire vibró con fuerza, y un olor a azufre invadió todo. Mariana se desplomó, temblorosa. Un viento gélido barrió la habitación y las puertas se abrieron de golpe. Después... silencio.

Un silencio tan profundo que dolía.

El padre Andrés permaneció quieto, con el crucifijo aún en alto. Solo cuando escuchó el sollozo de doña Clara, se permitió respirar. La madre corrió hacia su hija, la abrazó con desesperación.

—Gracias, Padre...

Andrés cayó de rodillas. Su cuerpo temblaba, y sus manos, aún sujetaban el crucifijo, estaban heladas. Murmuró una oración final y cerró el ritual.

Mariana abrió los ojos. Estaban limpios, claros. —Gracias... por no rendirse —susurró.

El sacerdote asintió. La tormenta había cesado, pero algo en el ambiente seguía pesado, como si una parte del mal se hubiera negado a irse del todo.

Cuando salió de la casa, el amanecer teñía el cielo de gris pálido. Caminó despacio hacia la iglesia. A su alrededor, el pueblo dormía, ajeno a lo que acababa de ocurrir.

Sin embargo, al pasar junto al muro de piedra, escuchó un murmullo detrás de él. —No olvides... —dijo una voz invisible—... siempre estamos cerca.

Andrés se detuvo, el corazón latía con fuerza. Giró con lentitud. No había nadie. Pero en el reflejo de una ventana vio, por un instante, una figura negra de pie tras él que sonreía.

Corrió hasta la iglesia, cerró las puertas y encendió las velas del altar. El sonido del viento afuera le recordaba respiraciones humanas. Se arrodilló y escribió en su diario:

«El mal no descansa. Hoy salvé un cuerpo, pero no un alma. Cada exorcismo deja una sombra, y la mía ya me sigue».

Afuera, la casa Martínez estaba en calma. El sol asomaba entre los cerros. Sin embargo, en el ático, entre las grietas del

techo, un leve murmullo continuaba. Era un rezo invertido, pronunciado con voz de niña.

Las paredes, aún húmedas, parecían respirar.

Y en la iglesia, mientras el padre Andrés encendía la última vela, la llama se tornó negra por un instante. El sacerdote la observó con los ojos cansados y susurró: —A veces... la luz también puede mentir.

La vela crepitó. Afuera, el viento dejó oír un último eco: — Nos volveremos a ver, Andrés.

Y el silencio regresó, denso, expectante, como si el mal esperará su próxima oportunidad para hablar a través de otra voz inocente.

SUBCONCIENTE MALVADO

Ana Martínez Castro

URUGUAY

Candelaria imparte clases en un jardín de niños a pocas cuadras de su casa. Cada mañana se levanta temprano para que sus dos hijos desayunen tranquilos y los deja en su colegio de camino al trabajo.

Mario, su esposo, trabaja en la construcción; sale cuando aún es de noche, se levanta sin encender luces, toma un café rápido y se marcha.

Ella creció entre rejas y campanas. Hija única, estudió en un colegio de monjas, solo para niñas, de esos donde el silencio era obligatorio y la culpa se enseñaba como asignatura. Cuando sus padres murieron en un accidente, Candelaria tenía apenas doce años. Quedó interna hasta los dieciocho.

Con ella se mudó un tío paterno, Juan, que en su juventud había sido sacerdote. Renunció al hábito por amor a una feligresa; se casaron, duraron más de veinte años y, al final, el divorcio lo dejó sin techo. Candelaria, ya casada y con casa propia, le abrió la puerta «por un tiempo».

La familia vivía sin lujos, pero con dignidad: padres que trabajaban de sol a sol, hijos educados, domingos de misa y sobremesa larga. Juan hacía guardias nocturnas de seguridad, colaboraba con los gastos y ahorraba para alquilar algo propio algún día.

Desde siempre, Candelaria soñaba cosas que la dejaban sin aliento. Pesadillas tan vívidas que, al despertar, tardaba segundos en reconocer su propia habitación. Muchas madrugadas recorría la casa en penumbra para buscar pruebas de que nada había

sucedido: revisaba la ropa sucia por si había sangre, abría el refrigerador temerosa de encontrar una cabeza cercenada, palpaba las paredes en busca de marcas que solo existían en su mente. A veces amanecía en el sillón de la sala sin recordar cómo había llegado allí. Mario, agotado por las obras y las madrugadas, apenas notaba aquellas caminatas nocturnas de su mujer.

En las peores noches soñaba que mataba a sus hijos. Se levantaba entonces, sigilosa, y entraba en su cuarto solo para cerciorarse de que respiraban, de que estaban enteros y calientes bajo las cobijas.

Los sueños la desgastaban. Se sentía débil, irritable; los niños del jardín la agotaban más de lo normal. Y cuando se acercaba alguna fecha que la alteraba —cumpleaños, reuniones, aniversarios— las pesadillas se volvían más frecuentes y crueles.

Faltaban pocos días para su aniversario número quince de bodas. Habían decidido festejar en casa, algo íntimo: familia cercana y pocos amigos. Candelaria se ocuparía de todo. Le gustaba cocinar, decorar, cortar, pegar y pintar. Esa noche se quedó hasta tarde en busca de ideas en internet; encontró unos centros de mesa preciosos y, entre recorte y recorte, se le fue la hora. Hizo veinte, pero aún le faltaban algunos.

Cuando por fin se dejó caer en la cama, el cansancio la venció de inmediato. No tardó en llegar su subconsciente malvado, ese que cada noche le robaba el descanso.

En el sueño, Candelaria se elevó del colchón hasta casi tocar el techo. Su cuerpo empezó a girar a una velocidad imposible, en silencio absoluto; ni un grito pudo salir de su garganta. De pronto cayó junto a la puerta del dormitorio. Vio la silueta de Mario bajo las mantas: un bulto grande que subía y bajaba de manera rítmica en el lugar del estómago. Aquel movimiento la hipnotizó. Se preguntó qué lo provocaba, qué había dentro que producía esa cadencia perfecta.

Fue hasta el cajón de las manualidades, tomó el bisturí que usaba para cortar cartulinas gruesas y regresó. Destapó con cuidado el torso desnudo de su marido. Deslizó la hoja por la piel, justo debajo de las costillas. Mario abrió la boca para gritar; ella la tapó con un calcetín que encontró en el suelo. Siguió con el corte. Los intestinos asomaron. Dejó el bisturí en el buró. Mario ya no se movía. Metió las manos, buscó, tironeó, sacó vísceras, las enrolló como madejas y las dejó caer al piso. Abrió el estómago, olió la podredumbre, encontró el corazón que latía con debilidad. Lo tomó, lo observó: no era eso lo que buscaba. Vacío por completo el cuerpo y no halló nada que explicara aquel subir y bajar.

Un dolor atroz le atravesó la cabeza. Su pecho ardía como si la quemaran viva por dentro. Voló de nuevo y se estrelló en la habitación de los niños. Los miró dormir. Una voz susurró dentro de ella: «Busca. Mira cómo se mueven. Busca».

Se paró entre las dos camas. Sus brazos se alargaron de manera imposible hasta cubrir al mismo tiempo las bocas de ambos hijos. Expandió un olor nauseabundo que los dejó inconscientes. Con las uñas abrió sus vientres. Vacío al primero, furiosa al no encontrar nada. Hizo lo mismo con el segundo. Los corazones aún latían, pero no era eso. La voz insistió: «Los ojos». Hundió el índice en el ojo izquierdo de su hijo mayor, lo sacó, lo partió con la uña: vacío. Repitió la operación con los cuatro ojos. Nada. «Las bocas», ordenó la voz. Les arrancó las lenguas, después los dientes, uno por uno. Salió y dejó atrás otra masacre.

Su cuerpo se retorció otra vez. Esta vez rugió. Un rugido gutural que hizo temblar las paredes. De su boca brotó una baba amarillenta y fétida.

Juan, el exsacerdote, oyó el sonido y corrió a la biblioteca pensaba que algún animal había entrado por una ventana. Al verla comprendió: su sobrina estaba poseída. Nunca había practicado un exorcismo, pero había leído mucho sobre ellos; era su obsesión secreta. Todas las noches rezaba antes de dormir. El

demonio dentro de Candelaria vio el crucifijo que colgaba del cuello de Juan y trató de arrancárselo. Falló.

Juan apretó la Biblia contra su pecho y empezó a rezar. De la garganta de Candelaria brotaron insultos en lenguas que ella jamás había hablado, verdades crueles sobre su pasado de sacerdote fracasado, escupitajos de una saliva viscosa y podrida. Se elevaba, giraba en el aire, caía. Le quitó la Biblia de un manotazo y la desgarró con las manos como si fuera papel. La risa que salió de ella no era humana.

Los libros caían de los estantes, los cuadros golpeaban las paredes, los vidrios estallaban. Juan se aferró al crucifijo. Si lo soltaba, estaba perdido. En uno de los giros violentos la cadencia se rompió; una ráfaga de viento se llevó la cruz por la ventana rota. Juan quedó desarmado. Suplicó, rezó, lloró. Inútil.

El cuerpo de Candelaria se lanzó sobre él. Con las uñas le arrancó los ojos, después la lengua. El vientre del hombre aún subía y bajaba. Un puñetazo preciso abrió la cavidad abdominal; metió la mano y extrajo los pulmones todavía inflándose. Por fin. Por fin encontró lo que había buscado toda la noche.

En ese instante, la cruz de plata entró por la ventana y golpeó la frente de Candelaria. Ella se derrumbó entre convulsiones; de su boca brotó un líquido viscoso y pestilente. Cuando recuperó el sentido, se levantó tambaleante, fue hasta la sala y se dejó caer en el sillón.

Despertó con el sol que pegaba fuerte en la cara. Otra vez había amanecido fuera de la cama. La casa estaba en silencio; Mario ya se había ido a trabajar sin hacer ruido, como siempre. Los niños no tenían clases ese día. Intentó dormir un poco más, pero la luz la molestaba. Se levantó, fue al baño, se mojó la cara.

—Qué pesadilla horrible —se dijo al espejo—. Tengo que ver a un médico.

Puso agua para el café, preparó la mesa y fue a despertar a los chicos.

Al abrir la puerta del cuarto los vio tapados hasta la cabeza. Destapó al primero... y el grito se le quedó atorado en la garganta. Los cuerpos estaban destrozados. Corrió a su recámara: Mario yacía en un charco de sangre, los intestinos en el suelo, los órganos desparramados sobre la almohada. Corrió a la biblioteca: allí estaba Juan, sin ojos, sin lengua, con el pecho abierto y los pulmones fuera.

Candelaria cayó de rodillas. Al alzar la vista vio, escrito en la pared con sangre fresca, una sola palabra: volveré.

LA POSESIÓN DEL PASTOR

Alejandro González Soria

MÉXICO

La fe ciega es peligrosa; la mía me enseñó que el mal no solo se esconde en las tinieblas, sino también en lo impecablemente blanco.

Antes me gustaba acudir al culto solo para escuchar al pastor Guzmán. Me transportaba. No sé si era su traje, siempre impecable y blanco, su forma de hablar, el tono de su voz, el contenido de su mensaje, o si en realidad era un enviado divino. Quizás era la suma de todo.

El caso es que no me perdía uno solo de sus sermones, claro, después de ir a la escuela y terminar mis deberes.

Los que más me gustaban eran los doctrinales y devocionales. Me tocaban el corazón con aquellas alabanzas que electrizaran a los asistentes, incluyéndome.

Yo, a mis diecisiete años, veía al pastor Guzmán como lo máximo. Tal vez por la ausencia de mi padre o porque lo tomé como un ejemplo a seguir. Cuando me pidió que le ayudara a recolectar la ofrenda, me sentí halagado, bendecido, y desde entonces me convertí en su incondicional. Nos acoplamos muy bien. Después de un tiempo, él no necesitaba decirme qué hacer; yo ya conocía mis obligaciones. Cuando él llegaba, todo estaba listo: las flores, el lugar para los cánticos, la iluminación. Yo me colocaba en mi rincón favorito para escucharlo, desde el sermón hasta el testimonio litúrgico.

Todo iba de maravilla hasta que noté algunos cambios, muy leves, que los demás no percibían, pero yo sí.

Sucedió durante un sermón, uno de esos que tanto me gustaban, el devocional. Las ventanas abiertas dejaban entrar la luz y, como el interior era blanco, la iluminación se veía impresionante; creí que así se miraba el cielo.

Fue entonces cuando tartamudeó. Se tambaleó hacia adelante y hacia atrás, una y otra vez, como si estuviera ebrio. Luego tosió y todo volvió a la normalidad.

Pasaron unos cuatro o seis meses y se repitió. Aunque esta vez, además de tartamudear y mecerse, levantó la cara. Su mirada era otra. No era la mirada serena del pastor; era como si estuviera muy enojado, como si odiara a todos los que estábamos allí. Hizo un ruido, algo como un gruñido, y al moverse hacia atrás casi cae, de no ser porque se agarró con fuerza del podio. Tosió de nuevo, y todos creyeron que solo había carraspeado. Pero yo sabía que el pastor jamás haría eso, y esa mirada se me quedó grabada.

Lo que le pasaba comenzó a suceder con más frecuencia, hasta que fue casi diario. Se tambaleaba, gruñía y miraba a todos con rabia, como si buscara a alguien.

Luego, en pleno sermón, empezó a regañarnos. Dijo cosas horribles, como que éramos simios, que no pensábamos, que solo tragábamos y cagábamos. Sí, así lo dijo en el púlpito.

El colmo fue cuando, desde el principio del culto, ya tenía esa mirada enojada, rabiosa, con los ojos bien abiertos, de loco o drogado. Enseñaba los dientes como cuando la gente pelea, y comenzó a decir cosas muy feas:

—No sirve de nada que vengan aquí a perder su... —perdón por lo que diré, pero así lo dijo—: su puto tiempo. Hacen que pierda el mío. Mejor lárquense a su casa a rascarse las nalgas.

Todos estábamos asustados, creo yo, aunque algunos dijeron palabrotas y se salieron del templo.

El culto terminó de manera abrupta, sin siquiera haber comenzado la lectura de la Palabra. El pastor se agachó y comenzó a vomitar y a toser con fuerza. Luego se levantó. Sin limpiarse la boca, así, con saliva y vómito que escurría hasta el pecho, se fue a su casa, que estaba junto al templo.

Lo seguí, con algo de miedo, ¿sabe? Nunca lo había visto así. Entró a su casa y cruzó el patio donde cortaba la leña. Como vivía solo, dejó la puerta abierta. Entré hasta su cuarto, y ahí estaba, acostado en su cama, boca arriba, con las manos a los lados. Cuando me vio, movió solo los ojos hacia mí y, sin mover nada más, me dijo que me largara. Pero su voz no era la suya. Era una voz extraña, como si fueran varias que hablaban al mismo tiempo.

Cuando lo dijo, se levantó de golpe y quedó sentado en la cama, viéndome con esa mirada de loco, enojado. Me gritó con fuerza:

—¡Lárgate, pendejo!

Me dio mucho miedo y corrí al templo. Agarré un crucifijo de hierro y pasé a casa por mi mamá. Le conté, de forma superficial, lo que había pasado. Mi madre, con el rostro preocupado, me acompañó a su casa.

Cuando llegamos, él seguía sentado en la cama. Al vernos, nos miró con esos ojos que ya no eran humanos, eran como de animal, como de perro. Incluso el color había cambiado: los suyos eran verdes, pero ahora eran café amarillento.

Con esa voz extraña nos dijo:

—¡Lárgate, perra desgraciada! ¿Ya le dijiste a tu engendro de dónde lo sacaste? ¡Que te acostaste con medio regimiento y ni sabes quién es su padre! ¡Ja, ja! Pobre imbécil desgraciada.

Mi madre solo gritó:

—¡Cállate, engendro del demonio! —y se lanzó contra él. Con un movimiento de su mano, él le dio una cachetada que la estampó contra la pared. Creí que mi madre estaba muerta.

Agarré el crucifijo, cerré los ojos y me puse a orar con toda devoción en voz alta, pedía a Dios que se apiadara de mi alma y sanara la del pastor. Los gritos de él empezaron como gruñidos y se hicieron cada vez más fuertes. La cama comenzó a temblar, y el ruido de las patas golpeaba el piso muy fuerte.

Abrí los ojos y lo que vi era espantoso.

El pastor estaba sentado, con la espalda bien derecha, y me veía con la cabeza girada casi hasta la espalda, como si tuviera pescuezo de búho. Con esos ojos amarillentos de perro, su cara había cambiado: las arrugas eran profundas y grises, y enseñaba sus dientes riéndose o burlándose. Eran amarillentos, como si no se hubiera lavado la boca en años. Y ese olor a carne podrida me revolvió el estómago; me agarré de la cama y me puse a vomitar.

En ese momento, el pastor me quitó el crucifijo y, con una sola mano, lo dobló como si fuera de plastilina y lo arrojó al extremo de la recámara. El miedo que sentí fue inmenso; me sentí desprotegido.

Salí al patio, tomé el hacha y, no sé cómo, le partí la cabeza de un hachazo. Hizo un ruido horrible, como si reventara una sandía. La sangre salía a borbotones. Él se cayó de lado y no se movió más.

Estaba junto a la cama cuando mi mamá empezó a moverse, atontada por el golpe.

No sé cuánto tiempo pasó. El silencio. La sangre. Mi madre gimió, intentó sentarse. Sus ojos me buscaron. En ellos vi terror. No por el pastor. Por mí.

Escuché a la policía llegar, las sirenas y luego las voces distantes. Pasos en el patio. ¿Cuánto tiempo había estado de pie

allí, con el hacha en la mano? No lo sé. Mi mente era un torbellino de imágenes.

El pastor retorcido en una mancha carmesí. Sus ojos amarillos inexpresivos, el eco aterrador de su risa y ese olor metálico y dulce, a muerte.

Me llevaron a la delegación, supongo porque no me di cuenta. Respondí sus preguntas, aunque también porque me sentía distante, como si escuchara mi voz salida de un radio viejo. ¿Qué respondí? No recuerdo. Solo sé que lo maté. Pero no era él. No era el pastor, era otra cosa. Una cosa que se ocultaba bajo su piel, que se reía con su voz, que me miraba con ojos de animal. ¿Era un demonio? ¿Una enfermedad? ¿O era toda una pesadilla?

Aún ahora, sentado en esta celda fría, la duda me carcome. Las sombras en la pared se alargan. Los barrotes semejan dientes. Escucho gruñidos. ¿Son de los otros presos? ¿O son los míos? A veces, cuando cierro los ojos, veo sus ojos amarillentos, los dientes. A veces, siento el hacha en mis manos. A veces... me pregunto si en realidad escapé de esa casa. O tal vez, esa otra cosa, esa misma que maté... ahora vive dentro de mí.

EL ABICHADO

Esteban Ferrari

ARGENTINA

La Pampa se abría interminable bajo un cielo celeste profundo, casi vivo, de esos que parecen no tener fondo ni origen. El viento soplabá entre los pastizales como si quisiera borrar las huellas de lo que alguna vez fue humano. En esas soledades, donde la tierra parece oír y guardar los secretos de todos los muertos, se levantaba la estancia La Merced, una construcción vieja de paredes gruesas y ventanas pequeñas que miraban al horizonte con desconfianza.

Don Celestino Pérez era el administrador. Hombre de bigote espeso y mirada cansada, había aprendido a desconfiar del silencio. Llevaba más de veinte años al frente de la estancia y, aunque conocía cada palmo de la tierra, nunca había terminado de entenderla. Decía que la Pampa era como una bestia dormida: mansa a simple vista, pero lista para devorar a quien se descuidara.

Entre los peones había uno que destacaba por su silencio y sus ojos hundidos, un hombre que parecía cargado de siglos: Juan de la Cruz. Nadie sabía bien de dónde había salido. Algunos murmuraban que era descendiente de los ranqueles sobrevivientes de la llamada «Campaña al Desierto», aquel exterminio que había barrido con pueblos enteros. Lo habían encontrado casi muerto, años atrás, en las ruinas de una antigua misión jesuítica, y fue el propio Don Celestino quien lo había llevado a la estancia.

El cura del pueblo, el padre José Francisco Rodríguez Nunes, solía visitarlos cada viernes para celebrar misa en una pequeña capilla improvisada junto al galpón de los aperos. Era un hombre joven todavía, pero su fe se había ido marchitando como

una vela sin aire. Había visto demasiada miseria y poca esperanza; demasiadas muertes que ni Dios parecía atender. En el fondo, dudaba de todo, incluso de sí mismo.

Todo comenzó una noche de verano, cuando el aire traía olor a tierra quemada y los grillos callaron de golpe, como si algo invisible les hubiese robado el aliento. Los peones volvían del campo cuando encontraron a Juan de la Cruz arrodillado frente al pozo viejo, murmuraban palabras que nadie entendía. Tenía los ojos en blanco y las manos cubiertas de sangre seca. Don Celestino intentó hablarle, pero el hombre respondió con una voz que no era la suya, una voz áspera, gutural, que salió de lo profundo del pecho:

—Él ha vuelto... el que duerme bajo la tierra.

Esa noche nadie durmió. Juan fue llevado a la habitación del fondo, y debido a sus movimientos espasmódicos, y para su propia seguridad fue atado de pies y manos.

El párroco fue llamado de urgencia.

El padre Rodríguez llegó al amanecer, con la sotana empapada de sudor y un crucifijo apretado entre los dedos. Lo que vio lo dejó sin palabras. Juan de la Cruz se retorció sobre la cama, murmuraba frases en un idioma que sonaba como un canto indígena mezclado con blasfemias. Cuando el cura le acercó el crucifijo, el hombre rio. No una risa humana, sino un chillido animal que hizo temblar las paredes.

—No es él quien habla, dijo Don Celestino con un hilo de voz.

El padre asintió, tembloroso. Algo en su interior se quebró, pero aún no sabía qué.

Durante los días siguientes, el aire de la estancia se volvió pesado. Las vacas morían sin razón aparente, los perros aullaban

al tiempo que miraban hacia el corral vacío, y los peones juraban escuchar pasos durante la noche. Uno de ellos, Ramírez, dijo haber visto una sombra que caminaba sobre el techo del galpón. Otro, el más joven, amaneció con marcas en el pecho, como si alguien le hubiese arañado en sueños.

El párroco decidió quedarse. Dormía poco y rezaba mucho. Sin embargo, las oraciones parecían perderse en el aire caliente. A veces, mientras leía el breviario, sentía que alguien lo observaba desde la oscuridad del pasillo. El propio Don Natalio, que jamás creía en esas cosas, comenzó a despertar con pesadillas: siempre el mismo sueño, el campo cubierto de fuego y una figura de ojos negros que avanzaba entre las llamas.

Una tarde, mientras el viento soplaba desde el sur, traía un olor a tormenta, el cura entró al cuarto donde yacía Juan. Lo encontró en calma, observaba el techo.

—Juan —dijo con cautela—, ¿me escuchas?

El hombre lo miró. Por un momento, pareció reconocerlo. Luego sonrió y dijo:

—No soy Juan. Juan murió hace tiempo.

El párroco retrocedió, helado.

—¿Quién habla entonces?

La voz respondió, serena:

—El que nunca se fue. El que ustedes dejaron enterrado sin nombre.

A partir de esa noche, todo empeoró. Los peones comenzaron a enfermar, a hablar solos, a discutir entre ellos sin motivo. Algunos se marcharon aterrados, otros juraron que algo

se les metía en el cuerpo mientras dormían. La palabra «abichado» comenzó a circular entre ellos. En la región, ese término se usaba para referirse a un animal —o a veces una persona— con una herida infectada por gusanos. El término también se usa para describir a alguien que había sido tocado por el mal, al que llevaba dentro una entidad que no era suya. Un abichado era alguien en quien el diablo había hecho su nido.

El cura, agotado y sin respuestas, decidió intentar un exorcismo. Era consciente de que ya casi no creía, pero no le quedaba otra cosa. Aquella noche, el cielo se cubrió de relámpagos y la estancia entera pareció temblar. Los peones encendieron cirios y se santiguaron con miedo. Juan, atado a la cama, se retorció como si algo lo quemara por dentro.

El padre Rodríguez comenzó la letanía con voz firme, pero cada palabra parecía volverse contra él. La habitación se llenó de un olor nauseabundo, mezcla de azufre y carne podrida. Las ventanas se abrieron de golpe y una corriente helada apagó las velas. En la penumbra, la voz del poseso retumbó, grave, burlona:

—¿Tú también dudas, padre? ¿Crees que tu Dios vendrá a salvarte?

El cura sintió que el suelo le fallaba bajo los pies. En su interior, algo lo llamaba por su nombre, una voz antigua que conocía sus culpas y sus deseos más secretos. Cayó de rodillas, lleno de sudor. Don Celestino corrió a sostenerlo, pero el cura gritó como si le arrancaran el alma. Los peones, aterrados, intentaron sujetar al abichado, que ahora se reía con la boca abierta y mostraba una lengua negra como el hollín.

El viento golpeó las puertas. Las imágenes de los santos cayeron al suelo y se astillaron. El padre levantó el crucifijo, pero su mano temblaba tanto que apenas podía sostenerlo.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno que salgas de este cuerpo! —gritó.

Entonces Juan de la Cruz se arqueó hacia atrás, y de su garganta salió un alarido que no era de este mundo. La cama se levantó unos centímetros del suelo, y las paredes comenzaron a sangrar, una humedad roja que bajaba desde el techo. Los peones gritaban oraciones, pero las palabras se mezclaban con blasfemias. En medio del caos, una risa resonó en todas partes: no salía de Juan, ni del cura, ni de ninguno de los presentes. Era el eco de algo inmenso, antiguo, que se burlaba de todos ellos.

De pronto, el silencio. El cuerpo de Juan cayó inerte. El párroco, jadeante, se dejó caer al suelo.

—Está hecho —susurró Don Celestino.

Pero el cura no respondió. Tenía los ojos fijos, perdidos en la nada. Uno de los peones intentó ayudarlo a levantarse, y entonces vio algo terrible: una sombra, pequeña y oscura, moviéndose bajo la piel de su cuello, como si algo se arrastrara por dentro. El hombre retrocedió horrorizado.

El padre se incorporó con lentitud. Su voz era otra.

—No se equivoquen... el alma que clamaba por salir no era la de Juan.

La habitación se llenó de un frío insoportable. Los peones huyeron, tropezaban entre sí. Don Celestino quedó paralizado, miraba cómo el párroco extendía los brazos, y sus ojos se volvían negros.

En los días que siguieron, la estancia quedó abandonada. Nadie volvió a ver al padre Rodríguez, ni a los pocos peones que sobrevivieron. Don Celestino fue encontrado semanas después, vagaba por los caminos de tierra, cubierto de polvo, murmuraba siempre la misma frase:

—No era un exorcismo... era un llamado.

Con el tiempo, los pobladores comenzaron a contar la historia del abichado de La Merced.

Algunos decían que Juan había sido solo un recipiente, un cuerpo elegido por algo que dormía en la tierra desde antes de la llegada de los hombres. Otros afirmaban que el verdadero abichado había sido el cura, porque en su duda el demonio encontró refugio.

Los años pasaron y la estancia se derrumbó. El campo se la tragó, como hace con todo. Sin embargo, los más viejos aún juran que, en noches de tormenta, se oyen rezos mezclados con risas y que una figura con sotana camina entre los cardos y el viejo cementerio, murmuraba plegarias en una lengua que nadie conocía.

Nadie se acerca al lugar. Los animales rehúyen ese pedazo de tierra. Dicen que, en el pozo viejo, el mismo donde todo comenzó, todavía se siente el aliento del que nunca se fue.

Y en los pueblos de la Pampa, cuando alguien cambia de golpe, cuando los ojos se le ponen vidriosos y empieza a hablar solo, los ancianos no dudan en decirlo con voz baja y resignada:

—Está abichado.

Porque el mal no muere. Solo cambia de cuerpo.

Y hay cosas que, en la llanura infinita, nunca terminan de ser enterradas.

Los acontecimientos continuaron hasta la actualidad, porque en el predio de la vieja estancia, donde el viento parece detenerse y los grillos no cantan, sobre todo en las noches de tormenta, algo aún se mueve.

Pero esa es otra historia.

EL EXORCISMO DE ZERODRÍGUEZ

José Jesús Rodríguez Velázquez

MÉXICO

Cada treinta y tres años, desde las entrañas del horror o del sueño subterráneo de un dios ancestral y foráneo, se abren las puertas abismales de la eterna noche umbría. Esas puertas conectan las celdas olvidadas de la divinidad mexicana con una vasta red de túneles que emergen en los desiertos áridos y erosionados habitados por los tuareg en Libia. Cuando ello ocurre, se liberan también los portales de los Reinos Unidos de la Muerte Alada de Chronus.

Hoy, viernes 31 de octubre de 2025, bajo la luna llena azul que resplandece con fulgor espectral, en medio de las cábalas alienígenas de los infinitos números, la presencia que olfatea el aliento melancólico de los lienzos al óleo asoma su rostro destructor. Es la Emperatriz Escarlata, caminando hacia un punto de finales agotados, encarnada en los rostros de los abortos masacrados por la legislación de las agendas de muertes programadas y reprogramables.

En las sendas de las escuelas herméticas y esotéricas, los adeptos se han colocado conos negros sobre la cabeza. Cantan los ritos druídicos ancestrales. Se comunican en sueños, mediante telepatía, con los onironautas de los proyectos ultrasecretos del estado profundo. Son ellos quienes provocan la fuga, al destruir las teorías de los ecos de las mártires suicidas cuyas vidas se extinguieron en los tribunales del olvido. Por las carreteras de las bandas de Mobius circulan veloces diablos azules, atravesando las infernales montañas de Zervetreon:

necrópolis tecnológicas de los avernos atómicos, zonas restringidas donde hace eones colisionaron millones de agujeros negros. Aquella colisión ocurrió cuando estallaron las Guerras del Cielo, con alas abiertas en medio de océanos de éxtasis, bajo la ley y el orden de los tribunales ultravioleta de la noche umbría. Ahora, todo se conecta mediante teleportación súbita con lo que acontece este 31 de octubre de 2025.

¿Cuántos terrores nocturnos aletean en los océanos del círculo noctámbulo de las órdenes esotéricas y sociedades secretas adeptas a la Doctrina de Lucifer? Esto rompe el silencio, pues quienes leen los ritos drúidicos en el bosque de Xalisco portan cadáveres extraídos de las necrópolis alienígenas del subsuelo de la Megalópolis de México. Rezan liturgias programadas ante un cadáver embalsamado, conservado en cámaras de criogénesis, envuelto en nitrógeno líquido. Ahora ha sido reanimado con el elixir de la inmortalidad: un suero elaborado con el semen de 333 hombres, fermentado bajo ocho lunas llenas junto a óvulos extraídos de 28 vírgenes y sus menstruaciones, todo contenido en la Vasa Espermática, receptáculo de material planetario hecho de diamante y bañado en lluvias de mercurio.

El cadáver es paseado a través de las redes neurológicas de los bosques de las ciencias ocultas. En las burbujas moleculares de las garras de los avernos atómicos, en las profundidades del horror o del sueño, los encapuchados contactan a los hierofantes que leen los grimorios de los últimos ritos. Declaran, en marcha fúnebre, el eco de la sinfonía de lágrimas de los veloces diablos que operan tras los telones de la magia negra y las ciencias ocultas.

Esta orden esotérica ofrece los ritos egipcios del Libro de la Muerte, escrito con sangre de los vencidos en los teatros eternos de las Guerras del Cielo. Dichos textos fueron encriptados en necrópolis selladas con demonios, donde se embalsamaron faraones africanos en el cuadrado de la necropolítica de los necronautas de soles forasteros, bajo el Sator / Rotas y los

ángulos de superposición geométrica del Altar de la Otra Iglesia de los Arcontes. Desde allí se abren canales en la noche umbría que muestran epítetos por telemetría de una coalición de agujeros negros. Trece dimensiones se empalman antes de extinguirse; envían su información por canales cuánticos de materia oscura. El producto de ese encuentro inmortal es el cierre de nueve dimensiones y la creación de una ínsula de otras nueve nuevas, mediante fusión nuclear dirigida por hipernovas y kilonovas. Con ellas bañan el cuerpo, al introducir millones de legiones de arcontes, demonios, macrobios y zertonecrocrononautas.

Los hierofantes, súbditos de las imperiales pesadillas de ángeles bancarios con negras sombrillas, atraviesan laberintos y paisajes inexplorados de los avernos atómicos. Descienden como relámpagos endemoniados, y abren portales de materia oscura. Traen costales de huesos de almas atormentadas que gimen en alaridos de vientos glaciares, procedentes de las extintas plantas nucleares del Sáhara de hace 52 millones de años. Aquella explosión calcinó, mató y borró los libros de almas supeditadas al régimen cósmico de los 360 grados y los 360 mil años.

Mientras deliberan las notas de las sociedades secretas, los hierofantes abren portales en cavernas de telemetría de los océanos de las Saturnales globales, donde se sacrificaron más de 333 millones de humanidades. Las cabezas decapitadas de maestros de la Anarquía y emperadores de la Autarquía rodaron por el doble filo de la historia y del revisionismo, impulsadas por la espada justiciera de las revoluciones psíquicas, biológicas y de justicia social, en los foros de la tribuna de la necrópolis del anfiteatro global.

Los espíritus de aquella explosión nuclear sahariana de hace 52 millones de años son ahora insertados en el cubo del hexagrama del cadáver que yacía en nitrógeno líquido en las cámaras de criogénesis del subsuelo de la Tierra Hueca, conectado unívocamente por planos espirituales con la

Megalópolis de México. Se escuchan truenos armipotentes seguidos de voces agitadas, como barcos que chocan contra ígneas llamas vaporosas de arcanos cielos convertidos en mares de lava.

Los encapuchados, mediante el ritual de transferencia de la Tecnomagia de Inmortales Cuánticos y el poder del trinomio de jeroglíficos del Libro de la Muerte que leen los hierofantes, abren un túnel de teletransferencia de ingeniería electrónica cuántica. Depositán en los habitantes de la colonia del Caos de la Megalópolis Mexa macrobios, arcontes y demonios extraídos del cuerpo reanimado. Ese cadáver, hallado en las ruinas arqueológicas de los Guachimontones en Xalisco, recibió las agujas de Cronos insertadas en el mapa del genoma humano, mientras generaba una simbiosis híbrida humano-demonio de la Venus Genetrix.

Así nació una colonia de seres que absorbían energía vital hasta dejar sin vida cuanto tocaban. Una pequeña horda cubrió municipios con nubes de gas amarillo. Eran bestias cuadrúpedas que retrocedieron 320 millones de años en el reloj biológico, transformándose a nivel molecular en demonios de piel ultravioleta, ojos de relámpagos vítreos y cuerpos hercúleos. Sus bocas, armadas de dientes, colmillos y molares como espadas del tiempo, desgarraban carne y arrancaban almas, al tiempo que marcaba con su firma el corazón de las víctimas.

Locos, poseídos, corrían enloquecidos, hambrientos de sangre y poder, ansiosos por absorber el alma. Cada municipio que visitaban como turistas del mercado negro desplegaba el arcoíris del Libro de la Muerte y las alas de teatros de carnicería. Sembraban masacres brutales que la necropolítica silenciaba, confundiéndolas con guerras de cárteles. En Xalisco cayeron Las Palomeras, los Charros Negros del Aire del Silencio, la Avenida del Libro de la Muerte, La Quemada por los Incendios del Tiempo y muchos otros municipios más, todos productos caducados del

neuromarketing del cadáver reanimado que comandaba la horda híbrida.

El Pontífice de la orden esotérica oculta en México, Zendrovar Zerodriguez de Guanajuato, fue enviado como misionero junto a otros clérigos expertos en exorcismos y desalojos de espíritus demoniacos. Devotos de la Iglesia de los Arcángeles del Nuevo Mundo, habían desterrado antes a los arcontes de Sumeria, a las brujas heréticas del Mictlan y al Altar de la Otra Iglesia de los Arcontes. Ahora se enfrentarían otra vez en una de tantas guerras psíquicas desde el plano espiritual para destruir el poder demoníaco.

A la medianoche del 31 de octubre de 2025 se encontraron ambos bandos en el Municipio del Silencio de la Muerte de los Dioses Alienígenas Aztecas. Zendrovar Zerodriguez y su comitiva de hombres de fe contra los necronautas comandados por el cuerpo que albergaba millones de legiones demoníacas. El tiempo espiritual que manejaba Zerodriguez hizo brotar de las hordas colmillos que mordían las historias humanas.

Zerodriguez pronunció un mantra que hacía retroceder a los demonios, lo que impedía otro teatro de carnicería bajo la luna llena azul. Hechicería contra hechicería, brujería contra brujería, ataque psíquico tras ataque psíquico. Ambos bandos menguaban en número, fuerza y energía entre alaridos y estallidos que deshacían los escenarios de matanza.

Hasta que Zerodriguez abrió su boca y profirió el mantra capaz de desterrar a los demonios más poderosos del panteón sumerio y de las entidades malignas astrales:

—¡Olvídate del Fiat Lux In Umbra Aurora de Aquel!

¡Este mundo está hecho por las guerras entre Cristo y Luzbel!

¡Regresen de los avernos atómicos!

¡Solo son en la primavera espíritus burlones e histriónicos!

¡Retrocedan en el tiempo, impuros!

¡El poder de la luz los destruirá, dioses oscuros!

Con esa sentencia realizó el exorcismo más importante de todas sus guerras psíquicas. Un resplandor hizo explotar en trillones de fragmentos los cuerpos infectados. Millones de alaridos cavernosos se apagaron en lágrimas de aire. Quedó tan solo la marcha fúnebre del réquiem de esta guerra psíquica, que finalizó con la salida del sol sobre el Xalisco oculto tras los teatros de carnicería de una salvaje necropolítica.

EPÍLOGO



Han llegado al final. El libro se cierra, la última página se vuelve, y el silencio regresa. O eso creen.

Durante estas horas compartidas, han habitado cuerpos que no eran los suyos, han escuchado voces que no deberían existir, han sido testigos de rituales que preferirían olvidar. Han visto cómo el mal se desliza por las grietas de la desesperación humana: una madre dispuesta a todo por salvar a su hijo, un sacerdote que duda en el momento decisivo, un joven que juega con fuerzas que no comprende, una mujer que negocia con la sombra que lleva dentro desde siempre. Han sentido, espero, el escalofrío de reconocer algo propio en cada una de esas víctimas. Porque eso es lo que hace que el terror de la posesión sea tan insidioso: no nos permite mantener la distancia cómoda del espectador. Nos obliga a mirarnos.

Ahora que las historias han terminado, tal vez sientan alivio. Tal vez cierren el libro con un suspiro y regresen al mundo cotidiano, a las luces brillantes de la cocina, al ruido reconfortante de la televisión, a la rutina que nos protege de pensar demasiado. Es natural. Todos necesitamos defensas. Pero permítanme, antes de que se vayan del todo, compartir una última reflexión.

Estas páginas no han sido solo para entretener. Han sido un espejo. Un espejo oscuro, sí, pero espejo al fin. En cada relato, los autores han colocado frente a nosotros la pregunta que nadie quiere responder con honestidad: ¿qué parte de mí sería capaz de invitar al demonio? No hablo solo de entidades sobrenaturales con cuernos y nombres en latín. Hablo de aquello que ya nos posee en menor medida todos los días: la ira que nos hace decir palabras irreparables, el resentimiento que guardamos como un tesoro, el miedo que nos paraliza, la ambición que nos ciega, la

soledad que nos empuja a hacer cosas que después no reconocemos. Esos son los verdaderos demonios modernos. No necesitan exorcismos complicados; basta con que les demos espacio.

Algunos de ustedes, lo sé, leerán estas líneas y sonreirán con indulgencia. «Solo son historias», dirán. Y tienen razón. Son ficción. Pero la ficción tiene una habilidad perversa: se queda. Se mete en los pliegues del cerebro y espera. Espera a que estemos solos, a que la casa esté en silencio, a que un pensamiento intruso cruce la mente y, por un segundo, nos preguntemos si en realidad fue nuestro. Espera a que veamos en las noticias otro caso inexplicable, otra tragedia que parece desafiar toda lógica humana, y sintamos ese pequeño nudo en el estómago. Entonces, las historias vuelven. No como recuerdo consciente, sino como sensación. Como posibilidad.

Otros, quizás, no sonreirán. Quizás hayan leído con el corazón acelerado no solo por el miedo a lo sobrenatural, sino por el miedo a lo conocido. Quizás hayan reconocido en algún personaje un eco de sí mismos o de alguien cercano. Quizás, al terminar, sientan la necesidad de llamar a un amigo con el que llevan meses sin hablar, o de abrazar más fuerte a sus hijos, o de rezar —aunque no sepan bien a quién—. Si es así, entonces este libro ha cumplido su propósito más profundo. Porque el terror, cuando es verdadero, no busca paralizarnos: busca despertarnos.

No les pediré que crean en demonios. No les pediré que teman a la oscuridad exterior. Solo les pediré que recuerden esto: la posesión más aterradora no es la que llega de fuera, sino la que permitimos desde dentro. Cada vez que elegimos el rencor sobre el perdón, la indiferencia sobre la compasión, el silencio sobre la verdad, abrimos una pequeña grieta. Y las grietas, con el tiempo, se convierten en puertas.

Gracias por haber caminado este trayecto conmigo y con estos autores extraordinarios. Gracias por haber permitido que

estas historias los tocan, aunque fuera para incomodarlos. Gracias por haber resistido hasta el final. Ahora pueden apagar la luz, si se atreven. Pueden dormir tranquilos, si pueden.

Pero si alguna noche despiertan con la sensación de que algo los observa desde dentro, si escuchan un susurro que parece conocer sus secretos mejor que ustedes mismos, si sienten que una parte de su ser se mueve con una voluntad que no reconocen... recuerden este libro. Recuerden que no están solos. Recuerden que, tal vez, solo tal vez, la puerta ya estaba entreabierta.

Y recen. Rece quien rece, rece como rece.

Porque a veces, la oración no es para alejar al demonio.

Es para recordarnos que aún somos nosotros quienes sostenemos la llave.

Con gratitud profunda y un último escalofrío.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

COLABORADORES DE LA ANTOLOGÍA

En esta antología internacional de terror paranormal, reunimos voces emergentes del mundo hispano que, por primera vez, dan vida a sombras inquietantes y presencias invisibles. Estos escritores noveles, procedentes de diversos rincones de México, Argentina, Colombia, Chile, España y otros países, exploran lo sobrenatural con frescura y audacia, tejiendo relatos que fusionan lo cotidiano con lo espectral. Cada uno aporta una perspectiva única, inspirada en leyendas urbanas, mitos ancestrales y miedos contemporáneos, invitando al lector a cuestionar la delgada línea entre la realidad y el más allá.





Nombre: Jennifer Abrego

País: México

Edad: 30 años

Semblanza:

Mi escritura se centra en el lenguaje y cotidianidad de la vida rural en México con todos sus matices. A su vez, le acompañan temas como: la vejez, la pobreza, nostalgia e injusticias.

Experiencia literaria:

Publicación de dos cuentos en antología «Bajo la piel somos» (2024)

Ganadora de concurso de cuento breve «El forito» (2024)

Publicación de un cuento en antología «Café y tinta. Autores a escena» (2024)

Publicación de un cuento en antología «Relatos sobre la fragilidad humana» en costa rica (2024).



Nombre: Eduardo Zavala

País: México

Edad: 26 años

Semblanza:

Escritor novel apasionado por el terror. Comencé a escribir a los 10 años, influenciado por el auge de las creepypastas, las leyendas narradas por mis abuelos y mi interés por las mitologías prehispánicas. Actualmente me desarrollo en el ámbito científico, redactando y publicando artículos. Mi obra busca recuperar el interés por las culturas prehispánicas mediante la reinvención de sus leyendas deidades y monstruos, integrándolos a la realidad contemporánea. A la vez, procuro innovar dentro del terror, explorando nuevas voces y perspectivas para renovar el género.



Nombre: Andrés Oscura del Bosque

País: México

Edad: 46 años

Semblanza:

Andrés Oscura del Bosque, nacido en 1979 y radicado en León, México. Desde muy joven atraído por la literatura, principalmente por las letras clásicas; autores como Thomas De Quincey, Robert Louis Stevenson y Herbert George Wells, entre otros, han sido influencias muy marcadas e inolvidables. Vivaz en la percepción de las sensaciones más puras como el amor, el odio, la desesperanza y el miedo que proyecta la gran pantalla de la realidad y la cruda vida social de los diferentes estratos sociales. Otras antologías latinoamericanas han sido lienzo de mis obras, así como también de mucho aprendizaje.



Nombre: Daniela Herrera Martínez

País: México

Edad: 27 años

Semblanza:

Originaria de Jalisco, creció entre la fascinación por lo oculto y una curiosidad insaciable por el miedo. Influenciada por Stephen King, José Saramago, José Madero y Julio Verne, y por programas televisivos que alimentaron su imaginación sombría, desarrolló una mente corrompida dulcemente por el terror. Su paso por el ámbito forense, donde exploró la muerte y las mentes criminales, marcó su visión narrativa. En sus escritos, Daniela profundiza en el terror místico, lo oculto y lo psicológico, revelando cómo la mente humana puede ser el escenario más aterrador de todos.



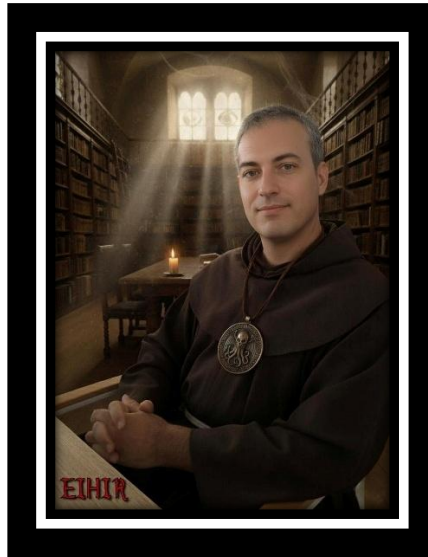
Nombre: Carlos Trapala

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

Amate del terror en todas sus formas y subgéneros, escribo para compartir mis pesadillas con el mundo.



Nombre: Vicente Ruiz Calpe

País: España

Edad: 50 años

Semblanza:

Eihir es el alter ego en el que se oculta Vicente Ruiz Calpe, escritor aficionado y lector ávido de terror, fantasía y ciencia ficción. Nacido en Valencia (España) en 1975, de profesión funcionario público, empezó a escribir sus primeros relatos para publicaciones de amigos, en 1995 (Fanzine Rolemonsters).

Es creador del blog “El Grimorio de Eihir”, donde publica relatos gratuitos de todo tipo. Es autor de las sagas Hollow City (fantasía oscura urbana), Crónicas de Glorantha (fantasía clásica) y Gascón y Chinchón (relatos de humor absurdo). Eihir también escribe artículos sobre cine y otros asuntos, y ha participado en

diversos concursos literarios y publicaciones libres y gratuitas, como Relatos Pulp, Amanecer Pulp, Vuelo de Cuervos, Revista Fantastique, Revista Paladín, Cósmica Fanzine o Editorial Meperson, entre otros.



Nombre: Gabriel de la Torre M.

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Abogado, escritor y explorador incansable de los territorios donde la realidad se deshilvana. Ha publicado novelas de misterio, fantasía oscura y relatos inspirados en la tradición oral de México. Su obra mezcla la precisión jurídica con la sensibilidad narrativa, creando mundos donde lo humano y lo sobrenatural se tocan. Cree profundamente que cada historia nace de un silencio, de una sombra, o de un recuerdo que insiste.



Nombre: Aldo Alexis Orozco Mendoza

País: México

Edad: 25 años

Semblanza:

Ingeniero Químico y Físico de profesión, científico aficionado, escritor novel de aventura, ciencia ficción, suspense, y misterio. Lector empedernido.



Nombre: Abraham Campos

País: México

Edad: 42 años

Semblanza:

Ha participado en las antologías Hidalguense y Voces Minerales de Editorial Vozabizal; Flores que solo abren de noche de Tinta del Silencio; Mentes corroidas y Tiempos rotos de Palabra Herida; Guerreras de El aleteo de una mariposa; Ojos de la luna de La Hora del Cuento; Latinoamérica y otros cuentos de terror de Historias Worter; Terror 2024 y Negra Navidad de Lebrí; Triskaidekafobia de Lengua del Diablo y Encuentro de letras de Momo. Además, ha publicado en revistas digitales como Teoría Ómicron, Espejo Humeante, Axioma, Cósmica Fanzine, Teresa Magazine y Anapoyesis. Literatura, Arte y Cultura entre otras publicaciones destacadas más.



Nombre: Jorge Gallo García

País: México

Edad: 53 años

Semblanza:

Nació en la Ciudad de México en 1972; desde niño se enamoró de historietas y cuentos infantiles que le regalaban sus abuelos, por lo cual formó una colección de más de 150 títulos entre historietas y cuentos. De adolescente se aficionó a los relatos fantásticos, góticos y de terror.

Estudió la licenciatura en periodismo y comenzó a trabajar como docente; a la par de la enseñanza, colaboró en programas de radio y revistas, en el género de terror y el misterio. Cursó un par de masters en literatura y sigue como docente.



Nombre: Ferreol von Schreiber Beckenbauer (Sincelejo).

País: Colombia

Edad: 39 años

Semblanza:

Es un autor especializado en «metraje encontrado» adaptando su técnica a sus relatos para causar un mayor terror. Investigador del folklore de diversas culturas. Difusor de lo paranormal y guardián de los misterios de la noche. Admirador de la literatura gótica y los poemas de cementerio. Fans del cine de terror que reseña películas ahondando en el suspenso. Entre sus publicaciones más recientes podemos destacar:

La Ruina, prosa poética publicada en el número de invierno de la Revista Aluna Jaba. Diciembre 2025.



Nombre: Iván Ledezma Flores

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

5 libros publicados, colaborado en varias antologías y participado en diversos talleres de escritura y literatura.



Nombre: Francisca Ramírez López

País: México

Edad: 70 años

Semblanza:

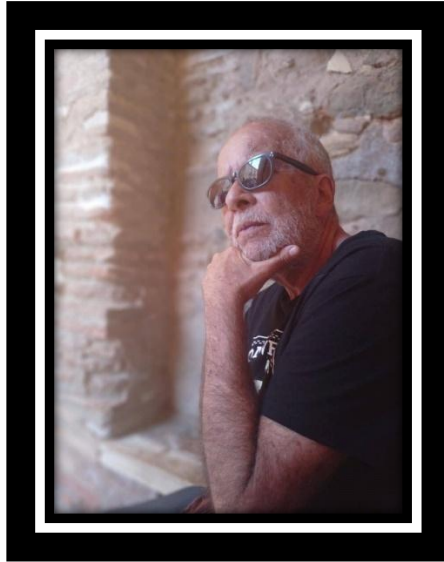
Francisca Ramírez López

Semblanza

Abogada de profesión, con Maestría en Derecho de la Información por el Posgrado de Derecho de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH).

Cursé el taller de Crónica y Cuento que ofrece el Centro Cultural de la ENES, UNAM, Campus Morelia.

Escribir para mí es una necesidad que me permite estar.



Nombre: Esteban Ferrari

País: Argentina

Edad: 68 años

Semblanza:

Es kinesiólogo (fisioterapeuta en otros países), docente universitario y gestor en salud pública, con amplia experiencia en instituciones académicas, investigación científica y organizaciones profesionales del ámbito sanitario. Ha formado parte de equipos clínicos deportivos y es autor de múltiples publicaciones especializadas, disponibles en plataformas como Google Académico y Academia.edu, entre otras.

Su interés por lo humano lo llevó también a crear Esteban Literario, un blog donde combina reflexión, sensibilidad y palabra

escrita. Lector apasionado desde siempre y escritor silencioso durante años, da a conocer por primera vez su voz narrativa en *Un lugar inadecuado*. En este libro, Esteban despliega diez historias que, inspiradas en hechos reales, se mueven en la frontera entre lo cotidiano y lo inexplicable. Con una prosa cercana y sugerente, invita al lector a explorar ese espacio ambiguo donde lo real y lo fantástico se rozan y se confunden.

Su próximo libro, *De otras vidas*, se encuentra en proceso de armado y edición, y verá la luz a comienzos del próximo año. Seguirá la línea del primero en cuanto al estilo de realismo fantástico.

También está en preparación su primera novela de ciencia ficción, *Las tribulaciones del general*, que igualmente será publicada el próximo año.



Nombre: Jazmín Hernández Rodríguez

Seudónimo: Rosa Blanca

País: México

Edad: 19 años

Semblanza:

Estudiante de Psicología. Aunque aún no he publicado ningún libro, he participado en antologías como Herencia de tinta y Amada mía. Escribo con la esperanza de que alguien encuentre en mis historias el mismo consuelo que yo sentí al leer las de otros autores. Para mí, escribir es un gran pasatiempo: siempre intento mejorar y dejar al lector alguna enseñanza. Vivo dentro del espectro autista.



Nombre: Adriana de Jesús Casas Moreno

País: México

Edad: 54 años

Semblanza:

Neuropsicóloga mexicana. He publicado en redes sociales los microcuentos Voces, Dos gritos, Empatía, Perfección, Dos de tres caídas, entre otros, así como en diversas revistas digitales. He participado en antologías con los cuentos Carnaval, El día que te encontré, Mutación y No es Annabelle. Obtuve el primer lugar en el concurso de microcuentos organizado por la Revista Sublime Digital en dos ocasiones: con el microcuento Fobia y con el relato Ser mujer es ser mar. Recientemente recibí el Premio a la Narrativa 2025 de los Masticadores por el cuento Renacer. He incursionado en diversos géneros, como microrrelato, realismo mágico, ciencia ficción, terror y literatura infantil.



Sebastián Benavides

País: Ecuador

Edad: 30 años

Semblanza:

Desde siempre me ha apasionado la literatura, especialmente la de terror. Hoy estoy cumpliendo un sueño: liberar al mundo todas esas ideas que durante años habitaron en mi imaginación. Prepárate para adentrarte en una pesadilla de sensaciones misteriosas que no te dejarán dormir tranquilo.



Alejandro González Soria

País: México

Edad: 68 años

Semblanza:

Nacido en la ciudad de Tijuana, Baja California. Estudió Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Baja California y se especializó en Medicina del Trabajo. También cursó una ingeniería en el Instituto Tecnológico de Tijuana. Ha impartido materias relacionadas con su especialidad en diversos diplomados.

En el año 2000, junto con otros colegas, participó en la elaboración de un libro sobre seguridad e higiene, y colaboró activamente en un estudio binacional sobre trastornos del tubo neural. Actualmente ejerce su especialidad en el ámbito privado.



J. Azeem Amezcua

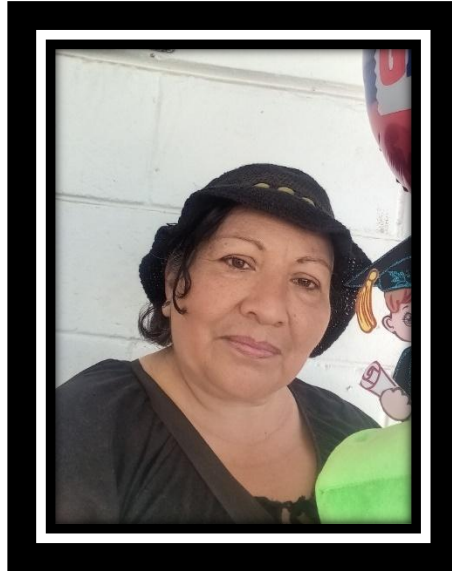
País: México

Edad: 34 años

Semblanza:

Cuenta con más de cincuenta cuentos publicados en diversos medios de distintos países, entre ellos: Hoja en Blanco, Editorial Kanon, Revista Palabrerías, Cósmica Fanzine, Straversa, Penumbria, Dragón Escritor, Oxymoron, Revista Anacronías, Lebrí Editorial, Revista El Nahual Errante, Verso Inefable, Revista Aeternum, Revista Clan Kutral, ITA Editorial, Revista Trinado, Rubeo Editorial, Elipsis Blog, Albores Caipell, Gorgona Editorial Cartonera, Letraria, Revista Dogevena, Editorial Digital Meperson, Kalmet Ediciones, ContArte Editorial, Linterna Negra y Terror Mítico.

También ha publicado una novela impresa con Lebrí Editorial, titulada Amistad Nigromante.



María Luisa González Torres

Seudónimo: Maryto

País: México

Edad: 56 años

Semblanza:

Nacida en la Ciudad de México el 19 de agosto de 1969. Aunque siempre he tenido una imaginación muy activa, fue hace unos treinta años cuando despertó en mí el gusanito de la escritura. Tengo algunas historias que aún no he podido publicar, y mi sueño es que algún día algo escrito por mí llegue a la pantalla grande.

Por ahora, comparto relatos breves en mi página de Facebook llamada Misterios de la mente. A lo largo de mi vida he desempeñado muchos trabajos distintos, ya que me apasiona

aprender algo nuevo cada día. Actualmente vivo en Tijuana, Baja California.



Karla María Barillas Paiz

Seudónimo: Karla María

País: Guatemala

Edad: 50 años

Semblanza:

Nacida en la tierra de la eterna primavera, Guatemala, me considero escritora. Desde la adolescencia, la creatividad ha brotado en mí de forma natural. Basta un segundo, una simple mirada a una flor, al atardecer, al sol o al mar, para comenzar a tejer historias.

Cada vida es una historia; solo hace falta detenerse un instante para narrarla.

Desarrollé una profunda pasión por la lectura y la escritura. Me fascinan el misterio, la historia y lo sobrenatural. Me considero una narradora comprometida con la riqueza cultural, donde la literatura —desde sus orígenes— ha sido el hilo que entrelaza memorias, voces y sueños.



Julio César Aguilar

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Guadalajara, una Maestría en Artes en Español en la Universidad de Texas en San Antonio y un Doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Texas A&M. Actualmente es profesor en Baylor University. Autor de Rescaldos, 1995; El desierto del mundo, 1998; Orilla de la madrugada, 1999; La consigna y el milagro, 2003; El yo inmerso, 2007; Barcelona y otros lamentos, 2008; Alucinamiento, 2009; Aleteo entre los trinos, 2014;

Destellos de Zapotlán y otras penumbras, 2019; Alborozo, 2020, y Donde no falta nada, 2021, entre otros títulos.



Francisco Javier de la Fuente Vázquez

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Nacido en la ciudad de Saltillo, Coahuila, México, el 5 de agosto de 1970. Músico, compositor, arreglista, guitarrista y cantautor, egresado de la Escuela Superior de Música de la Universidad Autónoma de Coahuila (U.A. de C.). He escrito más de 200 canciones, principalmente en los géneros de balada romántica y canción de autor.

Además, me he desarrollado como docente de guitarra clásica y lenguajes musicales, impartiendo cursos y talleres sobre escritura de canciones. He participado brevemente en teatro local como actor principal en tres obras, y he escrito algunas historias cortas de misterio. Actualmente trabajo en mi primer libro sobre composición de canciones populares.



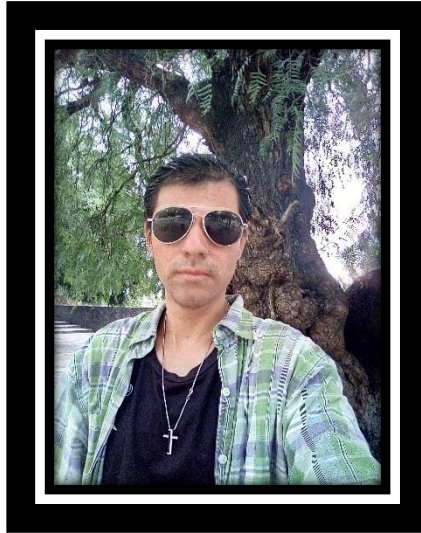
Víctor Hugo Sánchez Sierra

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

Arquitecto de profesión y fanático del terror y la ciencia ficción. Desde muy pequeño demostró fascinación por aquellas cosas extrañas y tenebrosas que moran en la noche, las sombras y las pesadillas. Actualmente es profesor en la UNAM y divulgador de la ciencia durante el día; pero, al caer la noche, sueña con mundos más allá del nuestro.



José Jesús Rodríguez Velázquez

País: México

Edad: 37 años

Semblanza:

Taller de Poesía en Voz Alta, impartido por la Casa de la Cultura y las Artes José Emilio Pacheco en Tlalnepantla. Taller de Canto en la Red, a través de Coursera de la UNAM. Performances poéticas al aire libre, presentaciones de poesía en cafés literarios, bares, entre otros espacios. Programa de radio local en Facebook: Fábulas en sol. Tres publicaciones en revistas electrónicas: dos en Ediciones Pluma, revista argentina, y una en Revista Cotidiana de España. Dos libros autopublicados en Amazon Kindle: Extinciones de las Humanidades (novela) y El Martillo Filosófico en el Ultramundo Aztlán Oikisai.



Ana Martínez Castro

País: Uruguay

Edad: 51 años

Semblanza:

Nací el 14 de agosto de 1974 en la ciudad de Montevideo, capital de Uruguay. Mi infancia y adolescencia transcurrieron en una zona rural, en el campo, en el departamento de Canelones, en el paraje Cueva del Tigre. Más adelante me mudé a la ciudad de Soca, donde viví hasta la adultez, momento en que me trasladé a El Pinar, también en el departamento de Canelones, donde resido actualmente.

Allí compartí once años con mi esposo, quien partió físicamente en abril de 2021. Desde siempre me ha gustado escribir. Tengo algunos libros publicados en colectivos de poesía, cuentos breves y literatura infantil.



Francisco Araya Pizarro

País: Chile

Edad: 47 años

Semblanza:

Nació en Santiago de Chile en 1977. Es Diseñador Gráfico Web, Community Manager y escritor. Ha publicado cinco libros, más de quince cuentos antologados, y diversos relatos suyos han aparecido en revistas literarias de habla hispana. Su obra ha recibido numerosos reconocimientos por su creatividad y calidad literaria.



Niurbis Soler Gómez

Seudónimo: N. Soler

País: Cuba

Edad: 50 años

Semblanza:

Poeta y narradora. Licenciada en Español y Literatura, y periodista. También se desempeña como locutora, directora y asesora de programas de radio. Es correctora, asesora literaria y especialista en cine. Ha publicado cinco libros, y su obra figura en plegables, revistas, periódicos y diversas antologías. Ha colaborado con las revistas digitales Dogevena, Pactum. Narrativa, Mujeres aladas, Pérgola de humo, En Tinta, Nudo Gordiano, Dizaster, El Narratorio, Tura, Minificción, Fragmentos

del Sur, Irradiación, Cropamas, Cotidianidad y La Dalia Transversal. También ha publicado con la Editorial Lebrí y la Editorial Digital Meperson. Actualmente reside en México.



María Balbina López Caballero

País: España

Edad: 52 años

Semblanza:

Cantante.

Ganadora del concurso de relatos en Fuente Obejuna, en la modalidad de adultos.

Segundo lugar en el concurso de relatos de Palos de la Frontera (Huelva).

Seleccionada en el certamen 40 relatos de terror.

Seleccionada en el certamen 40 relatos de amor.

Seleccionada en el certamen 30 relatos de gritos y pesadillas.

Segundo lugar en el I Concurso de Relatos de Terror «De la mano de Alba».

Finalista en el III Certamen de Relato Breve 2019, Residencia de Mayores Campiña de Viñuelas.

Finalista en el concurso de microrrelatos de Santaella.

Seleccionada para la Antología de Fantasmas de Kannoniccal Editores.



Rosaura Béjar Hernández

País: México

Edad: 60 años

Semblanza:

Estoy estudiando el oficio de la escritura en el taller de crónica y cuento del Centro Cultural de la UNAM. Me dedico al hogar y trabajé durante más de veinte años en el manejo de ganado. Ahora deseo aprender a escribir, adquirir experiencia mediante la práctica y participar en concursos literarios.



Alan Montellano

País: México

Edad: 34 años

Semblanza:

Historiador mexicano y escritor emergente, interesado en la fusión entre la ficción histórica y la narrativa evocativa, donde la memoria, el lenguaje y la imaginación configuran atmósferas densas y ambiguas. Sus textos exploran los límites del horror, la disociación y el realismo, con una escritura que interroga lo humano desde sus fisuras más profundas.



Silvia Carús

País: España

Edad: 50 años

Semblanza:

Participa activamente en revistas y antologías literarias de ámbito nacional e internacional, y administra un grupo poético en redes sociales. Su obra se distingue por un estilo poético y atmosférico, en el que el misterio y lo sobrenatural dialogan con las emociones humanas más profundas. Ha publicado varios e-books, entre ellos *Rebeldes* y *Cupido*, y actualmente trabaja en su sexta novela. En 2025 recibió el Premio Tulipán de Oro por su trayectoria literaria, un reconocimiento a una voz creativa que fusiona sensibilidad, oscuridad y belleza en cada relato.

ECOS DE TERROR: ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Estos 32 escritores noveles, unidos por el español y el escalofrío, prometen renovar el género. Su antología no solo aterroriza, sino que refleja diversidad cultural hispana en lo paranormal.



México

Uruguay

Argentina



España

Ecuador

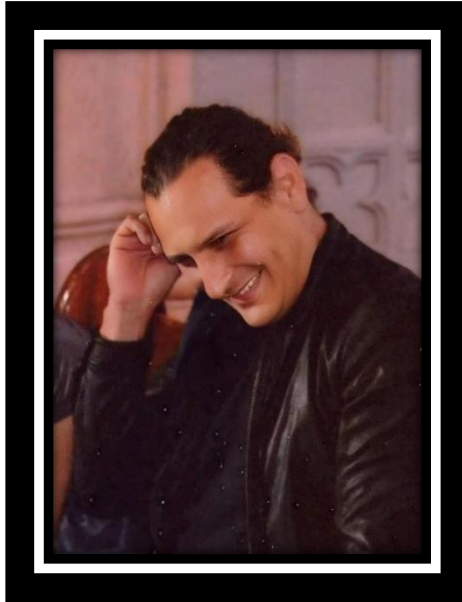
Cuba



Colombia

Guatemala

Chile



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde temprana edad, Sarabia mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio eran limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Sarabia Campos es autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en

el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su labor como novelista, ha participado activamente en diversas antologías internacionales, reafirmando su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, conectando con lectores de distintas culturas y contextos.

En la actualidad, Sarabia continúa participando en concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas. Como parte de esta evolución, ha convocado a escritores de habla hispana para conformar la primera y segunda antología, un proyecto colaborativo que reúne el talento de 32 autores y marca un nuevo capítulo en su trayectoria como promotor literario.



Obra protegida por derechos de autor



El escritor y editor literario José Arturo Sarabia Campos ha convocado a esta antología internacional de terror paranormal, reuniendo distintas voces que, desde los rincones más oscuros de países de habla hispana, tejen historias donde lo sobrenatural se entrelaza con los miedos más profundos del alma humana. En estas páginas, 31 autores de diversas latitudes exploran lo inexplicable, lo espectral y lo inquietante, creando un mosaico de relatos que desafían la realidad y estremecen los sentidos. Desde apariciones que susurran en la penumbra hasta fuerzas ancestrales que despiertan en la noche, esta colección captura la esencia del terror paranormal con una perspectiva única, impregnada de la riqueza cultural y las tradiciones de nuestra región. Prepárate para sumergirte en un viaje literario donde el escalofrío es inevitable y lo imposible se vuelve realidad.

Entrar en el territorio de la posesión demoníaca es adentrarse en uno de los abismos más antiguos y perturbadores de la imaginación humana. Desde los primeros relatos sumerios sobre espíritus malignos que se apoderaban de los cuerpos hasta los exorcismos registrados en los evangelios, pasando por las epidemias de posesión colectiva en conventos medievales y los casos modernos que aún desafían a psiquiatras y teólogos por igual, la idea de que algo ajeno pueda tomar el control absoluto de una persona ha obsesionado a todas las culturas. No es casualidad. En el fondo, la posesión habla de nuestra mayor vulnerabilidad: la pérdida del yo. El terror no reside solo en el demonio, sino en la posibilidad de que el demonio ya esté dentro, a la espera de la grieta adecuada para manifestarse.

Esta antología no pretende ser un tratado teológico ni un catálogo de fenómenos paranormales. No busca convencer ni desmentir. Su único propósito es explorar, a través de la ficción, las múltiples caras de ese miedo primordial. Aquí no encontrarán un único tipo de posesión, sino muchas. Algunas son clásicas: rituales fallidos, pactos imprudentes, entidades bíblicas que responden a nombres antiguos y exigen tributos de sangre y alma. Otras son contemporáneas y, por ello, quizás más inquietantes: posesiones que no requieren ouijas ni invocaciones, sino un clic equivocado en la oscuridad de internet, una aplicación descargada por curiosidad, un trauma no resuelto que abre la puerta desde dentro. Hay posesiones que se anuncian con violencia física y contorsiones imposibles; hay otras que se instalan con sigilo, e imitan de manera perfecta a la víctima que nadie nota el cambio hasta que es demasiado tarde.

ISBN 9798275148381



9 798275 148381

Obra protegida por derechos de autor